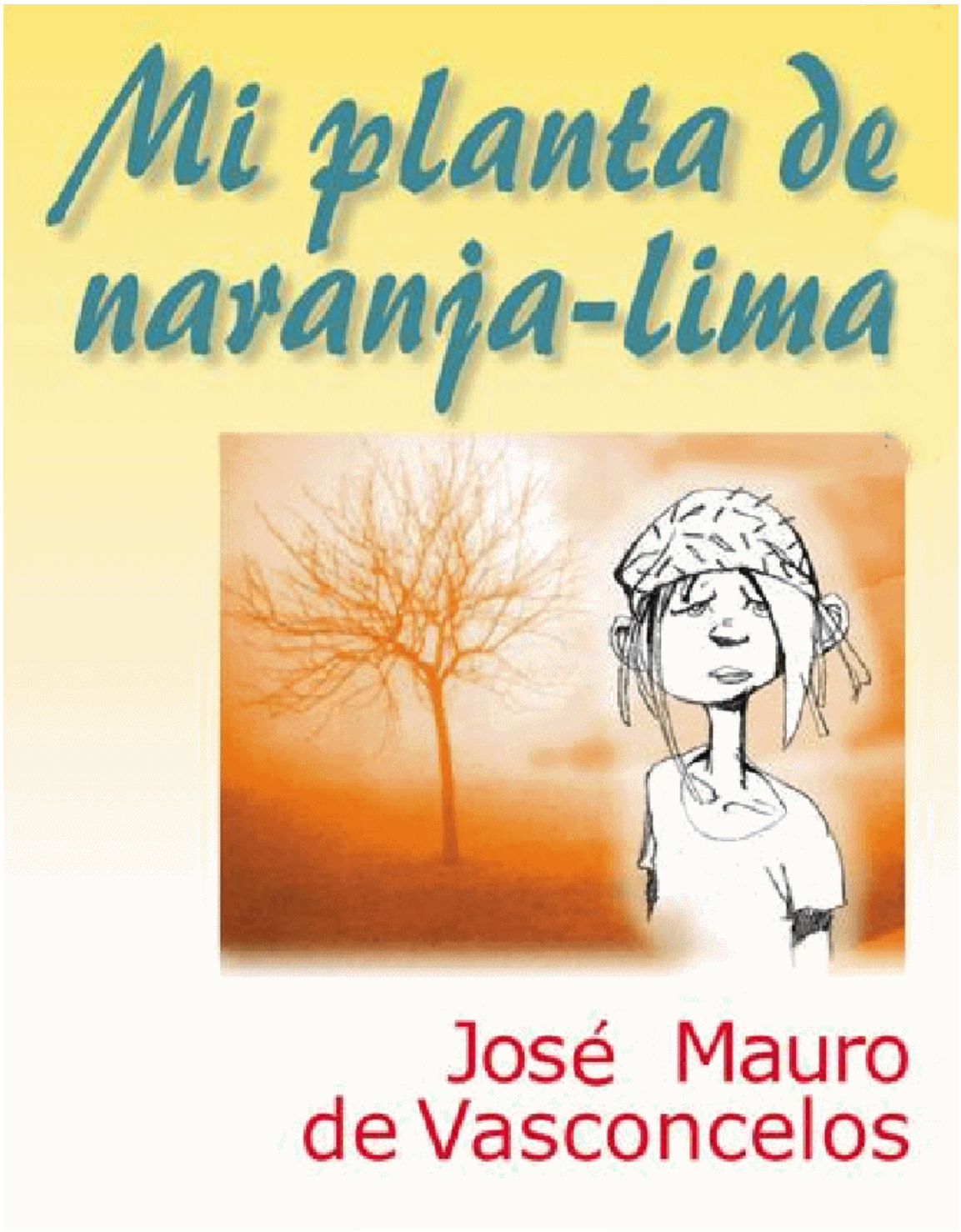
MI PLANTA DE NARANJA-LIMA
JOSÉ MAURO DE VASCONCELOS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL AUTOR

José Mauro de Vasconcelos -mestizo de india y portugués, nativo de Bangú, Río de Janeiro, 49 años- ha sido, a partir del colegio secundario, un auténtico autodidacto que se formó en el trabajo y la vida. Entrenador de boxeadores de peso pluma, trabajador en una "fazenda", pescador, maestro en una escuela de pescadores: he ahí algunas de sus actividades hasta que lo animó el deseo de viajar, de conocer su país, y de interpretarlo.

Fueron "años de vaivén entre el Norte y el Sur brasileños", y en ellos ocupa un lugar destacado su período de convivencia con los indios en ese casi mítico Sertáo*. Allí, entre ellos, aprendió historias curiosas, retuvo características y tradiciones, hizo su estudio de la vida y acumuló experiencias que nunca imaginó que fueran a convertirlo en novelista. Pero estaba en su destino serlo, y en su interés, volcarlas a otros seres.

*Sertáo, gran extensión desértica, de poca y muy particular vegetación, espinosa y retorcida, que acaba por desaparecer, y escasa en agua.

Tenía a su favor varias circunstancias: una excelente memoria, su rica fantasía, la multiplicada habilidad para sacar de cada tema lo más interesante... y su deseo decentar... que es, en definitiva, el elemento primordial de los escritores. Primero -y a semejanza de los "repentistas" que recorrían el país contando historia hecha canciones, leyendas o relatos- fue un cuentista oral: decía, inventaba y explicaba cosas, ayudándose con mímica, con cambiantes entonaciones de voz, animando, en suma, sus cuentos.

Y un día comenzó a darles forma escrita: cuentos, novelas registraron su profundo espíritu de observación y esa cualidad sutil que establece desde el comienzo un diálogo fecundo con el lector. Desde los 22 años ha producido doce libros (Banana brava, Barro branco, Longe da térra, Vazante, Arara vermelha, Arraia de fogo, Rosinha, minha canoa, Doidão, O garanhão das praias, Coracao de vidro, As confissões de Freí Abóbora y Mi planta de naranja-lima), que han editado y reeditado hasta once veces sus editores. Casi todos ellos recogen sus experiencias, repito; de la misma manera que sus historias lo tienen de personaje, porque muchas de ellas nos entregan sus aventuras vividas en el interior del Brasil, aunque no sea su nombre el que aparece entre los protagonistas.

Pero esto no es enteramente original, ya que cualquier escritor acaba por ser autobiográfico en alguna medida. En cambio, su originalidad está en su método de trabajo: primero, la carga de ideas, la acumulación de los detalles físicos y psicológicos que darán forma a sus criaturas, la elección de los paisajes que le servirán de escenarios, el bosquejo de la novela, y finalmente, cuando ello es posible, su traslado al escenario elegido para consustanciarse con él. Realizada esta primera parte, sobreviene la etapa de la redacción, propiamente dicha, en la que suelta toda su fantasía, enhebra los resortes lingüísticos -me interesa

recalcar su fidelidad al habla y los modismos propios de la zona en que instala sus historias-, y juega con el diálogo, que es en su profusión y acierto una de sus características. Para decir todo esto con palabras de José Mauro de Vasconcelos: "Cuando la historia está enteramente realizada en mi imaginación, comienzo a escribir. Solamente trabajo cuando tengo la impresión de que toda la novela está saliéndome por los poros del cuerpo. Y entonces todo marcha como en un avión a chorro".

Esto, en lo que hace a Vasconcelos como escritor; porque también está el Vasconcelos actor. El cine y la televisión lo han visto animar historias propias y ajenas, y obtener por sus actuaciones importantes premios. Una referencia, también, al Vasconcelos protector de indios, a los que sirve de enfermero, de guía y de consejero.

Pero, naturalmente, a nosotros nos interesa como hombre de letras. En 1968 encabezó la lista de best sellers con Mi planta de naranja-lima (O meu pe de laranja-lima), su historia de un niño que una vez, un día, descubrió el dolor y se hizo adulto precozmente. En éste, como en casi todos sus otros libros, Vasconcelos ha sido un autor afortunado con la crítica y con el público. Puede que sea por el olor a naturaleza que se agita en sus páginas, como una de esas culebras con las que muchas veces debió luchar durante sus aventuras en la selva.

O puede que sea por ese lirismo que en algunas ocasiones viste sus temas; por la simplicidad de las formas literarias adoptadas; la presencia del paisaje lujuriante que, de pronto, estalla con toda la gama de sus colores y de sus olores o de sus ruidos; o por su intención de llegar fácilmente y con toda su carga emotiva al corazón del lector. Porque, fundamentalmente, es el corazón de su público lo que él busca, mucho más que su intelecto: sus libros son mensajes de un espíritu a otro, y nunca una vacía demostración de academicismo. En ese empeño intervienen los recuerdos de su vida en la misma medida en que lo hacen sus recursos de novelista. Como lo demuestran las múltiples ediciones de cada uno de sus títulos, Vasconcelos ha sabido encontrar el camino que conduce al lector.

Sus personajes viven, se mueven y se desenvuelven con la misma naturalidad con que lo hace su autor en la vida real, y en ello se perciben dos cosas: su intención de no convertir sus narraciones en meros juegos literarios y su entrega apasionada a cada tema y a las posibilidades que brinda. A veces hay en lo que escribe esbozos de crítica, pero nunca se sitúa en el papel de sociólogo, fiel a su deseo de ser "nada más y nada menos que un escritor; con todo lo que ello significa de testigo y de participante de la realidad".

Vasconcelos, quizá sin saberlo, es también un poco poeta, y así lo advertimos en algunas de sus páginas más encomiadas y en muchas de las de este libro; pero no un poeta dramático, sino lírico, que se sirve de la anécdota, de la acción y de los caracteres de sus criaturas para evidenciarlo. La anécdota: he

ahí otra de sus incorporaciones a la actual literatura del Brasil. Muchos de los cultores de ésta la reemplazaron a menudo por la idea. En la obra de este autor, la anécdota está desarrollada tanto por la acción como por el diálogo, directo, simple, concreto.

Con sorprendente seguridad, José Mauro de Vasconcelos prosigue su triunfal camino de escritor, recreando paisajes y dando vida a infinidad de personajes. Todos ellos por algún singular mecanismo extraliterario -difícilmente explicable, pues supera cualquier definición que pudiera dársele- se identifican e integran en un mismo valor: el hombre, tal como lo concibe y lo siente este novelista que en 1968 ratificó la importancia que le concedieran los críticos dentro de la narrativa contemporánea del Brasil.

HAYDEE M. JOFRE BARROSO

NOTAS DE TRADUCCIÓN

En la presente traducción se ha tratado de conservar el sabor popular en el vocabulario, las formas idiomáticas regionales y las derivadas de situaciones sociales, cultura, educación, etcétera. De esta manera, cada personaje, en su forma de expresarse, representa a su ambiente.

Casi en todos los casos se optó por sustituir las formas muy populares, e inclusive las del lunfardo (gíria, en portugués), por su equivalente en castellano; cuando no existían esas equivalencias, se las traducía, directamente.

Figuran al pie de página las notas, aclaraciones o comentarios de la traductora, en los casos en que se hicieron necesarios.

H. M. J.B.

Para los vivos:
Ciccilo Matarazzo
Mercedes Cruañes Rinaldi
Erich Gemeinder Francisco Marins
y
Arnaldo Magalháes de Giacomo
y también
Helene Rudge Miller (Piu-Piu!)
sin poder tampoco
olvidar a mi "hijo"
Fernando Seplinsky

A los muertos:

El homenaje de mi nostalgia a
mi hermano Luis, el Rey Luis, y
mi hermana Gloria;
Luis renunció a vivir a los
veinte años, y Gloria a los
veinticuatro también pensó que
realmente vivir no valía la pena.

Igual nostalgia para
Manuel Valladares, que mostró a
mis seis años el significado de la
ternura...

¡Que todos descansen en paz!...
y ahora

Dorival Lourenco da Silva
(¡Dodó, ni la tristeza ni
la nostalgia matan!...)

PRIMERA PARTE
En Navidad, a veces nace el Niño Diablo

1
EL DESCUBRIDOR DE LAS COSAS

Veníamos tomados de la mano, sin apuro ninguno, por la calle. Totoca venía enseñándome la vida. Y yo me sentía muy contento porque mi hermano mayor me llevaba de la mano, enseñándome cosas. Pero enseñándome las cosas fuera de casa. Porque en casa yo aprendía descubriendo cosas solo y haciendo cosas solo, claro que equivocándome, y acababa siempre llevando unas palmadas. Hasta hacía bastante poco tiempo nadie me pegaba. Pero después descubrieron todo y vivían diciendo que yo era un malvado, un diablo, un gato vagabundo de mal pelo. Yo no quería saber nada de eso. Si no estuviera en la calle comenzaría a cantar. Cantar sí que era lindo. Totoca sabía hacer algo más, aparte de cantar: silbar. Pero por más que lo imitase no me salía nada. El me dio ánimo diciendo que no importaba, que todavía no tenía boca de soplador. Pero como yo no podía cantar por fuera, comencé a cantar por dentro. Era raro, pero luego era lindo. Y estaba recordando una música que cantaba mamá cuando yo era muy pequeñito. Ella se quedaba en la pileta, con un trapo sujeto a la cabeza para resguardarse del sol. Llevaba un delantal que le cubría la barriga y se quedaba horas y horas, metiendo la mano en el agua, haciendo que el jabón se convirtiera en espuma. Después torcía la ropa e iba hasta la cuerda. Colgaba todo en ella y suspendía la caña. Hacía lo mismo con todas las ropas. Se ocupaba de lavar la ropa de la casa del doctor Faulhaber para ayudar en los gastos de la casa. Mamá era alta, delgada, pero muy linda. Tenía un color bien quemado y los cabellos negros y lisos. Cuando los dejaba sueltos le llegaban hasta la cintura. Pero lo lindo era cuando cantaba y yo me quedaba a su lado aprendiendo.

Marinero, marinero,
Marinero de amargura,
Por tu causa, marinero,
Bajaré a la sepultura. . .

Las olas golpeaban
Y en la arena se deslizaban,
Allá se fue el marinero
Que yo tanto amaba. . .

El amor de marinero
Es amor de media hora,
El navío leva anclas
Y él se va en esa hora. . .

Las olas golpeaban. . .

Hasta ahora esa música me daba una tristeza que no sabía comprender.

Totoca me dio un empujón. Desperté.

-¿Qué tienes, Zezé?

-Nada. Estaba cantando.

-¿Cantando?

-Sí.

-Entonces debo estar quedándome sordo.

¿Acaso no sabría que se podía cantar para dentro? Me quedé callado. Si no sabía yo no iba a enseñarle.

Habíamos llegado al borde de la carretera Río-San Pablo.

Allí pasaba de todo. Camiones, automóviles, carros y bicicletas.

-Mira, Zezé, esto es importante. Primero se mira bien. Mira para uno y otro lado. ¡Ahora! Cruzamos corriendo la carretera.

-¿Tuviste miedo?

Bastante que había tenido, pero dije que no, con la cabeza.

-Vamos a cruzar de nuevo, juntos. Después quiero ver si aprendiste. Volvimos.

-Ahora ya sabes cruzar solo. Nada de miedo, que ya estás siendo un hombrecito. Mi corazón se aceleró.

-Ahora. Vamos.

Puse el pie, casi no respiraba. Esperé un poco y él dio la señal de que volviera.

-Para ser la primera vez, estuviste muy bien. Pero te olvidaste de algo. Tienes que mirar para los dos lados para ver si viene un coche. No siempre voy a estar aquí para darte la señal. A la vuelta vamos a practicar más. Ahora sigamos, que voy a mostrarte una cosa. Me tomó de la mano y seguimos de nuevo, lentamente. Yo estaba impresionado con la conversación.

-Totoca.

-¿Qué pasa?

-¿La edad de la razón pesa?

-¿Qué tontería es ésa?

-Tío Edmundo lo dijo. Dijo que yo era "precoz" y que en seguida iba a entrar en la edad de la razón. Y no siento ninguna diferencia.

-Tío Edmundo es un tonto. Vive metiéndote cosas en la cabeza.

-El no es tonto. Es sabio. Y cuando yo crezca quiero ser sabio y poeta y usar corbata de moño. Un día voy a fotografiarme con corbata de moño.

-¿Por qué con corbata de moño?

-Porque nadie es poeta sin corbata de moño. Cuando tío Edmundo me muestra retratos de poetas en una revista, todos tienen corbata de moño.

-Zezé, deja de creerle todo lo que te dice. Tío Edmundo es medio "tocado". Medio mentiroso.

-¿Entonces él es un hijo de puta?

-¡Mira que ya te ganaste bastantes palizas por decir malas palabras! Tío Edmundo no es eso. Yo dije "tocado", medio loco.

-Pero dijiste que él era mentiroso.

-Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

-Sí que tiene. El otro día papá conversaba con don Severino, ese que juega a las cartas con él y dijo eso de don Labonne: "El hijo de puta del viejo miente como el diablo". . . Y nadie le pegó.

-La gente grande sí puede decirlo, no es malo. Hicimos una pausa.

-Tío Edmundo no es. . . ¿Qué quiere decir "tocado" Totoca?

El hizo girar el dedo en la cabeza.

-No, él no es eso. Es bueno, me enseña de todo, y hasta hoy solamente me dio una palmada y no fue con fuerza.

Totoca dio un salto.

-¿Te dio una palmada? ¿Cuándo?

-Un día que yo estaba muy travieso y Gloria me mandó a casa de Dindinha. El quería leer el diario y no encontraba los anteojos. Los buscó, furioso. Le preguntó a Dindinha, y nada. Los dos dieron vuelta al revés a la casa. Entonces le dije que sabía dónde estaban, y que si me daba una moneda para comprar bolitas se lo decía. Buscó en su chaleco y tomó una moneda:

-Ve a buscarlos y te la doy.

-Fui hasta el cesto de la ropa sucia y los encontré. Entonces me insultó diciéndome: "Fuiste tú sinvergüenza". Me dio una palmada en la cola y me quitó la moneda.

Totoca se rió.

-Te vas allá para que no te peguen en casa y te pegan ahí. Vamos más rápido, si no nunca llegaremos. Yo continuaba pensando en tío Edmundo.

-Totoca, ¿los chicos son jubilados?

-¿Qué cosa?

-Tío Edmundo no hace nada y gana dinero. No trabaja y la Municipalidad le paga todos los meses.

-¿Y qué?

-Que los chicos tampoco hacen nada, y comen, duermen y ganan dinero de los padres.

-Un jubilado es diferente, Zezé. Jubilado es el que trabajó mucho, se le puso el pelo blanco y camina despacio, como tío Edmundo. Pero dejemos de pensar en cosas difíciles. Que te guste aprender con él, vaya y pase. Pero conmigo, no. Haz como los otros chicos. Hasta di malas palabras, pero deja de llenarte la cabeza con cosas difíciles. Si no, no salgo más contigo.

Me quedé medio enojado y no quise conversar más. Tampoco tenía ganas de cantar. Ese pajarito que cantaba desde adentro había volado bien lejos.

Nos detuvimos y Totoca señaló la casa.

-Es ésa, ahí. ¿Te gusta?

Era una casa común. Blanca, de ventanas azules, toda cerrada y silenciosa.

-Me gusta. Pero ¿por qué tenemos que mudarnos acá?

-Siempre es bueno mudarse. Por la cerca nos quedamos observando una planta de "mango" de un lado, y una de tamarindo, de otro.

-Tú, que quieres saberlo todo, ¿no te diste cuenta del drama que hay en casa? Papá está sin empleo, ¿no es cierto? Hace más de seis meses que se peleó con mister Scottfield y lo dejaron en la calle. ¿No viste que Lalá comenzó a trabajar en la Fábrica? ¿No sabes que mamá va a trabajar al centro, en el Molino Inglés? Pues bien, bobo, todo eso es para juntar algún dinero y pagar el alquiler de la nueva casa. La otra hace ya como ocho meses que papá no la paga. Tú eres muy chico para saber cosas tristes, como ésta. Pero yo voy a tener que acabar ayudando en la misa para ayudar en casa. Se quedó un rato en silencio.

-Totoca, ¿van a traer la pantera negra y las dos leonas?

-Claro que sí. Y el esclavo es quien tendrá que desmontar el gallinero.

Me miró con cierto cariño y pena.

-Yo soy el que va a desmontar el jardín zoológico y armarlo de nuevo aquí.

Quedé aliviado. Porque, si no, yo tendría que inventar algo nuevo para jugar con mi hermanito más chico, Luis.

-Bien, ¿viste cómo soy tu amigo, Zezé? Entonces no te cuesta nada contarme cómo fue que conseguiste "aquello"...

-Te juro, Totoca, que no sé. De veras que no sé.

-Estás mintiendo. Estudiaste con alguien.

-No estudié nada. Nadie me enseñó. Solo que sea el diablo, que según Jandira es mi padrino, el que me haya enseñado mientras yo dormía.

Totoca estaba sorprendido. Al comienzo hasta me había dado coscorrones para que le contara. Pero yo no podía contarle nada.

-Nadie aprende solo esas cosas.

Pero se quedaba confundido porque realmente no había visto a nadie enseñándome nada. Era un misterio.

Fui recordando algo que había pasado la semana anterior. La familia se quedó muy sorprendida. Todo había comenzado cuando me senté cerca de tío Edmundo, en casa de Dindinha, mientras él leía el diario.

-Tiíto.

-¿Qué, mi hijo?

Empujó los anteojos hacia la punta de la nariz, como hace toda la gente vieja.

-¿Cuándo aprendiste a leer?

-Más o menos a los seis o siete años de edad.

-¿Y alguien puede leer a los cinco años?

-Poder puede. Pero a nadie le gusta hacer eso cuando todavía es muy pequeño.

-¿Cómo aprendiste a leer?

-Como todo el mundo, en la cartilla. Diciendo "B" más "A": "BA".

-¿Todo el mundo tiene que hacerlo así?

-Que yo sepa, sí.

-¿Pero todo, todo el mundo, sí?

Me miró intrigado.

-Mira, Zezé, todo el mundo necesita hacer eso. Y ahora déjame terminar la lectura. Ve a ver si hay guayabas en el fondo de la quinta.

Colocó los anteojos en su lugar e intentó concentrarse en la lectura. Pero no salí de mi rincón.

-¡Qué pena!. . .

La exclamación sonó tan sentida que de nuevo se llevó los anteojos hacia la punta de la nariz.

-No puede ser, cuando te empeñas en una cosa. . .

-Es que yo vine de casa y caminé como loco solamente para contarte algo. . .

-Entonces vamos, cuenta.

-No. Así no. Primero quiero saber cuándo vas a cobrar la jubilación.

-Pasado mañana.

Sonrió suavemente, estudiándome.

-¿Y cuándo es pasado mañana?

-El viernes.

-Y el viernes ¿no vas a querer traerme un "Rayo de Luna", del centro?

-Vamos despacio, Zezé. ¿Qué es un "Rayo de Luna"?

-Es el caballito blanco que vi en el cine. Su dueño es Fred Thompson. Es un caballo amaestrado.

-¿Quieres que te traiga un caballito de ruedas?

-No. Quiero ese que tiene cabeza de madera con riendas. Que la gente le pone un cabo y sale corriendo. Necesito entrenarme porque voy a trabajar después en el cine.

Continuó riéndose.

-Comprendo. Y si te lo traigo ¿qué gano yo?

-Te doy una cosa.

-¿Un beso?

-No me gustan mucho los besos.

-¿Un abrazo?

Lo miré con mucha pena. Mi pajarito de adentro me dijo una cosa. Y fui recordando otras que había escuchado muchas veces. . . Tío Edmundo estaba separado de la mujer y tenía cinco hijos. . . Vivía tan solo y caminaba tan despacio, tan despacito. . . ¿Quién sabe si no caminaba despacio porque tenía nostalgia de sus hijos? Ellos nunca venían a visitarlo.

Rodeé la mesa y apreté con fuerza su cuello. Sentí su pelo blanco rozar mi frente con mucha suavidad.

-Esto no es por el caballito. Lo que voy a hacer es otra cosa. Voy a leer.

-Pero, ¿tú sabes leer, Zezé? ¿Qué cuento es ése? ¿Quién te enseñó?

-Nadie.

-No me mientas.

Me alejé y le comenté desde la puerta:

-¡Tráeme mi caballito el viernes y vas a ver si leo o no!. . .

***

Después, cuando anocheció y Jandira encendió la luz del farol porque la "Light"* había cortado la luz por falta de pago, me puse en puntas de pies para ver la "estrella". Tenía el dibujo de una estrella en un papel y debajo una oración para proteger la casa.

*Compañía de electricidad (N. de la T.)

-Jandira, álzame que voy a leer eso.

-Déjate de inventos, Zezé. Estoy muy ocupada.

-Álzame y vas a ver si sé leer.

-Mira, Zezé, si me estás preparando alguna de las tuyas, vas a ver.

Me alzó y me llevó detrás de la puerta.

-Bueno, a ver, lee. Quiero ver.

Entonces me puse a leer. Leí la oración que pedía a los cielos la bendición y protección para la casa, y que ahuyentaran a los malos espíritus.

Jandira me puso en el suelo. Estaba boquiabierta.

-Zezé, te aprendiste eso de memoria. Me estás engañando.

-Te juro que no, Jandira. Sé leer todo.

-Nadie puede leer sin haber aprendido. ¿Fue tío Edmundo quien te enseñó? ¿O Dindinha?

-Nadie.

Tomó un pedazo de diario y leí. Correctamente. Dio un grito y llamó a Gloria. Esta se puso nerviosísima y fue a llamar a Alaíde. En diez minutos un montón de gente de la vecindad había venido a ver el fenómeno.

Eso era lo que Totoca quería saber.

-Te enseñó, prometiéndote el caballito si aprendías.

-No, no.

-Le preguntaré a él.

-Ve y pregúntale. No sé decir cómo fue, Totoca. Si lo supiera te lo contaría.

-Entonces vámonos. Pero ya vas a ver cuando necesites algo. . .

Me tomó de la mano, enojado, y me llevó de vuelta a casa. Y allí pensó en algo para vengarse.

-¡Bien hecho! Aprendiste demasiado pronto, tonto. Ahora vas a tener que entrar en la escuela en febrero.

Aquello había sido idea de Jandira. Así, la casa quedaría toda la mañana en paz y yo aprendería a ser más educado.

-Vamos a entrenarnos en la Río-San Pablo. Porque no pienses que en época de clases voy a hacer de empleado tuyo, cruzándote todo el tiempo. Tú eres muy sabio, aprende entonces también esto.

***

-Aquí está el caballito. Ahora quiero ver. Abrió el diario y me mostró una frase de propaganda de un remedio.

-"Este producto se encuentra en todas las farmacias y casas del ramo".

Tío Edmundo fue a llamar al fondo a Dindinha.

-¡Mamá, lee bien hasta farmacia!

Los dos juntos comenzaron a darme cosas para leer, que yo leía perfectamente.

Mi abuela rezongó que el mundo estaba perdido.

Me gané el caballito y de nuevo abracé a tío Edmundo. Entonces me tomó de la barbilla, diciéndome muy emocionado:

-Vas a ir lejos, tunante. No por nada te llamas José. Vas a ser el Sol, y las estrellas brillarán a tu alrededor.

Me quedé mirando sin entender y pensando que él estaba realmente "tocado".

-No entiendes esto. Es la historia de José de Egipto. Cuando seas más grande te contaré esa historia.

Me enloquecían las historias. Cuanto más difíciles, más me gustaban.

Acaricié mi caballito largo tiempo, y después levanté la vista hacia tío Edmundo y le pregunté:

-¿Te parece que la semana que viene ya seré más grande?. . .

2
UNA CIERTA PLANTA DE NARANJA-LIMA

En casa cada hermano mayor criaba a uno menor. Jandira había tomado a su cuidado a Gloria y a otra hermana que le dieron a criar en el Norte. Antonio era el protegido suyo. Después, Lalá me había tomado por su cuenta hasta hacía bastante poco tiempo. Parecía gustar de mí, pero luego se aburrió o se enamoró de un pretendiente que era un petimetre igualito al de la música: de pantalón largo y chaqueta bien corta. Cuando íbamos los domingos a hacer "footing" (el pretendiente de ella hablaba así) en la Estación, me compraba caramelos en cantidad. Era para que yo no dijera nada en casa. Y tampoco le podía preguntar a tío Edmundo qué era eso, pues si no se descubría todo. . .

Mis otros dos hermanitos habían muerto pequeños y yo solamente había oído hablar de ellos. Contaban que eran dos indiecitos Pinagés. Bien quemaditos y de pelo negro y liso. Por eso la niña se llamó Aracy y el niñito Jurandyr.

Después venía mi hermanito Luis. Quien primero cuidó de él fue Gloria, y después yo. Nadie necesitaba preocuparse de él, porque no había niño más lindo, bueno y quietecito.

Por eso cambié de idea cuando ya iba a salir a la calle y me dijo, con su vocecita:

-Zezé, ¿me vas a llevar al Jardín Zoológico? Hoy no amenaza lluvia, ¿no es cierto?

Era gracioso oír cómo pronunciaba todo sin equivocarse. Aquel niñito iba a ser alguien, iría lejos.

Miré el día lindo, todo el cielo azul. Me quedé sin coraje para mentirle. Porque a veces no tenía ganas de ir y le decía:

-Estás loco, Luis. ¡Mira el temporal que se acerca. . .!

Esa vez lo tomé de la mano y salimos para la gran aventura del fondo.

La quinta se dividía en tres juegos. El Jardín Zoológico. Europa, que estaba próximo a la cerca bien hecha de la casa de don Julito. ¿Por qué Europa? Ni mi pajarito lo sabía. Allí jugábamos con el trencito del Pan de Azúcar. Tomaba la caja de los botones y los enhebraba en un hilo. (Tío Edmundo decía "cordel". Yo pensaba que cordel era caballo. Y él me explicó que era parecido, pero que caballo era "corcel".) Después, ataba una punta en la cerca y la otra en los dedos de Luis. Subía todos los botones y soltaba lentamente uno por uno. Cada trencito venía lleno de gente conocida. Había un botón negro que era el tranvía del moreno Biriquinho. A veces se oía una voz de la otra quinta.

-¿No estás arruinando mi cerca, Zezé?

-No, doña Dimerinda. Puede mirar.

-Así me gusta. Que juegues quietecito con tu hermano. ¿No es mejor así?

Quizá fuese más bonito, pero en el momento en que mi "padrino", el travieso me empujaba, nada podía haber más lindo que hacer diabluras...

-¿Usted me va a dar un almanaque para Navidad, como el año pasado?

-¿Y qué hiciste con el que te di el año pasado?

-Está adentro, puede ir a ver, doña Dimerinda. Está sobre la bolsa del pan.

Ella se rió y me prometió que sí. Su marido trabajaba en el depósito de Chico Franco.

El otro juego era Luciano. Luis, al comienzo, tenía mucho miedo de él y me pedía, por favor, tirándome de los pantalones, que volviéramos. Pero Luciano era un amigo. Cuando me veía lanzaba fuertes chillidos. Tampoco Gloria lo quería y decía que los murciélagos son como los vampiros, que chupan la sangre de los niños.

-No, Godóia. Luciano no es así. Es un amigo. El me conoce.

-Con esa manía que tienes por los bichos y por hablar con las cosas. . .

Costó mucho convencerla de que Luciano no era un bicho. Luciano era un avión que volaba por el "Campo dos Alfonsos".

-Mira, Luis.

Y Luciano daba vueltas alrededor de nosotros, feliz, como si comprendiera de qué se hablaba. Y realmente comprendía.

-Es un aeroplano. Está haciendo. . . Ahí me trababa. Necesitaba pedirle nuevamente a tío Edmundo que me repitiese esa palabra. No sabía si era

acrobacia, acorbacia, o arcobacia. Pero era una de ellas. Y yo no quería enseñarle a mi hermano nada equivocado.

Y ahora él quería el Jardín Zoológico.

Llegamos junto al gallinero viejo. Adentro, las dos gallinitas claras estaban picoteando; la vieja gallina negra era tan mansa que hasta se le podían hacer cosquillas en la cabeza.

-Primero vamos a comprar las entradas. Dame la mano, que los niños pueden perderse en esta multitud. ¿Ves cómo está de lleno los domingos?

Miraba y comenzaba a ver gente por todas partes, y apretaba más mi mano.

En la taquilla empiné hacia adelante la barriga y escupí para darme mayor importancia. Metí la mano en el bolsillo y pregunté a la vendedora:

-¿Hasta qué edad no pagan los niños?

-Hasta los cinco años.

-Entonces, una de adulto, por favor.

Tomé dos hojitas de naranjo como billetes, y fuimos entrando.

-Primero, hijo mío, vas a ver la belleza de las aves. Mira, papagayos, loros y "ararás" de todos los colores. Aquellas de plumas de diferentes colores son las "ararás" arco iris.

Y él agrandaba los ojos, extasiado.

Caminábamos despacio, viéndolo todo. Tantas cosas, que hasta vi que detrás de todo Gloria y Lalá estaban sentadas en un banco, pelando naranjas. Los ojos de Lalá me miraban de una manera... ¿Ya lo habrían descubierto? En ese caso, este Jardín Zoológico iría a terminar en grandes chinelazos en el trasero de alguien. Y ese alguien únicamente podía ser yo.

-Y ahora, Zezé, ¿qué vamos a visitar?

Nuevo escupitajo y pose:

-Vamos a pasar por las jaulas de los monos. Tío Edmundo siempre los llama simios.

Compramos algunas bananas y las arrojamos a los animales. Sabíamos que eso estaba prohibido, pero como había tanta gente los guardianes ni se daban cuenta.

-No te acerques mucho, porque te van a tirar las cáscaras de banana, muchachito.

-Lo que yo quería era ver enseguida a los leones.

-Ya vamos para allá.

Miré de reojo hacia donde las dos "simias" comían naranjas. Desde la jaula de los leones podría escuchar la conversación.

-Ya llegamos.

Señalé las dos leonas amarillas, bien africanas. Cuando él quiso acariciar la cabeza de la pantera negra. . .

-¡Qué idea, muchachito! Esa pantera negra es el terror del Zoológico. Vino a parar aquí porque le arrancó los brazos a dieciocho domadores y se los comió.

Luis puso cara de miedo y sacó el brazo, aterrado.

-¿Vino del circo?

-Sí.

-¿De qué circo, Zezé? Nunca me contaste eso antes.

Pensé y pensé. ¿A quién conocía yo que tuviera nombre para circo? ¡Ah, ya estaba! Había venido del circo Rozemberg.

-¿Pero ésa no es la panadería? Cada vez era más difícil engañarlo. Comenzaba a estar muy enterado.

-No, ésa es otra. Y mejor sentémonos un poco a comer la merienda. Caminamos mucho.

Nos sentamos y fingimos que comíamos. Pero mi oído estaba allá, escuchando las conversaciones.

-Uno debiera aprender de él, Lalá. Mira, si no, la paciencia que tiene con el hermanito.

-Sí, pero el otro no hace lo que él hace. Eso ya es maldad, no travesura.

-Es cierto que tiene el diablo en el cuerpo, pero así y todo es divertido. Nadie le tiene rabia en la calle, por más diabluras que haga...

-Aquí no pasa sin llevarse algunos chinelazos.

Hasta que aprenda.

Arrojé una flecha de piedad a los ojos de Gloria. Ella siempre me había salvado, y siempre le prometía que nunca más lo iba a hacer...

-Más tarde. Ahora no. Están jugando tan quietecitos.

Ella ya lo sabía todo. Sabía que yo había saltado la cerca y entrado en los fondos de la quinta de doña Celina. Me quedé fascinado con la cuerda de la ropa balanceando al viento un montón de piernas y brazos. El diablo me dijo entonces que podía saltar al mismo tiempo en todos los brazos y piernas. Estuve de acuerdo con él en que sería muy divertido. Busqué un pedazo de vidrio bien afilado, subí al naranjo, y corté la cuerda con paciencia.

Casi me caía cuando todo eso se vino abajo. Un grito y todo el mundo corrió.

-Vengan, por favor, que se cayó la cuerda. Pero una voz no sé de dónde gritó más alto.

-Fue ese demonio del chico de don Paulo. Lo vi trepando en el naranjo con un pedazo de vidrio...

-¿Zezé?

-¿Qué pasa, Luis?

- Cuéntame cómo sabes tantas cosas del Jardín Zoológico.

- ¡Uf, ya visité muchos en mi vida!

Mentía; todo lo que sabía era lo que me contara tío Edmundo, prometiendo llevarme allá algún día. Pero él andaba tan despacito que, cuando llegáramos, seguro que ya no existiría nada. Totoca había ido una vez con papá.

- El que más me gusta es el de la calle Barón de Drummond, en Villa Isabel. ¿Sabes quién fue el Barón de Drummond? Por supuesto que no. Eres muy chico paral saber estas cosas. El tal Barón debió haber sido amigo de Dios. Porque fue a él a quien ayudó Dios a crear el "jogo do bicho"* y el Jardín Zoológico. Cuando seas mayor...

*Especie de lotería, llamada así porque a cada grupo de 4 unidades le corresponde un determinado animal (N. de la T.).

- Las dos continuaban allá.

- Cuando yo sea mayor, ¿qué?

- ¡Ay qué chico preguntón! Cuando pase eso te voy a enseñar los animales y el número de cada uno. Hasta el número veinte. Desde ése, hasta el número veinticinco, yo sé que hay vaca, toro, oso, venado y tigre:. No sé muy bien el lugar de ellos, pero voy a aprenderlo para no enseñarte mal.

Estaba cansándose del juego.

- Zezé, cántame "Casita pequeñita".

- ¿Aquí, en el Jardín Zoológico? Hay mucha gente.

- No. La gente ya se está yendo...

- Es muy larga la letra. Voy a cantar sólo la parte que te gusta. Esa donde se habla de las cigarras. Saqué pecho:

Tú sabes de dónde vengo,
De una casita que tengo;
Queda allá junto a un huerto. . .

Es una casa chiquita,
En lo alto de una colina
Y se ve el mar a lo lejos. . .

Pasé por alto un montón de versos.

Entre las palmeras altas
Cantan todas las cigarras
Al volverse de oro el sol.

Cerca se ve el horizonte.
En el jardín canta una fuente
Y en la fuente un ruiseñor...

Ahí paré. Ellas continuaban firmes, esperándome. Tuve una idea; me quedaría allí cantando hasta que llegara la noche. Acabarían por cansarse.

¡Pero qué! Canté toda la canción, la repetí, canté "Es tu afecto pasajero" y hasta "Ramona". Las dos letras diferentes que sabía de "Ramona"... y nada. Entonces me entró la desesperación. Era mejor acabar con aquello. Fui adonde ellas se hallaban.

-Está bien, Lalá. Me puedes pegar.

Me puse de espaldas y ofrecí el material. Apreté los dientes porque la mano de Lalá tenía una fuerza de mil diablos en la chinela.

* * *

Fue mamá quien tuvo la idea.

-Hoy todo el mundo va a ver la nueva casa.

Totoca me llamó aparte y me avisó en un susurro.

-Si llegas a contar que ya conocemos la casa, te hago polvo.

Pero yo ni siquiera había pensado en eso.

Era un mundo de gente por la calle. Gloria me llevaba de la mano y tenía órdenes de no soltarme ni un minuto. Y yo llevaba de la mano a Luis.

-¿Cuándo tenemos que mudarnos, mamá? Mamá le respondió a Gloria con una cierta tristeza.

-Dos días después de Navidad hemos de comenzar a arreglar los trastos.

Hablaba con una voz cansada, cansada. Y yo sentía mucha pena por ella. Mamá había nacido trabajando. Desde los seis años de edad, cuando construyeron la Fábrica, la habían puesto a trabajar allí. La sentaban encima de una mesa y tenía que quedarse allí limpiando y enjuagando las herramientas. Era tan chiquitita que se mojaba encima de la mesa porque no podía bajar sola. . . Por eso nunca fue a la escuela ni aprendió a leer. Cuando le escuché esa historia me quedé tan triste que prometí que cuando fuese poeta y sabio le iba a leer todas mis poesías.

Y la Navidad ya se anunciaba en tiendas y mercerías. En todos los vidrios de las puertas ya habían dibujado a Papá Noel. Algunas personas compraban postales para que cuando llegase la hora no se llenasen demasiado las casas de comercio. Yo tenía una lejana esperanza de que esta vez el Niño Dios naciera. Pero que naciera para mí. A lo mejor, cuando llegara a la edad de la razón, tal vez mejorase un poco.

-Aquí es.

Todos quedaron encantados. La casa era un poco más chica. Mamá, ayudada por Totoca, desató el alambre que sostenía el portón y todo el mundo se lanzó hacia adelante. Gloria me soltó y olvidó que ya estaba haciéndose una señorita. Se precipitó en una carrera y abrazó la "mangueira"*.

*Árbol frutal que da la manga (N. de la T)

-Esta es mía. Yo la agarré primero. Antonio hizo lo mismo con la planta de tamarindo. No había quedado nada para mí. Casi llorando miré a Gloria.

-¿Y yo, Gloria?

-Corre al fondo. Debe de haber más árboles, tonto.

Corrí, pero sólo encontré el yuyo crecido. Un montón de naranjos viejos y pinchudos. Al lado de la zanja había una pequeña planta de naranja-lima.

Estaba desconcertado. Todos estaban mirando las habitaciones y determinando para quién sería cada una.

Tiré de la falda a Gloria.

-No hay nada más.

-No sabes buscar bien. Espera aquí que voy a encontrarte un árbol.

Al rato vino conmigo. Examinó los naranjos.

-¿No te gusta aquél? Es un lindo naranjo. No me gustaba ninguno. Ni siquiera ése. Ni aquel otro, ni ninguno. Todos tenían muchas espinas.

-Para quedarme con esos mamarrachos, antes prefiero la planta de naranja-lima.

-¿Cuál?

Fuimos hacia donde estaba.

-¡Pero qué linda plantita de naranja-lima! Mira, no tiene ni siquiera una espina. Y tiene tanta personalidad que ya desde lejos se sabe que es naranja-lima. ¡Si yo tuviera tu estatura no querría otra cosa!

-Pero yo quería un árbol grandote.

-Piensa bien, Zezé. Es muy pequeño todavía. Con el tiempo será un naranjo grandote. Así crecerán juntos. Los dos se van a entender como si fuesen dos hermanos. ¿Viste la rama que tiene? Es verdad que es la única, ¡pero parece un caballito hecho para que montes en él!

Me sentía el ser más desgraciado del mundo. Recordaba lo ocurrido con la botella de bebida que tenía la figura de los ángeles escoceses. Lalá dijo: "Ese soy yo"; Gloria señaló otro para ella; Totoca eligió otro para él. ¿Y yo? Finalmente me tocó ser esa cabecita que había atrás, casi sin alas. El cuarto ángel escocés, que ni siquiera era un ángel entero. . . Siempre tenía que ser el último. Cuando creciera iban a ver. Compraría una selva amazónica y todos los árboles que tocaran el cielo serían míos. Compraría un depósito de botellas llenas de ángeles y nadie tendría ni siquiera un trozo de ala.

Me enojé. Sentado en el suelo, apoyé mi enojo en mi planta de naranja-lima. Gloria se alejó sonriendo.

-Ese enojo no dura, Zezé. Acabarás descubriendo que yo tenía razón.

Agujereé el suelo con un palito y comencé a dejar de lloriquear. Habló una voz, venida quién sabe de dónde, cerca de mi corazón.

-Creo que tu hermana tiene toda la razón.

-Todo el mundo tiene siempre toda la razón; el único que no la tiene nunca soy yo.

-No es cierto. Si me mirases bien, acabarías por darte cuenta.

Me levanté, asustado, y miré el arbolito. Era raro, porque siempre conversaba con todo, pero pensaba que era mi pajarito de adentro que se encargaba de arreglar las conversaciones.

-¿Pero tú hablas de verdad?

-¿No me estás escuchando?

Y se rió bajito. Casi salí gritando por la quinta. Pero me sujetaba la curiosidad.

-¿Por dónde hablas?

-Los árboles hablan por todas partes. Por las hojas, por las ramas, por las raíces. ¿Quieres ver? Apoya tu oído aquí en mi tronco y vas a escuchar palpitar mi corazón.

Me quedé medio indeciso, pero viendo su tamaño perdí el miedo. Apoyé la oreja y una cosa lejana hacia tic... tac... tic... tac...

-¿Viste?

-Pero, dime, ¿todo el mundo sabe que hablas?

-No. Solamente tú.

-¿De verdad?

-Puedo jurarlo. Un hada me dijo que cuando un niño igual a ti se hiciera amigo mío, yo podría hablar y ser muy feliz.

-¿Y vas a esperar?

-¿Qué cosa?

-Hasta que me mude. Falta más de una semana. Hasta ese momento ¿no te irás a olvidar de hablar?

-Jamás. Es decir, para ti solamente. ¿Quieres ver cómo soy de blando?

-¿Cómo eres de qué?. . .

-Súbete a mi rama. Obedecí.

-Ahora, balancéate un poco y cierra los ojos.

Hice lo que me mandaba.

-¿Qué tal? ¿Alguna vez tuviste en la vida un caballito mejor?

-Nunca. Es maravilloso. Voy a darle a mi hermanito menor mi caballito "Rayo de Luna". Te va a gustar mucho mi hermano, ¿sabes?

Bajé adorando ya mi planta de naranja-lima.

-Mira, haré una cosa. Siempre que pueda, antes de mudarnos, vendré a charlar un ratito contigo. . . Ahora necesito irme, ya están saliendo todos.

-Pero los amigos no se despiden así.

-¡Chist! Allá viene ella.

Gloria llegó en el momento en que lo abrazaba.

-Adiós, amigo. ¡Eres la cosa más linda del mundo!

-¿No te lo había dicho?

-Sí, lo dijiste. Ahora, aunque ustedes me diesen la "mangueira" y la planta de tamarindo a cambio de mi árbol, no querría.

Me pasó la mano por el pelo, tiernamente.

-¡Cabecita, cabecita!. . . Salimos tomados de las manos.

-Godóia, ¿no te parece que tu "mangueira" es un poco sosa?

-Todavía no se puede saber, pero parece un poco, sí.

-¿Y el tamarindo de Totoca?

-Es un poco sin gracia, ¿por qué?

-No sé si lo puedo contar. Pero un día te contaré un milagro, Godóia.

3
LOS FLACOS DEDOS DE LA POBREZA

Cuando le conté mi problema a tío Edmundo, lo encaró con toda seriedad.

-Entonces, ¿eso es lo que te preocupa?

-Sí, eso. Tengo miedo de que, al mudar de casa, Luciano no venga con nosotros.

-Crees que el murciélago te quiere mucho. . .

-Sí, me quiere. . .

-¿Desde el fondo del corazón?

-Sin duda.

-Entonces puedes estar seguro de que irá. Puede ser que demore en aparecer por allá, ¡pero un día descubre el lugar y aparece!

-Ya le dije la calle y el número de la casa en donde vamos a vivir.

-Pues entonces es más fácil. Si no puede ir, por tener otros compromisos, mandará a un hermano, a un primo, a cualquier pariente, y ni siquiera vas a notarlo.

Sin embargo, yo todavía estaba indeciso. ¿Qué ganaba con darle el número y la calle a Luciano, si no sabía leer? Podía ser que fuese preguntando a los pajaritos, a los "tata Dios", a las mariposas.

-No te asustes, Zezé, los murciélagos tienen sentido de orientación.

-¿Tienen qué, tío?

Me explicó lo que era el sentido de orientación, y quedé cada vez más admirado por su sabiduría.

Resuelto mi problema, fui a la calle para contar a todo el mundo lo que nos esperaba: la mudanza. La mayoría de las personas grandes me decían con gesto alegre:

-¿Así que se van a mudar, Zezé? ¡Qué bueno!...

¡Qué maravilla!... ¡Qué alivio!...

El que no se extrañó mucho fue Biriquinho.

-Menos mal que es en la otra calle. Queda cerca de aquí. Y aquello de que te hablé. . .

-¿Cuándo es?

-Mañana a las ocho, en la puerta del Casino Bangú. La gente dice que el dueño de la Fábrica mandó comprar un camión de juguetes. ¿Vas?

-Sí que voy. Y llevaré a Luis. ¿Será posible que yo también reciba algo?

-Claro que sí. Una porqueriíta de este tamaño. ¡O estás pensando que ya eres un hombre?

Se puso cerca de mí y sentí que todavía era muy chico. Menor aún de lo que pensaba.

-Bueno, algo voy a ganar. . . Pero ahora tengo que hacer. Mañana nos encontramos ahí.

Volví a casa y anduve dando vueltas alrededor de Gloria.

-¿Qué pasa, muchacho?

-Bien que podías llevarme. Hay un camión que vino de la ciudad llenito de juguetes.

-Escucha, Zezé. Tengo un montón de cosas que hacer. Planchar, ayudar a Jandira a arreglar la mudanza. Vigilar las cacerolas en el fuego...

-También vienen un montón de cadetes de Realengo.

Además de coleccionar retratos de Rodolfo Valentino, a quien ella llamaba "Rudy", y que pegaba en un cuaderno, tenía locura por los cadetes.

-¿Dónde viste cadetes a las ocho de la mañana? ¿Quieres hacerme pasar por tonta, chiquilín? Ve a jugar, Zezé.

Pero no me fui.

-¿Sabes una cosa, Godóia? No es por mí, no. Pasa que le prometí a Luis llevarlo allá. Es tan chiquitito. Un chico de esa edad solamente piensa en la Navidad.

-Zezé, ya dije que no voy. Y ésas son mentiras; lo que pasa es que tú quieres ir. Tienes mucho tiempo para recibir Navidades en tu vida...

-¿Y si me muero? Morir sin haber recibido algo esta Navidad...

-No vas a morirte tan pronto, mi amigo. Vas a vivir dos veces más que tío Edmundo o don Benedicto. Y ahora basta. Ve a jugar.

Pero no fui. Me di maña para que ella a cada momento tropezara conmigo. Iba a la cómoda a buscar algo, y se encontraba conmigo sentado en la mecedora, pidiendo con la mirada. Porque pedir con la mirada tenía mucho efecto sobre ella. Iba a buscar agua en la pileta, y yo estaba sentado en el umbral de la puerta, mirando. Iba al dormitorio, a buscar piezas de ropa para lavar.

Allí estaba, sentado en la cama, con las manos en el mentón, mirando...

-Hasta que no aguantó más.

-Bueno, basta. Zezé. Ya dije que no y no. Por amor de Dios, no termines con mi paciencia. Ve a jugar.

Pero no me fui. Es decir, pensé que no me iba. Porque ella me agarró, me llevó afuera y me depositó en el fondo. Después entró en la casa y cerró la puerta de la cocina y de la sala. No me rendí. Me fui sentando delante de cada ventana por la que ella iba a pasar. Porque ahora comenzaba a limpiar la casa y a arreglar las camas. Se encontraba conmigo, espiándola, y cerraba la ventana. Acabó cerrando toda la casa para no verme.

-¡Mujer de los mil diablos! ¡Parda de mal pelo! ¡Ojalá que nunca te cases con un cadete! ¡Ojalá que te cases con un soldado raso, de esos que no tienen ni un centavo para lustrarse las polainas!

Cuando vi que realmente estaba perdiendo el tiempo, salí furioso y gané de nuevo el mundo de la calle.

En la calle descubrí a Nardinho que jugaba con una cosa. Estaba en cuclillas, totalmente distraído. Me acerqué. Había hecho un carrito con una caja de fósforos y le había atado un abejorro tan grande como nunca lo había visto.

-¡Caramba!

-Es grande, ¿no?

-¡Te lo cambio!

-¿Por qué?

-Si quieres fotos...

-¿Cuántas?

-Dos.

-¡Qué gracia! Un bicho de éstos y me das solamente dos fotos...

- Como ésos hay montones en la casa de tío Edmundo.

-Por tres todavía te lo cambio.

-Te doy tres, pero no puedes elegir...

- Así no. Por lo menos quiero elegir dos.

- Bueno.

Le di una de Laura La Plante, que tenía repetida muchas veces. Y él eligió una de Hoot Gibson y otra de Patsy Ruth Miller. Guardé en mi bolsillo el abejorro y me fui.

***

- Rápido, Luis. Gloria fue a comprar pan y Jandira está leyendo en la mecedora.

Salimos escurriéndonos por el corredor. Y lo ayudé a "desaguar".

-Haz bastante, que en la calle no se puede de día.

Luego, en la pileta, le lavé la cara. Y después de lavar también la mía volvimos al dormitorio.

Lo vestí sin hacer ruido. Le calcé los zapatitos. ¡Porquería de calcetines, no servían más que para complicarlo todo! Abotoné su saquito azul y busqué el peine. Pero su pelo no se asentaba; había que hacer algo. No contaba con nada en ningún rincón. Ni brillantina, ni aceite. Fui a la cocina y volví con un poco de grasa en la punta de los dedos. Restregué la grasa en la palma de la mano y la olí, primero.

- No tiene olor.

Acomodé los cabellos de Luis y comencé a peinarlos. Entonces su cabeza quedó linda; llena de rulos, parecía un San Juan con un carnerito sobre las espaldas.

-Ahora te quedas ahí, parado, para no arrugarte.

Me voy a vestir.

Mientras me ponía los pantalones y la camisa blanca, miraba a mi hermano.

¡Qué lindo era! No había otro más lindo en Bangú.

Me calcé las zapatillas de tenis, que tenían que durar hasta que fuese al colegio, el año siguiente. Continué mirando a Luis.

Lindo y arregladito como estaba hasta podría ser confundido con el Niño Jesús, más crecidito. Apuesto a que va a ganar montones de regalos. Cuando lo miraran...

Me estremecí. Gloria acababa de volver y colocaba el pan sobre la mesa. Los días que había pan, el papel hacía ese ruido.

Salimos tomados de las manos y nos pusimos delante de ella.

-¿No está lindo, Godóia? Yo lo arreglé. En vez de enojarse, se recostó en la puerta y miró hacia arriba. Cuando bajó la cabeza tenía los ojos llenos de lágrimas.

-También tú estás lindo. ¡Oh! ¡Zezé!...

Se arrodilló y apoyó mi cabeza sobre su pecho.

-¡Dios mío! ¿Por qué la vida tendrá que ser tan dura para algunos?...

Se contuvo y comenzó a arreglarnos prolijamente.

-Te dije que no podría llevarlos, Zezé. Realmente, no puedo. Tengo tanto que hacer. Primero vamos a tomar café, mientras pienso alguna cosa. Aunque quisiese, ya no habría tiempo para que me vistiera. . .

Puso nuestro tazón de café y cortó el pan. Continuaba mirándonos afligida.

-Tanto trabajo para ganarse unas porquerías de juguetes ordinarios. Claro que tampoco pueden dar cosas muy buenas para tantos pobres como hay. Hizo una pausa y continuó:

-Tal vez sea la única oportunidad. No puedo impedir que ustedes vayan. .. Pero, Dios mío, son muy chiquitos...

-Yo lo llevo a él con cuidado. Lo llevaré de la mano todo el tiempo, Godóia. Ni siquiera es necesario cruzar la carretera Río-San Pablo.

-Aun así es peligroso.

-No lo es, y yo tengo sentido de orientación.

Se rió, dentro de su tristeza.

-¿Quién te enseñó eso, ahora?

-Tío Edmundo. Dijo que Luciano lo tenía, y si Luciano, que es menor que yo lo tiene, yo lo tengo más...

-Voy a hablar con Jandira.

-Es perder el tiempo. Ella nos deja. Jandira solamente vive leyendo novelas y pensando en sus admiradores. No le importa.

-Vamos a hacer lo siguiente: terminen con el café y nos vamos luego al portón. Si pasa gente conocida que va para ese lado le pido que los acompañe.

No quise comer el pan para no demorar. Fuimos hacia el portón.

No pasaba nadie, solamente el tiempo. Pero acabó pasando. Por allá venía don Pasión, el cartero. Saludó a Gloria, se quitó la gorra y se ofreció a acompañarnos.

Gloria besó a Luis y después a mí. Conmovida preguntó sonriendo:

-¿Y aquel asunto del soldado raso y las polainas. . .?

-Son mentiras. No fue de corazón. Te vas a casar con un mayor de aviación lleno de estrellitas en el hombro.

-¿Por qué no fueron con Totoca?

-Totoca dijo que no iba para allá. Y que no estaba dispuesto a llevar "equipaje".

Salimos. Don Pasión nos mandaba ir adelante e iba a entregar las cartas en las casas. Después apuraba el paso y nos alcanzaba. Volvía a repetir la acción, en seguida. Cuando llegamos a la carretera Río-San Pablo, nos dijo sonriente:

-Hijos míos, estoy muy apurado. Ustedes están retrasando mi trabajo. Ahora vayan por ahí, que no hay ningún peligro.

Salió, de prisa, con el paquete de cartas y papeles debajo del brazo. Pensé, rabioso:

-¡Cobarde! Abandonar a dos criaturas en la carretera, después de haberle prometido a Gloria que nos llevaba.

Tomé con más fuerza la mano de Luis y continuamos la marcha. El cansancio ya comenzaba a manifestarse en él. Cada vez disminuía más sus pasos.

-Vamos, Luis. Ya estamos cerquita y hay muchos juguetes.

Caminaba un poco más rápidamente y volvía a retrasarse.

-Zezé, estoy cansado.

-Te voy a alzar un poco, ¿quieres?

Abrió los brazos y lo cargué un tiempo. ¡Pero vaya! ¡Pesaba como si fuese plomo! Cuando llegamos a la Calle del Progreso quien estaba bufando era yo.

-Ahora caminas otro poquito. El reloj de la iglesia dio las ocho.

-¿Y ahora? Había que estar allí a las siete y media. Pero no importa, hay mucha gente y van a sobrar juguetes. Traen un camión lleno.

-¡Zezé, me está doliendo un pie. !

Me incliné:

-Voy a aflojarte un poco el cordón y mejorará.

Ibamos cada vez más despacio. Parecía que el Mercado no llegaba nunca. Y después todavía teníamos que pasar la Escuela Pública y doblar a la derecha en la calle del Casino Bangú. Lo peor de todo era el tiempo, que parecía volar a propósito.

Llegamos allá muertos de cansancio. No había nadie. Ni parecía que hubiera habido distribución de juguetes. Pero la hubo, sí, porque la calle estaba llena de papel de seda arrugado. Los trocitos de papel coloreaban la arena.

Mi corazón comenzó a inquietarse.

Cuando llegamos, don Coquito estaba ya cerrando las puertas del Casino.

Extenuado, le dije al portero:

-Don Coquito, ¿ya se acabó todo?

-Todo, Zezé. Ustedes llegaron muy tarde. Esto fue como un alud.

Cerró media puerta y sonrió bondadosamente.

-¡El año que viene tienen que venir más temprano, dormilones!. . .

-No importa.

Pero sí que importaba. Estaba tan triste y desilusionado que hubiese preferido morir antes de que sucediese aquello.

-Vamos a sentarnos allí. Necesitamos descansar un poco.

-Tengo sed, Zezé.

-Cuando pasemos por lo de don Rosemberg pedimos un vaso de agua. Alcanza para los dos.

Solamente en ese momento descubrió toda la tragedia. Ni habló. Me miró haciendo pucheros y con los ojos perdidos.

-No importa, Luis. ¿Sabes? Voy a pedirle a Totoca que le cambie la cola a mi caballito "Rayo de Luna" para dártelo como regalo de Papá Noel.

Pero continuó lloriqueando.

-No, no hagas eso. Tú eres un rey. Papá dijo que te bautizó Luis porque era nombre de rey. Y un rey no puede llorar en la calle, frente a los demás, ¿sabes?

Apoyé su cabeza en mi pecho y me quedé alisándole el cabello enrulado.

-Cuando sea grande, voy a comprar un coche bonito como el de don Manuel Valadares. Ese del Portugués, ¿te acuerdas? Ese que pasó una vez delante de nosotros en la Estación, cuando estábamos saludando al Mangaratiba... Bueno, voy a comprar un cochazo lindo, lleno de regalos, y solo para ti... Pero no llores, que un rey no llora.

Mi pecho explotó con enorme amargura.

-Juro que lo voy a comprar. Aunque tenga que matar y robar...

No era mi pajarito el que me comentaba eso, allá adentro. Debía ser el corazón.

Solamente eso podía ser. ¿Por qué el Niño Jesús no me quería? El amaba hasta al buey y al burrito del pesebre. Pero a mí, no. Y él se vengaba porque yo era ahijado del diablo. Se vengaba de mí dejando a mi hermano sin su regalo. Pero Luis no merecía eso, porque era un ángel. Ningún angelito del cielo podía ser mejor que él.

Y las lágrimas brotaron cobardemente de mis ojos.

-Zezé, estás llorando...

-En seguida pasa. Además, no soy un rey, como tú. Solamente soy una cosa que no sirve para nada. Un chico malo, bien malo... Apenas eso.

***

-Totoca, ¿fuiste a la casa nueva?

-No. ¿Y tú?

-Siempre que puedo hago una corridita hasta allá.

-Y eso, ¿para qué?

-Quiero saber si Minguito está bien.

-¿Y quién diablos es Minguito?

-Mi planta de naranja-lima.

-Le encontraste un nombre bastante parecido a ella. Eres único para encontrarles nombres a las cosas.

Se rió y continuó afinando lo que sería el nuevo cuerpo de "Rayo de Luna".

-¿Y estaba allá?

-No creció nada.

-Ni crecerá si andas espiándola todo el tiempo. ¿Se está poniendo linda? ¿Es así como querías el cabo?

-Sí. Totoca, ¿por qué sabes hacer de todo, eh? Haces jaula, gallinero, vivero, cerca, cancela...

-Eso es porque no todo el mundo nació para ser poeta de corbata de moño. Pero si realmente quisieras, aprenderías.

-Me parece que no. Para eso es necesario tener "inclinación".

Se detuvo un instante y me miró, entre riendo y reprobando aquella posible novedad de tío Edmundo.

En la cocina estaba Dindinha, que había venido para hacer "rabanada"* mojada en vino. Era la cena de Nochebuena.

*Rodaja de pan mojada en leche, que luego de frita se espolvorea con canela. (N. de la T.)

Le comenté a Totoca:

-Y mira, hay gente que ni siquiera tiene eso. El tío Edmundo dio el dinero para el vino y para comprar las frutas para la ensalada del almuerzo de mañana.

Totoca estaba haciendo el trabajo gratis, porque se había enterado de la historia del Casino Bangú. Por lo menos, Luis tendría un regalo. Una cosa vieja, usada, pero muy linda y que yo quería mucho.

-Totoca.

-Habla.

-¿Y no voy a recibir nada, nada, de Papá Noel?

-Pienso que no.

-Hablando seriamente, ¿crees que soy tan malo como dice todo el mundo?

-Malo, malo, no. Lo que pasa es que tienes el diablo en la sangre.

-¡Cuando llega la Nochebuena, querría tanto no tenerlo! Me gustaría tanto que antes de morir, por lo menos una vez, naciese para mí el Niño Jesús en vez del Niño Diablo.

-Quién sabe si a lo mejor el año que viene...

¿Por qué no aprendes y haces como yo?

-¿Y qué haces?

-No espero nada. Así no me decepciono. Ni siquiera el Niño Jesús es eso tan bueno que todo el mundo dice. Eso que el Padre cuenta y que el Catecismo dice...

Hizo una pausa y quedó indeciso entre contar el resto de lo que pensaba o no.

-¿Cómo es, entonces?

-Bueno, vamos a decir que fuiste muy travieso, que no merecías un regalo.

-Pero ¿Luis?

-Es un ángel.

-¿Y Gloria?

-También.

-¿Y yo?

-Bueno, a veces..., tomas mis cosas, pero eres muy bueno.

-¿Y Lalá?

-Pega muy fuerte, pero es buena. Un día me va a coser mi corbata de moño.

-¿Y Jandira?

-Jandira tiene ese modo... pero no es mala.

-¿Y mamá?

-Mamá es muy buena; cuando me pega lo hace con pena y despacito.

-¿Y papá?

-¡Ah, él no sé! Nunca tiene suerte. Creo que debe haber sido como yo, el malo de la familia.

-¡Entonces! Todos son buenos en la familia. ¿Y por qué el Niño Jesús no es bueno con nosotros? Vete a la casa del doctor Faulhaber y mira el tamaño de la mesa llena de cosas. Lo mismo en la casa de los Villas-Boas. Y en la del doctor Adaucto Luz, ni hablar...

Por primera vez vi que Totoca estaba casi llorando.

-Por eso creo que el Niño Jesús quiso nacer pobre sólo para exhibirse. Después El vio que solamente los ricos servían. . . Pero no hablemos más de eso. Hasta puede ser que lo que diga sea un pecado muy grande.

Se quedó tan abatido que no quiso conversar más. Ni siquiera quería levantar los ojos del cuerpo del caballo que pulía.

* * *

Fue una comida tan triste que ni daba ganas de pensar. Todo el mundo comió en silencio, y papá apenas probó un poco de "rabanada". Ni siquiera había querido afeitarse. Tampoco habían ido a la Misa del Gallo. Lo peor era que nadie hablaba nada con nadie. Más parecía el velorio del Niño Jesús que su nacimiento.

Papá agarró el sombrero y se fue. Salió, incluso en zapatillas, sin decir hasta luego ni desear felicidades. Dindinha sacó su pañuelo y se limpió los ojos, pidiendo permiso para irse en seguida con tío Edmundo. Y éste puso algún dinero en mi mano y en la de Totoca. A lo mejor hubiese querido dar más y no tenía. A lo mejor, en vez de darnos dinero a nosotros, desearía estar dándoselo a sus hijos, allá en la ciudad. Por eso lo abracé. Tal vez el único abrazo de la noche de fiesta. Nadie se abrazó ni quiso decir algo bueno. Mamá fue al dormitorio. Estoy seguro de que ella estaba llorando, escondida. Y todos tenían ganas de hacer lo mismo. Lalá fue a dejar a tío Edmundo y a Dindinha en el portón, y cuando ellos se alejaron caminando despacito, despacito, comentó:

-Parece que están demasiado viejitos para la vida y cansados de todo...

Lo más triste fue cuando la campana de la iglesia llenó la noche de voces felices. Y algunos fuegos artificiales se elevaron a los cielos para que Dios pudiera ver la alegría de los otros.

Cuando entramos nuevamente, Gloria y Jandira estaban lavando la vajilla usada y Gloria tenía los ojos rojos como si hubiese llorado mucho.

Disimuló, diciéndonos a Totoca y a mí:

-Ya es la hora de que los chicos vayan a la cama.

Decía eso y nos miraba. Sabía que en ese momento allí no había ya ningún niño. Todos eran grandes, grandes y tristes, cenando a pedazos la misma tristeza.

Quizá la culpa de todo la hubiera tenido la luz del farol medio mortecina, que había sustituido a la luz que la "Light" mandara cortar. Tal vez.

El reyecito, que dormía con el dedo en la boca sí era feliz. Puse el caballito parado, bien cerca de él. No pude evitar pasarle suavemente las manos por su pelo. Mi voz era un inmenso río de ternura.

-Mi chiquitito.

Cuando toda la casa estuvo a oscuras pregunté bien bajito:

-Estaba buena la "rabanada", ¿no es cierto, Totoca?

-No sé. Ni la probé.

-¿Por qué?

-Se me puso una cosa rara en la garganta que no me dejaba pasar nada... Vamos a dormir. El sueño hace que uno se olvide de todo.

Yo me había levantado y hacía barullo en la cama.

-¿Adonde vas, Zezé?

-Voy a poner mis zapatillas del otro lado de la puerta.

-No las pongas. Es mejor.

-Las voy a poner, sí. A lo mejor sucede un milagro. ¿Sabes una cosa, Totoca? Quisiera un regalo. Uno solo. Pero que fuese algo nuevo. Solo para mí...

Miró para el otro lado y enterró la cabeza debajo de la almohada.

***

En cuanto me desperté llamé a Totoca.

-¿Vamos a ver? Yo digo que hay algo.

-Yo no iría a ver.

-¡Pues sí voy!

Abrí la puerta del dormitorio y, para decepción mía, las zapatillas estaban vacías. Totoca se acercó, limpiándose los ojos.

-¿No te lo había dicho?

Diversas sensaciones, entremezcladas, se acumularon en mi alma. Era odio, rebelión y tristeza. Sin poder contenerme exclamé:

-¡Qué desgracia es tener un padre pobre!...

Desvié mis ojos de las zapatillas hacia otras que estaban detenidas frente a mí. Papá se hallaba de pie, mirándonos. La tristeza había hecho enormes sus ojos. Parecía que habían crecido tanto, pero tanto, que cubrirían toda la pantalla del cine Bangú. Había en sus ojos una tristeza dolorida, tan fuerte, que aun queriendo llorar no lo hubiera logrado. Se quedó un minuto, que no acababa nunca, mirándonos; después pasó a nuestro lado, en silencio. Estábamos paralizados, sin poder decir nada. Tomó el sombrero que estaba sobre la cómoda y se fue de nuevo para la calle. Sólo entonces Totoca me tocó el brazo.

-Eres malvado, Zezé. Malvado como una serpiente. Por eso es que... Calló emocionado.

-No vi que estaba allí.

-Malvado. Sin corazón. Sabes que papá desde hace mucho tiempo está sin empleo. Por eso ayer yo no podía tragar, mirando su rostro. Algún día vas a ser padre y entonces vas a saber lo que duele una hora de esas.

Para colmo, yo lloraba.

-Pero si no lo vi, Totoca, No lo vi.

-Sal de mi lado. No sirves para nada. ¡Vete!

Tuve ganas de salir corriendo por la calle y agarrarme llorando a las piernas de papá. Decirle que había sido muy malo, realmente malo. Pero continuaba quieto, sin saber qué hacer. Necesité sentarme en la cama desde allí miraba mis zapatillas, siempre en el mismo rincón, vacías. Vacías como mi corazón, que fluctuaba sin gobierno.

-¿Por qué hice eso, Dios mío? Y precisamente hoy. ¿Por qué tenía que ser aun mas malo cuando ya todo estaba demasiado triste? ¿Con qué cara lo miraré a la hora del almuerzo? Ni la ensalada de frutas voy a conseguir que pase.

Y sus grandes ojos, como pantalla de cine, estaban pegados a mí, mirándome. Cerraba los ojos y veía esos ojos grandes, grandes...

Mi talón dio en mi caja de lustrar zapatos y tuve una idea. Tal vez así papá me perdonase tanta maldad.

Abrí el cajón de Totoca y tomé en préstamo una lata más de pomada negra, porque la mía se estaba acabando. No hablé con nadie. Salí caminando, triste, por la calle, sin sentir el peso del cajoncito. Me parecía estar caminando sobre los ojos de él. Doliéndome dentro sus ojos.

Era muy temprano y la gente debía estar durmiendo a causa de la Misa y de la cena. La calle estaba llena de chicos que exhibían y comparaban sus juguetes. Eso me abatió más todavía. Todos eran niños buenos. Ninguno de ellos haría nunca lo que yo había hecho.

Paré cerca del "Miseria y Hambre", esperando encontrar algún cliente. El cafetín estaba abierto hasta ese día. No por nada le habían puesto aquel sobrenombre. A él llegaba gente en pijama, de chinelas, de zuecos, pero nunca con zapatos.

No había tomado ni café y sin embargo no sentía hambre. Mi dolor era mucho mayor que cualquier apetito. Caminé hasta la Calle del Progreso. Di vuelta al Mercado. Me senté en la calzada de la panadería de don Rosemberg, y nada.

El calor aumentó y la correa del cajoncito me hacía doler el hombro; fue necesario cambiarlo de posición. Sentí sed y fui a beber en el grifo del Mercado.

Me senté en el umbral de la Escuela Pública, que en breve habría de recibirme. Dejé el cajoncito en el suelo y me desanimé. Recosté la cabeza en las rodillas, como un muñeco, y así me quedé, sin ganas de nada. Después escondí la cara entre las rodillas, cubriéndolas con mis brazos. Era mejor morir antes que volver a casa sin lo que pretendía.

Un pie golpeó mi cajón y una voz conocida y amiga me llamó:

-¡Eh!, lustrador, el que duerme no gana dinero.

Levanté la cara sin creerlo. Era don Coquito, el portero del Casino. Puso un pie y primero le pasé la franela. Después mojé el zapato y lo sequé. Y luego comencé a pasar la pomada con todo cuidado.

-Por favor, ¿puede levantar un poco el pantalón? Obedeció mi pedido.

-¿Lustrando hoy, Zezé?

-Nunca necesité tanto como hoy.

-¿Y qué tal fue la Nochebuena?

-Regular.

Golpeé con el cepillo en el cajón y cambió de pie. Repetí la maniobra y entonces comencé a lustrar. Cuando terminé, golpeé en el cajón y retiró el pie.

-¿Cuánto es, Zezé?

-Dos cruzeiros.

-¿Por qué solamente dos? Todos cobran cuatro.

-Solamente cuando sea un buen lustrador podré cobrar tanto. Por ahora, no.

Sacó cinco cruzeiros y me los dio.

-¿No quiere pagarme después? No trabajé nada hasta ahora.

-Quédate con el vuelto por ser Navidad. Hasta luego.

-Felices fiestas, don Coquito.

Quizá había venido a hacerse lustrar los zapatos por lo que sucediera tres días antes...

Sentir el dinero en el bolsillo me dio cierto ánimo que no duró mucho; ya eran más de las dos de la tarde, la gente charlaba por las calles, ¡y nada! Nadie, ni para sacarles el polvo y soltar unas monedas.

Me puse cerca de un poste de la Río-San Pablo, y de vez en cuando soltaba mi voz finita:

-¡Se lustra, patrón! ¡Lústrese para ayudar a la Navidad de los pobres!

Un coche de rico se detuvo cerca. Aproveché para gritar, sin ninguna esperanza.

-Deme una manita, doctor. Aunque solo sea para ayudar a la Navidad de los pobres.

La señora, bien vestida, y los niños sentados atrás, se quedaron mirándome, mirando. La señora se conmovió.

-Pobrecito, tan chico y tan pobrecito. Dale algo, Arturo.

El hombre me examinó con desconfianza.

-Ese es un pícaro, y de los bien vivos. Está aprovechándose de su edad y del día.

-Aunque así sea, yo le voy a dar. Ven acá, chiquito.

Abrió la cartera y estiró la mano por la ventanilla.

-No, señora, gracias. No estoy mintiendo. Solamente quien lo necesita mucho trabaja en Navidad.

Tomé mi cajoncito, lo colgué en mi hombro y me fui caminando despacito. Ese día no sentía fuerzas ni Para tener rabia.

Pero la puerta del coche se abrió y un niño echó a correr detrás de mí.

-Toma. Te manda decir mi mamá que no cree que seas un mentiroso.

Me puso otros cinco cruzeiros en el bolsillo y ni esperó que le agradeciera... Solamente escuché el rugido del motor que se alejaba.

Ya habían pasado cuatro horas y yo continuaba con los ojos de papá martirizándome.

Busqué el camino de vuelta. Diez cruzeiros no alcanzaban, pero en todo caso podría ser que el "Miseria y Hambre" me hiciese un precio más barato, o me permitiera pagar el resto otro día.

En el rincón de una cerca me llamó la atención una cosa. Era una media negra y roja, de mujer. Me incliné y la recogí. Arrollé mi mano en ella y quedó finita. Guardé la media en el cajón, pensando: "Hará una linda cobra".

Pero me enojé conmigo mismo. "Otro día. Hoy, de ninguna manera..."

Llegué cerca de la casa de los Villas-Boas. La casa tenía un gran jardín y el piso todo de cemento. Sergito andaba por entre las plantas en una hermosa bicicleta. Apoyé la cara en la reja para espiar:

Era toda roja y con rayas amarillas y azules. El metal deslumbraba, de tan brillante. Sergito me vio y se puso a hacer demostraciones. Corría, hacía curvas, daba frenadas que llegaban a chirriar. Entonces se me acercó.

-¿Te gusta?

-Es la bicicleta más linda del mundo.

-Acércate más al portón, que la vas a ver mejor. Sergito era de la misma edad y grado que Totoca. Sentí vergüenza de mis pies descalzos, porque él usaba

zapatos de charol, medias blancas y ligas de elástico rojo. En el brillo de los zapatos se reflejaba todo. Hasta los ojos de papá comenzaron a mirarme desde ese brillo. Tragué en seco.

-¿Qué te pasa, Zezé? Estás raro.

-Nada. De cerca todavía es más bonita. ¿Te la regalaron por la Navidad?

-Sí.

Bajó de la bicicleta para conversar mejor y abrió el portón.

-Tuve muchísimos regalos. Una victrola, tres trajes, un montón de libros de cuentos, una caja de lápices de colores de las grandes. Una caja con juegos, un avión que mueve la hélice. Dos barcos con vela blanca. . .

Bajé la cabeza y me acordé del Niño Jesús, al que solamente le gustaba la gente rica, como decía Totoca.

-¿Qué pasa, Zezé?

-Nada.

-Y a ti, . . ¿te regalaron muchas cosas? Negué con la cabeza, sin poder responder.

-Pero, ¿nada? ¿De verdad, nada?

-Este año no tuvimos Navidad en casa. Papá todavía está sin empleo.

-¡No es posible! ¿Así que ustedes no tuvieron castañas, ni avellanas, ni vino?. . .

-Apenas "rabanada", que hizo Dindinha, y café. Sergito se quedó pensativo.

-Zezé, si yo te convido, ¿aceptas? Estaba adivinando de qué se trataba. Pero, aun sin haber comido, no tenía deseos.

-Vamos adentro. Mamá te hace un plato. Hay tantas cosas, tantos dulces...

No me arriesgaba. Había sido muy maltratado en esos días. Más de una vez había escuchado: "¿No te dije Que no me traigas mocosos de la calle a casa?".

-No, muchas gracias.

-Está bien. Y si le pido a mamá que haga un paquete de castañas y otras cosas para que se lo lleves a tu hermanito, ¿lo llevas?

-No puedo. Tengo que terminar de trabajar. Recién en ese momento Sergito descubrió mi cajoncito de lustrar, sobre el que me había sentado.

-Pero nadie se lustra en Navidad...

-Me pasé todo el día y solo conseguí ganar diez cruzeiros, y eso que cinco me los dieron de limosna. Todavía tengo que ganar dos más.

-¿Para qué, Zezé?

-No te lo puedo contar. Pero los necesito mucho. Se sonrió y tuvo una idea generosa.

-¿Quieres lustrar mis zapatos? Te doy diez cruzeiros.

-Tampoco puedo. No les cobro a los amigos.

-¿Y si te los doy, es decir, si te presto los diez cruzeiros?

-¿Y puedo demorar en pagarte?

-Como quieras. Hasta puedes pagarme después en bolitas.

-Así, sí.

Metió la mano en el bolsillo y me dio una moneda.

-No te aflijas, que recibí mucho dinero. Tengo la alcancía llena.

Pasé la mano por la rueda de la bicicleta.

-Es realmente linda.

-Cuando crezcas y sepas andar te dejaré dar una vuelta, ¿está bien?

-Bueno.

* * *

Me lancé en una carrera enloquecida hasta el cafetín de "Miseria y Hambre", zangoloteando el cajón de lustrar.

Entré como un huracán, con miedo de que fuesen a cerrar ya.

-Señor, ¿tiene todavía de aquellos cigarrillos caros?

Tomó dos paquetes cuando vio el dinero en la palma de mi mano.

-¿Esto no es para ti, verdad, Zezé?

Una voz dijo, atrás:

-¡Qué idea! ¡Un chico de esa edad!

Sin darse vuelta, le contestó:

-Porque usted no conoce a este cliente de cualquier cosa.

-Es para papá.

Sentía una enorme felicidad haciendo rodar las monedas en la palma de la mano.

-¿Ese o éste?

-Tú sabrás.

-Pasé todo el día trabajando para comprarle a papá este regalo de Navidad.

-¿De verás, Zezé? ¿Y él que te regaló?

-Nada, pobre. Todavía está sin empleo, usted ya sabe.

Se emocionó y nadie habló en el bar.

-¿Cuál le gustaría más, si fuese para usted?

-Los dos son lindos. Y a cualquier padre le gustaría recibir un regalo así.

-Envuélvame éste, por favor. Hizo el paquete, pero estaba medio raro cuando me lo entregó. Como si quisiera decirme algo y no pudiera. Le entregué el dinero y sonreí.

-Gracias, Zezé.

-¡Que tenga felices fiestas!...

Corrí de nuevo hasta llegar a casa.

También había llegado la noche. Solamente en la cocina estaba encendida la luz del farol. Habían salido todos, pero papá estaba sentado a la mesa, mirando la pared vacía. Tenía el rostro apoyado en la palma de la mano, y el codo en la mesa.

-Papá.

-¿Qué, hijo?

No había rencor alguno en su voz.

-¿Dónde estuviste todo el día?

Le mostré mi cajoncito de lustrar zapatos.

Lo dejé en el suelo y metí la mano en el bolsillo para sacar mi paquetito.

-Mira, papá, compré una cosa linda para ti. Sonrió comprendiendo todo lo que eso había costado.

-¿Te gusta? Era el mejor. Abrió el paquete y aspiró el tabaco, sonriendo, pero sin conseguir decir nada.

-Fuma uno, papá.

Fui hasta el fogón para buscar un fósforo. Lo encendí, aproximándolo al cigarrillo que tenía en la boca.

Me alejé para ver la primera bocanada. Y algo me pasó. Arrojé al suelo el fósforo apagado. Y sentí que estaba explotando. Destrozándome todo por dentro. Reventando ese dolor tan grande que me había amenazado todo el día.

Miré a papá, su rostro barbudo, sus ojos.

Solo pude decirle:

-Papá... Papá...

Y la voz fue consumiéndose entre lágrimas y sollozos.

El abrió los brazos y me estrechó tiernamente:

-No llores, hijito. Vas a tener que llorar mucho en la vida si continúas siendo un chico tan emotivo...

-Yo no quería, papá... Yo no quería decir... eso.

-Ya lo sé. Ya lo sé. Además, no me enojé porque en el fondo tenías razón.

Me acunó un poco más.

Después levantó mi rostro y lo secó con la servilleta que estaba allí cerca.

-Así está mejor.

Levanté mis manos y acaricié su cara. Pasé suavemente los dedos sobre sus ojos, intentando colocarlos en su lugar, sin aquella pantalla grande. Tenía miedo de que si no lo hacía esos ojos fueran a seguirme durante toda la vida.

-Vamos a acabar mi cigarrillo. Todavía con la voz temblorosa de emoción, pude tartamudear:

-Sabes, papá, cuando me quieras pegar nunca más voy a protestar... Puedes pegarme, no más...

-Está bien. Está bien, Zezé. Me depositó en el suelo, junto con el resto de mis sollozos. Tomó un plato del armario.

-Gloria te guardó un poco de ensalada de frutas. Yo no conseguía tragar. Se sentó y fue llevando hasta mi boca pequeñas cucharadas.

-Ahora pasó, ¿no es cierto que sí, hijo?

Hice que sí con la cabeza, pero las primeras cucharadas entraban en mi boca con gusto salado. El resto de mi llanto demoraba en pasar.

4
EL PAJARITO, LA ESCUELA Y LA FLOR

Casa nueva. Vida nueva y esperanzas simples, simples esperanzas. Allá iba yo entre don Arístides y el ayudante, en lo alto del carro, alegre como el día caliente.

Cuando el carro salió de la calle empedrada y entró en la Río-San Pablo fue una maravilla; ahora se deslizaba suave y agradablemente.

Pasó un coche de lujo a nuestro lado.

-Allá va el automóvil del portugués Manuel Valadares.

Cuando íbamos atravesando la esquina de la Calle de las Represas, un pito desde lejos llenó la mañana.

-Mire, don Arístides. Allá va el Mangaratiba.

-Lo sabes todo, ¿no?

-Conozco el sonido.

Solo se escuchaba el "toc-toc" de las patas de los caballos en el camino. Observé que el carro no era muy nuevo. Al contrario. Pero era firme, económico. Con otros dos viajes traeríamos todos nuestros cachivaches. El burro no parecía muy firme. Pero resolví ser agradable.

-Su carro es muy lindo, don Arístides.

-Sirve para lo que es.

-Y también el burro es lindo. ¿Cómo se llama?

-"Gitano".

Parecía no querer conversar.

-Hoy es un día muy feliz para mí. La primera vez que ando en carro. Encontré el automóvil del Portugués y escuché al Mangaratiba.

Silencio. Nada.

-Don Arístides, ¿El Mangaratiba es el tren más importante del Brasil?

-No. Pero es el más importante de esta línea.

Realmente no valía la pena. ¡Qué difícil era a veces entender a la gente grande!

Cuando llegamos frente a la casa, le entregué la llave e intenté ser cordial...

-¿Quiere que le ayude en alguna cosa?

-Ayudarás si no andas encima de la gente, molestando. Anda a jugar, que cuando sea la hora de volver te llamaré.

Di un salto y me fui.

-Minguito, ahora vamos a vivir siempre uno cerca del otro. Voy a ponerte tan lindo que ningún árbol podrá llegarte a los pies. Sabes, Minguito, acabo de viajar en un carro tan grande y suave que parecía una diligencia de aquellas de las películas de cine. Mira, todas las cosas de las que me entere te las vendré a contar, ¿de acuerdo?

Me acerqué al pasto de la valla y miré el agua sucia, que corría.

-¿Cómo fue que dijimos el otro día que íbamos a llamar a este río?

-Amazonas.

-Eso mismo, Amazonas. Allá abajo, debe estar lleno de canoas de indios salvajes, ¿no es cierto Minguito?

-Ni me lo digas. Solamente puede estar así, lleno de canoas e indios.

No bien comenzaba la conversación y ya estaba don Arístides cerrando la casa y llamándome.

-¿Te quedas o vienes con nosotros?

-Voy a quedarme. Mamá y mis hermanas ya deben venir por la calle.

Y me quedé mirando cada cosa de cada rincón.

* * *

Al comienzo, por etiqueta, o porque quería impresionar a los vecinos, me portaba bien. Pero una tarde rellené una media negra de mujer. La envolví en un hilo y corté la punta del pie. Después, donde había estado el pie puse un hilo bien largo de barrilete y lo até. De lejos, empujando despacito, parecía una cobra y en la oscuridad iba a tener gran éxito.

De noche, cada uno cuidaba de su vida. Parecía que la casa nueva hubiera cambiado el espíritu de todos. En la familia reinaba una alegría como desde hacía mucho tiempo no la había.

Me quedé quietecito en el portal, esperando. La calle vivía de la poca iluminación de los postes, y las cercas de altos "Crótons"* sombreaban los rincones.

*Planta de adorno (N. de la T.).

Seguramente que algunos estarían haciendo guardia en la Fábrica, y eso que no eran más de las ocho. Difícilmente eran las nueve. Pensé un momento en la Fábrica. No me gustaba. Su sirena triste en las mañanas se hacía más desagradable a las cinco de la tarde. La Fábrica era un dragón que devoraba gente todo el día y vomitaba a su personal de noche, muy cansado. Y menos me gustaba porque mister Scottfield se había portado mal con papá. . . ¡Listo! Por allá venía una mujer. Traía una sombrilla debajo del brazo y una cartera colgando de la mano. Se alcanzaba a escuchar el ruido de los zuecos golpeando la calle con sus tacones.

Corrí a esconderme en el portal y probé el hilo que arrastraba la cobra. Ella obedeció. Estaba perfecta. Entonces me escondí bien escondidito detrás de la sombra de la cerca y me quedé con el hilo entre los dedos. Los zuecos venían acercándose, más cerca, más cerca todavía, y ¡zas! Comencé a tirar de la cobra que se deslizó despacio en medio de la calle.

¡Solo que yo no esperaba aquello! La mujer dio un grito tan grande que despertó a toda la calle. Largó la bolsa y la sombrilla para arriba y se apretó la barriga sin dejar de gritar:

-¡Socorro! ¡Socorro!. . . Una cobra, amigos.

¡Ayúdenme!

Las puertas se abrieron y solté todo, corrí hacia la casa, entré en la cocina. Destapé rápidamente el cesto de la ropa sucia y me metí dentro, cubriendo de nuevo el cesto con la tapa. Mi corazón latía, asustado, y continuaba escuchando los gritos de la mujer:

-¡Ay! ¡Dios mío, voy a perder a mi hijo de seis meses!

En ese momento no solamente estaba asustado, sino que comencé a temblar.

Los vecinos la llevaron para adentro y los sollozos y las quejas continuaban.

-¡No puedo más, no puedo más! ¡Y una cobra, con el miedo que les tengo!

-Tome un poco de agua de flor de naranjo. Cálmese. Quédese tranquila, que los hombres fueron detrás de la cobra armados con palos, machetes y un farol para alumbrarse.

¡Qué lío de los mil diablos por causa de una cobrita sin importancia! Pero lo peor de todo es que la gente de casa también había ido a mirar. Jandira, mamá y Lalá.

-¡Pero si no es una cobra, amigos! Apenas es una media vieja de mujer.

En mi miedo había olvidado tirar de la "cobra". Estaba frito.

Atrás de la cobra venía el hilo y el hilo entraba en nuestra casa.

Tres voces conocidas hablaron al mismo tiempo:

-¡Fue él!

Ya no se trataba de la caza de una cobra. Miraron debajo de las camas. Nada. Pasaron cerca de mí, y yo ni respiré. Fueron del lado de afuera para mirar la casa. Jandira tuvo una idea:

-¡Me parece que ya sé dónde está!

Levantó la tapa del cesto y fui levantado por las orejas y llevado hasta el comedor.

Mamá me pegó duro esa vez. El zapato cantó y tuve que gritar para disminuir el dolor y que ella dejara de castigarme.

-¡Pestecita! Tú no sabes qué duro es cargar un hijo de seis meses en la barriga.

Lalá comentó, irónica:

-¡Ya estaba demorando mucho en estrenar la calle!

-Y ahora a la cama, sinvergüenza.

Salí frotándome el traste y me acosté de bruces. Fue una suerte que papá hubiese ido a jugar a las cartas. Me quedé en la oscuridad tragándome el resto del llanto y pensando que la cama era la mejor cosa del mundo para curarse de una zurra.

* * *

Al día siguiente me levanté temprano. Tenía dos cosas muy importantes que hacer: primero, espiar un poco como quien no quiere. Si la cobra todavía estaba por allá, la agarraría para esconderla dentro de la camisa. Todavía podría usarla en otra parte. Pero no estaba. Iba a ser difícil encontrar otra media que diese una cobra tan buena como aquélla.

Me volví de espaldas y me fui caminando a casa de Dindinha. Necesitaba hablar con tío Edmundo.

Entré allá sabiendo que todavía era temprano para su vida de jubilado. Por lo tanto, no habría salido para jugar a la quiniela, hacer su fiestita, como él decía, y comprar los diarios.

Y así fue; estaba en la sala haciendo un nuevo "solitario".

-¡La bendición, tiíto!

No respondió. Estaba haciéndose el sordo. En casa todos decían que a él le gustaba hacer así cuando no le interesaba la conversación.

Conmigo no lo hacia. Además (¡cómo me gustaba la palabra además!), Conmigo nunca era demasiado sordo. Le tironeé la manga de la camisa, y como siempre me parecieron lindos los tirantes de ajedrez blanco y negro.

-¡Ah! Eres tú. . .

Estaba haciendo como si no me hubiera visto.

-¿Cómo es el nombre de ese "solitario", tío?

-Es el del reloj.

-Es lindo.

Yo ya conocía todas las cartas de la baraja. La única que no me gustaba mucho era la sota. No sé por qué, tenía aspecto de sirviente del rey.

-Sabes, tío, vine a conversar una cosa contigo.

-Estoy terminando, en cuanto acabe conversaremos.

Pero en seguidita mezcló todas las cartas.

-¿No salió?

-No.

Hizo un montoncito con las cartas y las dejó a un lado.

-Bien, Zezé, si tu asunto es un "asunto" de dinero -restregó los dedos- no tengo un céntimo.

-¿Ni una monedita para bolitas?

Se sonrió.

-Una monedita puede ser, ¿quién sabe? Iba a meter la mano en el bolsillo, pero lo interrumpí.

-Estoy haciendo una broma, tío, no es nada de eso.

-Entonces ¿de qué se trata?

Sentía que él se encantaba con mis "precocidades" y, después de que yo le leyera sin aprender, las cosas habían mejorado mucho.

-Quiero saber una cosa muy importante. ¿Eres capaz de cantar sin estar cantando?

-No entiendo bien.

-Así -y canté una estrofa de "Casita Pequeñita".

-Pero estás cantando, ¿no es verdad?

-Ahí está la cosa. Yo puedo hacer todo eso por dentro sin cantar por fuera.

Rió de mi simplicidad, pero no sabía adonde quería llegar.

-Mira, tío, cuando yo era pequeñito pensaba que tenía un pajarito aquí adentro y que cantaba. Era él quien cantaba.

-¡Aja! Es una maravilla que tengas un pajarito así.

-No entendiste. Pasa que ahora ando medio desconfiado de ese pajarito. ¿Y cuando hablo y veo por dentro?

Entendió y se rió de mi confusión.

-Voy a explicarte, Zezé. ¿Sabes lo que es eso? Eso significa que estás creciendo. Y creciendo, esa cosa que dices que habla y ve se llama pensamiento. El pensamiento es lo que hace aquello que una vez yo dije que tendrías muy pronto...

-¿La edad de la razón?

-Es muy bueno que te acuerdes. Entonces sucede una maravilla. El pensamiento crece, crece y toma por su cuenta toda nuestra cabeza y nuestro corazón. Vive en nuestros ojos y en todos los momentos de nuestra vida.

-Ya sé. ¿Y el pajarito?

-El pajarito fue hecho por Dios para ayudar a las criaturas a descubrir las cosas. Después, cuando el niño ya no lo necesita más, devuelve el pajarito a Dios. Y Dios lo coloca en otro niño inteligente como tú. ¿No es lindo eso?

Reí feliz porque estaba teniendo un "pensamiento".

-Sí. Y ahora me voy.

-¿Y la monedita?

-Hoy no. Voy a estar muy ocupado.

Salí por la calle pensando en todo. Pero estaba recordando una cosa que me ponía muy triste. Totoca tenía un pájaro muy lindo, tan manso que subía a su dedo cuando le cambiaba el alpiste. Podía hasta dejar la puerta abierta que no se escapaba. Un día Totoca se olvidó de él y lo dejó al sol. Y el sol caliente lo mató. Me acordaba de Totoca con él en la mano y llorando, llorando con el pajarito muerto apoyado en el rostro. Y decía:

-Nunca más, nunca más voy a tener preso a un pajarito.

Yo estaba con él y le dije:

-Totoca, yo tampoco voy a tener a ninguno preso. Llegué a casa y fui derecho a ver a Minguito.

-Xururuca, vine a hacer una cosa.

-¿Qué es?

-¿Vamos a esperar un poco?

-Vamos. Me senté y recosté mi cabeza en su tronquito.

-¿Qué es lo que vamos a esperar, Zezé?

-Que pase una nube bien linda por el cielo.

-¿Para qué?

-Voy a soltar a mi pajarito. Sí, voy a soltarlo; ya no lo preciso más...

Nos quedamos mirando el cielo.

-¿Es ésa, Minguito?

La nube venía caminando muy despacio, bien grande, como si fuese una hoja blanca toda recortada.

-Es aquélla, Minguito. Me levanté, emocionado, y abrí mi camisa. Sentí que él iba saliendo de mi pecho flaco.

-Vuela, vuela, pajarito mío. Bien alto. Súbete hasta pararte en el dedo de Dios. Dios te va a llevar hasta otro niño y vas a cantarle lindo, como siempre cantaste para mí. ¡Adiós, mi pajarito lindo!

Sentí un interminable vacío interior.

-Mira, Zezé. Se posó en el dedo de la nube.

-Ya lo vi... Recosté mi cabeza en el corazón de Minguito y me quedé mirando la nube, que seguía su camino.

-Nunca fui malo con él...

Di vuelta mi cara contra su rama.

-Xururuca.

-¿Qué pasa?

-¿Es feo si me pongo a llorar?

-Nunca es feo llorar, bobo. ¿Por qué?

-No sé, todavía no me acostumbré. Parece como si aquí adentro mi jaula hubiese quedado vacía. . .

* * *

Gloria me había llamado muy temprano.

-Déjame ver las uñas.

Le mostré las manos y ella aprobó.

-Ahora las orejas.

-¡Uyuyuy, Zezé!

Me llevó hasta la pileta, mojó un trapo con jabón y fue restregando mi suciedad.

-¡Nunca vi a una persona decir que es un guerrero Pinagé y vivir siempre sucio! Anda calzándote mientras busco una ropita decente para ti.

Fue a mi cajón y revolvió. Revolvió más. Y cuanto más revolvía menos encontraba. Todos mis pantaloncitos estaban rotos, agujereados, remendados o zurcidos.

-No se necesitaba ni contarlo a nadie. Solamente viendo este cajón la gente descubriría enseguida el niño terrible que eres. Ponte éste, que es el menos malo.

Y nos dirigimos hacia el descubrimiento "maravilloso" que yo iba a hacer.

Llegamos cerca de la Escuela, adonde un montón de personas habían llevado a sus niños para inscribirlos.

-No vayas a hacer un papel triste ni a olvidarte de nada Zezé.

Nos sentamos en una sala llena de chicos, y todos se miraban unos a otros. Hasta que llegó nuestro turno y entramos en el escritorio de la directora.

-¿Es su hermanito?

-Sí, señora. Mamá no pudo venir porque trabaja en la ciudad.

Ella me miró bastante y sus ojos parecían grandes y negros porque los anteojos eran muy gruesos. Lo gracioso es que tenía bigotes de hombre. Por eso seguramente era la directora.

-¿No es muy pequeño el niño?

-Es muy delgadito para la edad. Pero ya sabe leer.

-¿Qué edad tienes, niño?

-El día 26 de febrero cumplí seis años, sí, señora.

-Muy bien. Vamos a hacer la ficha. Primero los datos familiares.

Gloria dio el nombre de papá. Cuando tuvo que dar el de mamá, ella dijo solamente: Estefanía de Vasconcelos. Yo no aguanté y solté mi corrección.

-Estefanía Pinagé de Vasconcelos.

-¿Cómo?

Gloria se puso un poco colorada.

-Es Pinagé. Mamá es hija de indios.

Me puse todo orgulloso porque yo debía ser el único que tenía nombre de indio en esa escuela.

Después Gloria firmó un papel y quedó de pie, indecisa.

-Alguna otra cosa, muchacha...

-Quisiera saber sobre los uniformes... Usted sabe... Papá está sin empleo y somos bastante pobres.

Y eso quedó comprobado cuando me mandó que diese una vuelta para ver mi tamaño y número, y acabó viendo mis remiendos.

Escribió un número en un papel y nos mandó adentro a buscar a doña Eulalia.

También doña Eulalia se admiró por mi tamaño, y aun el uniforme más pequeño que tenía me hacía aparecer un pollito emplumado.

-El único es éste, pero es grande. ¡Qué niño menudito!. . .

-Lo llevo y lo acorto.

Salí todo contento con mis dos uniformes de regalo. ¡Imagínense la cara de Minguito cuando me viese con ropa nueva y de alumno!

Con el pasar de los días yo le contaba todo. Cómo era, cómo no era...

-Tocan una campana grande. Pero no tanto como la de la iglesia. ¿Sabes, no? Todo el mundo entra en el patio grande y busca el lugar que tiene su maestra. Entonces ella viene y hace que formemos una fila de cuatro, y vamos todos, como si fuésemos carneritos, adentro de la clase. Uno se sienta en un banco que tiene una tapa que abre y cierra, y allí lo guarda todo. Voy a tener que aprender un montón de himnos porque la profesora dijo que, para ser un buen brasileño y "patriota", uno tiene que saber el himno de nuestra tierra. Cuando lo aprenda te lo canto, ¿sabes, Minguito?...

Y vinieron las novedades. Y las peleas. Los descubrimientos de un mundo donde todo era nuevo.

-Nenita, ¿adonde llevas esa flor?

Ella era limpita y traía en la mano el libro y el cuaderno forrados. Usaba dos trencitas.

-Se la llevo a mi maestra.

-¿Por qué?

-Porque a ella le gustan las flores. Y toda alumna aplicada le lleva una flor a su maestra.

-¿Los niños también pueden llevarle?

-Si a su profesora le gusta, sí.

-¿De veras?

-Sí.

Nadie le había llevado ni siquiera una flor a mi maestra, Cecilia Paim. Debía ser porque ella era fea. Si no hubiese tenido esa mancha en el ojo, no habría sido tan fea. Pero era la única que me daba una moneda para comprar una galleta rellena al dulcero, de vez en cuando, cuando llegaba el recreo.

Comencé a reparar en las otras clases: todos los floreros, sobre la mesa, tenían flores. Solo el florero de la mía continuaba vacío.

* * *

Mi aventura mayor fue aquélla.

-¿Sabes una cosa, Minguito? Hoy agarré un "murciélago".

-¿Ese famoso Luciano, que decías que iba a venir a vivir aquí, en los fondos?

-No, bobo. Un "murciélago"* de caminar. Uno agarra los coches que pasan despacio cerca de la escuela y se pega en la rueda trasera. Y así viaja que es una belleza. Cuando llega a la esquina en la que va a entrar y se detiene para ver si viene otro coche, uno salta. Pero salta con cuidado. Porque si salta a velocidad se achata el trasero en el suelo y se roza los brazos.

*'Murciélago", se dice de los chicos que suben a cualquier vehículo, a escondidas, para no pagar boleto. (N. de la T.)

Y así conversaba sobre todo lo que sucedía en la clase y en el recreo. Había que ver cómo se hinchó de orgullo cuando le conté que, en la clase de lectura, Cecilia Paim dijo que yo era el que mejor leía. El mejor "lecturero". Me quedé con ciertas dudas y resolví que en la primera oportunidad le preguntaría a tío Edmundo si realmente era "lecturero".

-Pero, hablando de nuevo del "murciélago", Minguito. Para que tengas una idea de cómo es resulta casi tan lindo como andar a caballo sobre tus ramas.

-Pero conmigo no corres peligro.

-No corro, ¿eh? ¿Y cuando galopas como loco por las campiñas del Oeste, cuando voy a cazar bisontes y búfalos? ¿Ya te olvidaste?

Tuvo que manifestarse de acuerdo porque nunca podía discutir conmigo y ganar.

-Pero hay uno, Minguito, hay uno en el que nadie tiene coraje de subir. ¿Sabes cuál es? Aquel cochazo del Portugués, de Manuel Valadares. ¿Viste alguna vez nombre más feo que ése? Manuel Valadares...

-Es feo, sí. Pero estoy pensando en otra cosa.

-¿Te crees que no sé en lo que estás pensando? Sí que lo sé. Pero por el momento, no. Déjame entrenarme más. Después me arriesgo. . .

* * *

Y los días fueron pasando en toda esa alegría. Una mañana aparecí con una flor para mi maestra. Ella se puso muy emocionada y dijo que yo era un caballero.

-¿Sabes lo que es eso, Minguito?

-Caballero es una persona muy bien educada, que se parece a un príncipe.

Y todos los días fui tomando gusto por las clases y aplicándome cada vez más. Nunca vino una queja contra mí. Gloria decía que dejaba mi diablito guardado en el cajón y me volvía otro chico.

-¿Crees eso, Minguito?

-Me parece que sí.

-Entonces yo, que te iba a contar un secreto, ¡ahora no te lo cuento!

Me fui enojado con él. Pero no le dio demasiada importancia a eso, porque sabía que mis enojos no duraban mucho.

El secreto tendría lugar a la noche, y mi corazón casi escapaba del pecho, de tanta ansiedad. Demoraba la Fábrica en hacer sonar su sirena, y la gente en pasar. Los días de verano tardaba en llegar la noche. Hasta la hora de la comida no llegaba. Me quedé en el portal viéndolo todo, sin acordarme de la cobra ni pensar en nada. Estaba sentado, esperando a mamá. Hasta Jandira se extrañó y me preguntó si estaba con dolor de barriga por haber comido fruta verde.

En la esquina apareció el bulto de mamá. Era ella. Nadie en el mundo se le parecía. Me levanté de un salto y corrí a su encuentro.

-La bendición, mamá -y besé su mano. Hasta en la calle mal iluminada veía su rostro muy cansado.

-¿Trabajaste mucho hoy, mamá?

-Mucho, hijito. Hacía tanto calor dentro del telar que nadie aguantaba.

-Dame la bolsa; estás muy cansada. Comencé a llevar la bolsa con la marmita vacía adentro.

-¿Muchas picardías, hoy?

-Poquito, mamá.

-¿Por qué viniste a esperarme?

Ella había comenzado a adivinar.

-Mamá, ¿me quieres por lo menos un poquito?

-Te quiero como a los otros. ¿Por qué?

-Mamá, ¿conoces a Nardito? El que es sobrino de "Pata Chueca". Se rió.

-Ya lo recuerdo.

-¿Sabes una cosa mamá? La mamá de él le hizo un traje muy lindo. Es verde con unas listitas blancas. Tiene un chaleco que se abotona en el cuello. Pero le quedó chico. Y él no tiene ningún hermano pequeño para que lo aproveche. Y dice que lo quería vender. . . ¿Me lo compras?

-¡Ay, hijo! ¡Las cosas están difíciles!

-Pero lo vende a pagar en dos veces. Y no es caro. No se paga ni la hechura.

Estaba repitiendo las frases de Jacob, el prestamista. Ella guardaba silencio, haciendo cuentas.

-Mamá, soy el alumno más estudioso de mi clase. La profesora dice que voy a ganar un premio. . . ¡Cómpramelo, mamá! Desde hace mucho tiempo no tengo ninguna ropa nueva...

Pero el silencio de ella llegaba a angustiar.

-Mira, mamá, si no es ése nunca voy a tener mi traje de poeta. Lalá me haría una corbata así, de moño grande, con un pedazo de seda que ella tiene...

-Está bien, hijo. Voy a hacer una semana de horas extra y te compraré tu trajecito.

Le besé la mano y fui caminando con el rostro apoyado en su mano hasta entrar en casa.

Así fue como tuve mi traje de poeta. Y quedé tan lindo que tío Edmundo me llevó a sacarme un retrato.

***

La escuela. La flor. La flor. La escuela...

Todo iba muy bien hasta que Godofredo entró en mi clase. Pidió permiso y fue a hablar con Cecilia Paim. Sólo sé que señaló la flor en el florero. Después salió. Ella me miró con tristeza.

Cuando terminó la clase me llamó.

-Quiero hablar algo contigo, Zezé. Espera un poco.

Se puso a acomodar su cartera y parecía que no iba a terminar nunca. Veía que no tenía ningún deseo de hablarme y buscaba coraje en sus cosas. Al final se decidió.

-Godofredo me contó algo muy feo de ti, Zezé. ¿Es verdad?

Moví la cabeza afirmativamente.

-¿De la flor? Sí, es cierto, señorita.

-¿Cómo lo haces?

-Me levanto más temprano y paso por el jardín de la casa de Sergio. Cuando el portón está apenas entornado, entro rápido y robo una flor. Hay tantas allá que no hacen falta...

-Sí, pero eso no está bien. No debes volver a hacer eso nunca más. No es un robo, pero es un hurto.

-No lo es, señorita. ¿Acaso el mundo no es de Dios? ¿Y todo lo que hay en el mundo no es de Dios, acaso? Entonces también las flores son de El...

Quedó espantada con mi lógica.

-Únicamente así podría traerle una flor, señorita. En casa no hay jardín. Una flor cuesta dinero... Y yo no quería que su escritorio estuviese siempre con el florero vacío. Ella tragó en seco.

-¿Acaso de vez en cuando usted no me regala un dinerito para comprarme una galleta rellena?...

-Te lo daría todos los días. Pero desapareces...

-No podría aceptar ese dinero todos los días. .

-¿Por qué?

-Porque hay otros niños pobres que tampoco traen merienda.

Sacó el pañuelo de la cartera y se lo pasó disimuladamente por los ojos.

-Señorita, ¿usted no ve a "Lechuzita"?

-¿Quién es?

-Esa negrita de mi tamaño, ésa a la que la madre le sujeta el cabello en rulitos, y se los ata con piolín.

-Ya sé. Dorotília.

-Ella misma, señorita. Dorotília es más pobre que yo. Y las otras chicas no quieren jugar con ella porque es negrita y muy pobre. Por eso ella se queda siempre en un rincón. Yo divido con ella mi masita, esa que usted me regala.

Entonces se quedó con el pañuelo en la nariz durante mucho tiempo.

-De vez en cuando usted podría darle ese dinero a ella en vez de dármelo a mí. La mamá lava ropa y tiene once hijos. Todos chiquitos todavía. Dindinha, mi abuela, todos los sábados le da un poco de "feijao"* y de arroz, para ayudarlos. Y yo divido mi masita con ella porque mamá me enseñó que uno debe dividir la pobreza propia con quien todavía es más pobre.

*Poroto negro, muy pequeño; forma parte de la mayoría de las comidas brasileñas, especialmente entre la gente muy humilde (N. de la T.)

Sus lágrimas estaban bajando.

-Yo no quería que usted llorara, señorita. Le prometo no robar más flores y voy a ser cada día más aplicado.

-No se trata de eso, Zezé. Ven aquí. Tomó mis manos entre las suyas.

-Vas a prometerme una cosa, porque tienes un corazón maravilloso, Zezé.

-Se lo prometo, pero no quiero engañarla, señorita. No tengo un corazón maravilloso. Usted dice eso porque no sabe cómo soy en casa.

-No tiene importancia. Para mí tienes un corazón maravilloso. De ahora en adelante no quiero que me traigas más flores. Solamente si te regalan alguna. ¿Me lo prometes?

-Lo prometo, sí, señorita. Pero ¿y el florero? ¿Va a quedar siempre vacío?

-Nunca más estará vacío. Cada vez que lo mire veré en él, siempre, la flor más linda del mundo. Y voy a pensar: el que me regaló esa flor fue mi mejor alumno. ¿Está bien?

Ahora se reía. Soltó mis manos y habló con dulzura:

-Ahora te puedes ir, corazón de oro...

5
EN UNA CELDA HE DE VERTE MORIR

Lo primero y más útil que uno aprende en la escuela son los días de la semana. Y ya dueño de los días de la semana, yo sabía que "él" venía el martes. Después descubrí también que un martes iba hacia las calles del otro lado de la Estación y otro hacia nuestro lado.

Por ello ese martes me hice la "rabona". No quería que ni siquiera Totoca lo supiera; si no tendría que pagarle algunas bolitas para que no contase nada en casa. Como era temprano y él debía aparecer cuando el reloj de la iglesia diera las nueve, fui a dar unas vueltas por las calles. Las que no eran peligrosas, claro. Primero me detuve en la iglesia y eché una mirada a los santos. Me daba cierto miedo ver las imágenes quietas, llenas de velas. Las velas, pestañeando, hacían que también el santo pestañeara. Todavía no estaba muy seguro de que fuese bueno ser santo y estar todo el tiempo quieto, quieto. Di una vuelta por la sacristía, donde don Zacarías se hallaba sacando las velas viejas de los candelabros y colocando otras nuevas. Estaba haciendo un montoncito de cabos encima de la mesa.

Se detuvo, colocose los anteojos en la punta de la nariz, resopló, se dio vuelta y respondió:

-Buen día, muchacho.

-¿No quiere que lo ayude?

Mis ojos devoraban los cabitos de vela.

-Solamente si quieres molestar. ¿No fuiste a clase hoy?

-Sí, fui. Pero la profesora no vino. Estaba con dolor de dientes.

-¡Ah!

Nuevamente se dio vuelta y se colocó otra vez los anteojos sobre la punta de la nariz.

-¿Qué edad tienes, muchacho?

-Cinco; no, seis años. Seis no, en realidad cinco.

-¿En qué quedamos, cinco o seis? Pensé en la escuela y mentí.

-Seis.

-Pues con seis años ya estás en buena edad para comenzar el Catecismo.

-¿Yo puedo?

-¿Por qué no? Solamente tienes que venir todos los jueves a las tres de la tarde. ¿Quieres venir?

-Depende. Si usted me da los cabitos de vela, vengo.

-¿Y para qué los quieres? El diablo me había musitado una cosa. Nuevamente mentí.

-Es para encerar el hilo de mi barrilete para que quede más fuerte.

-Entonces llévalos.

Reuní los pedacitos y los metí en medio de la bolsa, junto con los cuadernos y las bolitas. Deliraba de alegría.

-Muchas gracias, don Zacarías.

-Escucha bien, ¿eh? El jueves.

Salí volando. Como era temprano me daba tiempo para hacer aquello. Corrí hacia enfrente del Casino y, cuando no venía nadie, crucé la calle y pasé lo más rápidamente posible los pedacitos de cera por la calzada. Después volví corriendo y me quedé esperando, sentado en el umbral de una de las cuatro puertas cerradas del Casino. Quería ver de lejos quién iba a resbalar primero.

Ya estaba casi desanimado de tanto esperar. De pronto, ¡plaff! Mi corazón dio un salto; doña Corina, la madre de Nanzeazena, asomó con un pañuelo y un libro en el portal y comenzó a encaminarse hacia la iglesia.

-¡Virgen María!

Ella era amiga de mi madre, y Nanzeazena amiga íntima de Gloria. No quería ver nada. Me lancé a la carrera hasta la esquina y allí me paré a mirar. La mujer estaba desparramada en el suelo diciendo malas palabras.

Se juntó gente para ver si se había golpeado, pero por la manera en que ella insultaba solamente debía haberse hecho algunos rasguños.

-¡Son esos mocosos sinvergüenzas que andan por ahí!

Respiré aliviado. Pero no tanto como para dejar de darme cuenta de que por detrás una mano me había sujetado la bolsa.

-Eso fue obra tuya, ¿no, Zezé?

Don Orlando Pelo-de-Fuego. Nada menos que él, que durante tanto tiempo había sido nuestro vecino.

Perdí el habla.

-¿Fue así, o no?

-Usted no va a contar nada allá en casa, ¿verdad?

-No voy a contar, no. Pero ven acá, Zezé. Esta vez pasa, porque esa vieja es muy lengualarga. Pero no vuelvas a hacer esto, que alguien puede quebrarse una pierna.

Puse la cara más obediente del mundo y me soltó.

Volví a rondar por el mercado, esperando que él llegara. Antes pasé por la confitería de don Rozemberg, sonreí y hablé con él:

-Buen día, don Rozemberg. Me dio un "buen día" seco y ni una galleta. ¡Hijo de puta! Me daba alguna solamente cuando estaba con Lalá.

En ese momento el reloj dio las campanadas de las nueve. El nunca fallaba. Fui siguiendo sus pasos a distancia. Entró en la calle del Progreso y se paró casi en la esquina. Depositó la bolsa en el suelo y se echó el saco sobre el hombro izquierdo. ¡Ah, qué linda camisa a cuadros! Cuando sea hombre solamente voy a usar camisas así. Y además tenía un pañuelo rojo en el cuello y el sombrero caído hacia atrás. Hizo sonar una bocina fuerte, que llenó la calle de alegría.

-¡Acérquense! ¡Aquí están las novedades del día! También su voz de bahiano era linda.

-Los sucesos de la semana. ¡Claudionor!... Perdón... La última música de Chico Viola. El último éxito de Vicente Celestino. ¡Aprendan, amigos, que es la última moda!

Esa manera tan linda de pronunciar las palabras, casi cantando, me dejaba fascinado.

Lo que quería que cantase era "Fanny". Siempre lo hacía y yo quería aprenderla. Cuando llegaba a esa parte la que decía "En una celda he de verte morir", yo temblaba ante tanta belleza... Lanzó su vozarrón y cantó "Claudionor":

Fui a un baile en el "morro"* da Mangueira
Una mulata me llamó de tal manera. . .
No vuelvo más allá, tengo miedo de "cobrar".

Su marido es muy fuerte. Y capaz de matar. . .
No voy a hacer como hizo Claudionor,
Para mantener la familia fue a hacerse el estibador.

*Monte de poca elevación (N. de la T.).

Se detenía y anunciaba:

-Folletos de todos los precios, desde centavos hasta cuatrocientos "réis"*. ¡Sesenta canciones nuevas! Los últimos tangos.

*Antigua moneda (N. de la T.).

Ahí llegó mi felicidad, "Fanny".
Aprovechaste que ella estaba sólita
Y sin tiempo de llamar a una vecina. . .
La apuñalaste sin dolor ni compasión.

(Su voz volvíase suave, dulce, tierna, como para destrozar el corazón más duro.)
A la pobre, pobre Fanny, que tenía buen corazón.
Por Dios te juro que también has de sufrir. . .
En una CELDA HE DE VERTE MORIR
La apuñalaste sin dolor ni compasión
A la pobre, pobre Fanny, que tenía buen corazón.

La gente salía de las casas y compraba un folleto, no sin antes mirar cuál era el que más le agradaba. Y así es como yo estaba pegado a él, por causa de "Fanny".

Se volvió hacia mí con una sonrisa enorme.

-¿Quieres uno, muchacho?

-No, señor, no tengo dinero.

-Ya me parecía.

Agarró su bolsa y continuó gritando por la calle.

-El vals "Perdón", "Fumando espero" y "Adiós Muchachos", los tangos aun más cantados que "Noche de Reyes". En el centro se cantan solamente estos tangos. . . "Luz celestial", una belleza. ¡Vean qué letra!

Y parecía abrir el pecho:
Tienes en tu mirada una luz celestial que me hace creer. . .
Ver una irradiación de estrellas brillando en el espacio sideral.
Juro hasta por Dios que ni siquiera allá en los cielos
puede haber
Ojos que seduzcan tanto como los tuyos. . .
¡Oh! Deja que tus ojos miren bien los míos para recordar
La historia triste de un amor nacido en ola
lunar. . .
Ojos que bien dicen y sin poder hablar qué desdichado es amar. . .

Anunció varias otras cosas, vendió algunos folletos y tropezó conmigo. Se detuvo y me llamó haciendo chasquear los dedos. ,

-Ven acá, pajarito.

Obedecí, riendo.

-¿Vas o no vas a dejar de seguirme?

-No, señor. ¡Nadie en el mundo canta tan lindo como usted!

Se sintió medio lisonjeado y un tanto desarmado. Vi que comenzaba a ganar la partida.

-Ya me estás pareciendo piojo de cobra.

-Es que quería ver si usted cantaba mejor que Vicente Celestino y Chico Viola. ¡Y sí que canta mejor! Una amplia sonrisa se dibujó en su cara.

-¿Y tú ya los escuchaste, pajarito?

-Sí, señor. En el gramófono que hay en la casa del hijo del doctor Adauto Luz.

-Entonces es porque el gramófono era viejo o la aguja estaba arruinada.

-No, señor. Era nuevecita, acababa de llegar. ¡De verdad que usted canta mucho mejor, eso es lo que pasa! Estuve pensando una cosa.

-A ver.

-Yo lo sigo todo el rato. Bien. Usted me enseña cuánto cuesta cada folleto; entonces usted canta y yo vendo el folleto. A todo el mundo le gusta comprarle a un chico.

-No es mala idea, pajarito. Pero dime una cosa: vas porque quieres. Yo no puedo pagarte nada.

-¡Pero si yo no quiero nada!

-Entonces, ¿por qué?

-Porque me gusta cantar. Me gusta aprender. Y me parece que "Fanny" es lo más lindo del mundo. Y si al final usted vende mucho, mucho, entonces me da un folleto viejo que nadie quiera comprar, y se lo llevo a mi hermana.

Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, en la cual los cabellos le raleaban.

-Tengo una hermana muy joven llamada Gloria y se lo llevaría a ella. Solamente para eso.

-Entonces vamos.

Y nos fuimos cantando y vendiendo. El cantaba y yo iba aprendiendo.

Cuando llegó el mediodía, me miró medio desconfiado.

-¿Y no vas a tu casa para almorzar?

-Solamente cuando terminemos nuestro trabajo. Se rascó de nuevo la cabeza.

-Ven conmigo.

Nos sentamos en un banco de la calle Ceres y él sacó del fondo de su gran bolsa un enorme sandwich. De la cintura extrajo un cuchillo; era un cuchillo como para meter miedo. Cortó un pedazo del sandwich y me lo dio. Después bebió un trago de "cacica"* y pidió dos refrescos de limón para acompañar la merienda. El decía "merienda". Mientras se llevaba la comida a la boca me examinaba atentamente y sus ojos estaban muy contentos.

*Especie de aguardiente muy fuerte (N. de la T.).

-¡Sabes, pajarito, me estás dando suerte! Tengo una fila de chicos panzudos y nunca se me ocurrió la idea de aprovechar a uno de ellos para que me ayudara.

Tomó un gran trago de limonada.

-¿Cuántos años tienes?

-Cinco. Seis. . . Cinco.

-¿Cinco o seis?

-Todavía no cumplí seis.

-Pues eres un chico muy inteligente y bueno.

-¿Eso quiere decir que el martes que viene nos volveremos a encontrar? Se rió.

-Si tú quieres.

-Sí que quiero. Pero voy a tener que combinar con mi hermana Ella va a comprender. Hasta es conveniente porque nunca fui hasta el otro lado de la estación.

-¿cómo sabes que voy para allá?

-Porque todos los martes lo espero. Una vez usted viene y la otra no- Entonces Pensé que usted iría al otro.

-¡Mira que eres vivo! ¿Como te llamas?

-Zezé.

-Y yo, Ariovaldo. ¡Choque! - Tomó mi mano entre las suyas callosas para sellar "la amistad hasta la muerte''.

No fue muy difícil convencer a Gloria.

-Pero Zezé, ¿una vez por semana? ¿Y las clases?

Le mostré mi cuaderno y todos mis deberes, que estaban bien hechos y limpios. Las notas eran espléndidas. E hice lo mismo con el cuaderno de aritmética.

-Y en la lectura yo soy el mejor, Godóia. Pero ella no se decidía.

-Lo que estamos estudiando todavía va a repetirse durante varios meses. Hasta que esa caterva de burros aprenda, correrá el tiempo.

Se rió.

-¡Qué expresión, Zezé!

-Pero si es así, Gloria, aprendo mucho más cantando. ¿Quieres ver cuántas cosas nuevas aprendí? Tío Edmundo me enseñó. Mira: estibador, celestial, sideral

y desdichado. Y encima de eso te traigo un folleto por semana, y te enseño las cosas más lindas del mundo.

-Bueno. Pero, eso sí, ¿qué le diremos a papá cuando note que todos los martes faltas a almorzar?

-No se dará cuenta. Cuando él pregunte, le mientes, diciéndole que fui a almorzar con Dindinha. Que fui a llevarle un recado a Nanzeazena y que me quedé allá para almorzar.

¡Virgen María! ¡Menos mal que aquella vieja no sabía lo que yo había hecho!...

Acabó estando de acuerdo, convencida de que era una manera de que no inventara travesuras y, por lo mismo, no me llevase muchas zurras. Además, sería lindo quedarnos debajo de los naranjos, los miércoles, enseñándole a cantar.

No veía la hora de que llegara el martes. Ya iba a esperar a don Ariovaldo a la Estación. Si no perdía el tren, llegaría a las ocho y media.

Husmeaba por todos los rincones, viéndolo todo. Me gustaba pasar por la confitería a mirar a la gente que bajaba las escaleras de la Estación. ¡Ese sí que era un buen lugar para limpiar zapatos! Pero Gloria no me dejaba, ya que la policía corría detrás de uno y le quitaba el cajón. Y, además, estaban los trenes. Solamente podía ir con don Ariovaldo si me daba la mano, aun para cruzar la línea por encima del puente.

Ahí llegaba él, sofocado. Después de "Fanny" se había convencido de que yo sabía qué era lo que le gustaba comprar a la gente.

Nos sentábamos en la pared de la Estación, frente al jardín de la Fábrica, y él abría el folleto principal, mostrándome la música y cantando el comienzo. Cuando a mí no me parecía bueno, buscaba otra.

-Esta es nueva, "Sinvergüencita". Cantó otra vez.

-Cántela de nuevo. Repitió la estrofa final.

-Esa, don Ariovaldo, además de "Fanny" y los tangos. ¡Vamos a venderlo todo!

Y nos fuimos por las calles llenas de sol y de polvo. Nosotros éramos los pajaritos alegres que confirmaban el verano

Su lindo vozarrón abría la ventana de la mañana.

-El éxito de la semana, del mes y del año. "Sinvergüencita", que grabó Chico Viola.

La Luna surge color de plata
En lo alto de la montaña verdeante
Y la lira del cantor en serenata
Despierta en la ventana a su amante.

Al sonido de la melodía apasionada
En las cuerdas de la sonora guitarra
Confiesa el cantor a su amada
Lo que tiene adentro del corazón...

Ahí, hacía una pequeña pausa, asentía dos veces con la cabeza y yo entraba con mi vocecita afinada.

Oh linda imagen de mujer que me seduce
Si yo pudiera estarías en un altar.
Eres la imagen de mis sueños, eres la luz,
Eres sinvergüencita, no necesitas trabajar...

¡Qué cosa! Las muchachas venían corriendo a comprar. Caballeros, gente de toda estatura y de todo tipo.

Lo que me gustaba era vender los folletos de cuatrocientos réis y de quinientos. Cuando era una muchacha, yo ya sabía.

-Su vuelto, señora.

-Guárdalo para comprarte caramelos.

Ya estaba pegándoseme la manera de hablar de don Ariovaldo.

Al mediodía, ya se sabe. Entrábamos en el primer bar, y "triquete tráquete", devorábamos el sandwich con refresco de naranja o de grosella.

Entonces yo metía la mano en el bolsillo, y desparramaba los vueltos en la mesa.

-Aquí está, don Ariovaldo -y empujaba los níqueles para su lado.

Se sonreía y comentaba:

-Eres un muchachito "decente", Zezé.

-Don Ariovaldo, ¿qué quiere decir "pajarito", como usted me decía antes?

-En mi tierra, la santa Bahía, les decimos así a los muchachitos barrigudos, pequeños, menuditos.

Se rascó la cabeza y se llevó la mano a la boca, a fin de eructar.

Pidió disculpas y agarró un mondadientes. El dinero continuaba en el mismo rincón.

-Estuve pensando, Zezé. De hoy en adelante puedes quedarte con esos vueltos. Al final de cuentas nosotros ahora somos un dúo.

-¿Qué es un dúo?

-Cuando dos personas cantan juntas.

-Entonces,¿puedo comprar una "mariamole"?*

*Reciben ese nombre un tipo de árboles y también un pez. En algunas regiones norteñas, una clase de masa (N. de la T.).

-El dinero es tuyo. Haz con él lo que quieras.

-Gracias, "compañero".

Se rió de la imitación. Ahora era yo quien comía y lo miraba.

-¿De veras formamos un dúo?

-Ahora sí.

-Pues déjeme cantar la parte del corazón de "Fanny"- Usted canta fuerte y yo entro con la voz más dulce del mundo.

-No es mala idea, Zezé.

-Entonces, cuando volvamos después del almuerzo, vamos a empezar con "Fanny", que da una suerte loca.

Y debajo del sol caliente recomenzamos el trabajo.

Habíamos comenzado a cantar "Fanny" cuando sucedió el desastre. Doña María de la Peña se acercó, muy beata debajo de la sombrilla, con la cara blanca de polvo de arroz. Se quedó parada escuchando nuestra "Fanny". Don Ariovaldo adivinó la tragedia y me susurró que continuase cantando al mismo tiempo que caminábamos.

¡Qué va! Estaba tan fascinado con el corazón de "Fanny" que ni noté qué pasaba.

Doña María de la Peña cerró la sombrilla y se quedó con la puntera golpeando en la de su zapato. Cuando acabé frunció la cara, muerta de rabia, y exclamó:

-¡Muy bonito! Muy bonito que una criatura cante una inmoralidad así.

-Señora, mi trabajo no tiene nada de inmoral. Cualquier trabajo honesto es un buen trabajo, y no me avergüenzo, ¿sabe?

Nunca vi a don Ariovaldo tan encrespado. ¡Ella quería pelea, entonces vería!

-¿Esa criatura es su hijo?

-No, señora, infelizmente.

-¿Su sobrino, pariente suyo?

-No es nada mío.

-¿Qué edad tiene?

-Seis años.

Dudó mirando mi tamaño. Pero continuó:

-¿No tiene vergüenza, explotar así a una criatura?

-No estoy explotando a nadie, señora. El canta conmigo porque quiere y le gusta, ¿oyó? Además, le pago, ¿no es cierto?

Dije que sí con la cabeza. La pelea me estaba pareciendo de lo más linda. Pero mis deseos eran darle un cabezazo en la barriga a ella y verla desparramarse por el suelo. ¡Bum!

-Pues sepa que voy a tomar medidas. Voy a hablar con el padre. Voy a hablar en el Juzgado de Menores. ¡Voy a llegar hasta la policía!

En ese punto enmudeció y sus ojos asustados se desorbitaron. Don Ariovaldo había sacado su enorme cuchillo y se lo acercaba. Parecía que ella fuera a tener un síncope.

-Entonces vaya, doña. Pero vaya en seguida. Yo soy muy bueno, pero tengo la manía de cortar la lengua a las brujas charlatanas que se meten en la vida ajena...

Se apartó, dura como una escoba, y ya lejos se dio vuelta para apuntarle con la sombrilla...

- ¡Ya va a ver!...

- ¡Quítese de mi vista, "bruja de Croxoxó". . .!

Abrió la sombrilla y fue desapareciendo en la calle, muy tiesa.

Por la tarde don Ariovaldo contaba las ganancias.

-Ya está todo, Zezé. Tenías razón; me das suerte. Me acordé de doña María de la Peña.

-¿Irá a hacer algo?

-No va a hacer nada, Zezé. A lo sumo irá a conversar con el cura, que le aconsejará: "Es mejor dejar todo como está, doña María. Esa gente del Norte no es para hacer bromas".

Metió el dinero en el bolsillo y apretó la bolsa.

Después, como hacía siempre, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y agarró un folleto doblado.

-Este es el de tu hermanita Gloria. Se desperezó:

- ¡Fue un día extraordinario!

Nos quedamos descansando unos minutos.

-Don Ariovaldo.

-¿Qué pasa?

-¿Qué quiere decir "bruja de Croxoxó"?

-¿Qué sé yo, hijo? Lo inventé en un momento de rabia.

Largó una alegre carcajada.

-¿Y usted la iba a acuchillar?

-No. Fue solo para asustarla.

-Si la hubiese acuchillado, ¿qué saldría, tripa o estopa de muñeca?

Se rió y me rascó la cabeza con afecto.

-¿Sabes una cosa, Zezé? Me parece que lo que en realidad saldría es mierda.

Los dos nos reímos.

-Pero no tengas miedo. No soy tipo de matar a nadie. Ni siquiera a una gallina. Le tengo tanto miedo a mi mujer que hasta me pega con el palo de la escoba.

Nos levantamos y se fue hacia la estación. Apretó mi mano y dijo:

-Para mayor seguridad vamos a pasar un par de veces sin volver por aquella calle. Apretó mi mano con más fuerza.

-Hasta el martes que viene, "cumpañero" Moví la cabeza afirmativamente, mientras él subía uno a uno los peldaños de la escalera. Desde arriba, me gritó:

-Eres un ángel, Zezé. . .

Le dije adiós con la mano y comencé a reírme.

-¡Ángel! Es porque él no sabe. .

SEGUNDA PARTE
Fue cuando apareció el Niño Dios en toda su tristeza

1
EL "MURCIÉLAGO"

-¡Corre, Zezé, que vas a perder el Colegio!

Estaba sentado a la mesa, tomando mi tazón de café y pan seco, y masticando todo sin ningún apuro. Como siempre, apoyaba los codos en la mesa y me quedaba mirando la hojita pegada en la pared.

Gloria se ponía nerviosa y sofocada. No veía la hora en que me fuera para hacerse cargo de toda la mañana, en paz para cumplir cada uno de los trabajos de la casa.

-Anda, diablito. Ni te peinaste; debías hacer como Totoca, que siempre está listo a la hora necesaria.

Venía de la sala con un peine y peinaba mis pelos rubios.

-¡También, este gato pelado no tiene ni qué Peinarle!

Me levantaba de la silla y me examinaba todo. Si la blusa estaba limpia, lo mismo que los pantalones. -Ahora vamonos, Zezé.

Totoca y yo nos poníamos a la espalda nuestras mochilas con los libros, los cuadernos y el lápiz. Nada de comida; eso quedaba para los otros chicos.

Gloria apretó el fondo de mi cartera, sintió el volumen de las bolsitas con bolitas y sonrió; en la mano llevábamos las zapatillas de tenis para calzarlas cuando llegásemos al Mercado, cerca de la Escuela.

Apenas alcanzábamos la calle, Totoca comenzaba a correr, dejándome caminar sólito, lentamente. Y entonces empezaba a despertarse mi diablo artero. Me gustaba que mi hermano se adelantara para poder reinar a gusto. Me fascinaba la carretera Río-San Pablo. "Murciélago." Sin duda, el "murciélago". Treparme a la parte trasera de los automóviles y sentir el camino desapareciendo a tal velocidad que el viento me castigaba, corriendo y silbando. Aquello era lo mejor del mundo. Todos nosotros lo hacíamos; Totoca me había enseñado, con mil recomendaciones, que me asegurara bien, porque los otros coches que venían atrás eran un peligro. Poco a poco aprendía a perder el miedo, y el sentido de la aventura me instigaba a buscar los "murciélagos" más difíciles. Yo era tan experto que hasta había aprovechado ya el coche de don Ladislau; solamente me faltaba el hermoso automóvil del Portugués. ¡Coche lindo, bien cuidado, era aquél! Los neumáticos siempre nuevos. Y todo de metal tan reluciente que uno se podía reflejar en él. La bocina daba gusto: era un mugido ronco, como si fuese el de una vaca en el campo. Y él pasaba estirado, dueño de toda esa belleza, con la cara más severa del mundo. Nadie se atrevía a trepar sobre su rueda trasera. Decían que pegaba, mataba y amenazaba capar al intruso antes de matarlo. Ningún chico de la escuela se atrevía, o se había atrevido hasta ahora. Cuando estaba conversando sobre eso con Minguito, me preguntó.

-¿Nadie, de veras, Zezé?

-Seguro, nadie. Ninguno tiene coraje. Sentí que Minguito se estaba riendo, casi adivinando lo que yo pensaba en ese momento.

-¿Y tú estás loco por hacerlo, no?

-Estar. . . estoy. Pero me parece que...

-¿Qué es lo que piensas? '

Ahí el que se había reído era yo.

-A ver, di.

-¡Eres curioso como el diablo!

-Siempre acabas contándome todo; no aguantas.

-¿Sabes una cosa, Minguito? Yo salgo de casa a las siete, ¿no? Cuando llego a la esquina son las siete y cinco. Bueno, a las siete y diez el Portugués detiene el coche en la esquina del cafetín del "Miseria y Hambre" y se compra un paquete de cigarrillos... Un día de estos cobro coraje, espero hasta que él suba al coche, y ¡zas!...

-No tienes coraje para eso.

-¿Que no tengo? Ya vas a ver, Minguito.

Ahora mi corazón estaba dando saltos. El coche detenido; él bajaba. El desafío de Minguito se mezclaba a mi miedo y mi coraje; no quería ir, pero una pequeña vanidad empujaba mis pasos. Di vueltas al bar y me quedé medio escondido contra la pared. Aproveché para meter las zapatillas dentro de la cartera. El corazón saltaba tan fuerte que tenía miedo de que sus golpes se escuchasen dentro del bar; salió sin haberme notado siquiera. Oí que la puerta se abría...

-¡Ahora o nunca, Minguito!

De un salto estaba pegado a la rueda, con todas las fuerzas que me había dado el miedo. Sabía que hasta la escuela la distancia era enorme. Ya comenzaba a pregustar mi victoria ante los ojos de mi compañero...

-¡Ay!

Di un grito tan grande y agudo que la gente salió a la puerta del café para ver quién había sido atropellado

Yo estaba colgado a medio metro del suelo, balanceándome, balanceándome. Mis orejas ardían como brasas. Algo había fallado en mis planes. Me había olvidado de escuchar, en mi confusión, el ruido del motor en funcionamiento.

La cara severa del Portugués parecía estarlo más aún. Sus ojos despedían llamaradas.

-Entonces, mocoso atrevido, ¿eras tú? ¡Un mocoso de ésos con semejante atrevimiento!. . .

Dejó que mis pies se apoyaran en el suelo. Soltó una de mis orejas y con un brazo gordo me amenazaba el rostro.

-¿Te piensas, mocoso, que no te he estado observando todos los días espiar mi coche? Voy a darte un correctivo y no tendrás nunca más ganas de repetir lo que hiciste.

La humillación me dolía más que el propio dolor. Solo tenía ganas de vomitar una serie de malas palabras sobre el bruto.

Pero no me soltaba y pareciendo adivinar mis pensamientos me amenazó con la mano libre.

- ¡Habla! ¡Insulta! ¿Por qué no hablas?

Mis ojos se llenaron de lágrimas de dolor, de humillación, ante las personas que estaban presenciando la escena y reían con maldad.

El Portugués continuaba desafiándome.

-Entonces, ¿por qué no insultas, mocoso?

Una cruel rebelión comenzó a surgir dentro de mi pecho y conseguí responder con rabia:

!No hablo ahora, pero estoy pensando. Y cuando crezca voy a matarlo.

El lanzó una carcajada que fue acompañada por los espectadores.

-Pues crece, mocoso. Acá te espero. Pero antes voy a darte una lección.

Soltó rápidamente mi oreja y me puso sobre sus rodillas. Me aplicó una y solo una palmada, pero con tal fuerza que pensé que mi trasero se había pegado al estómago. Entonces me soltó.

Salí atontado, bajo las burlas. Cuando alcancé el otro lado de la Río-San Pablo, que crucé sin mirar, conseguí pasarme la mano por el trasero para suavizar el efecto del golpe recibido. ¡Hijo de puta! Ya iba a ver. Juraba vengarme. Juraba que... pero el dolor fue disminuyendo en la proporción en que me alejaba de aquella desgraciada gente. Lo peor sería cuando en la escuela se enteraran. ¿Y qué le diría a Minguito? Durante una semana, cuando pasara por el "Miseria y Hambre", estarían riéndose de mí, con esa cobardía que tienen todos los grandes. Era necesario salir más temprano y cruzar la carretera por el otro lado...

En ese estado de ánimo me acerqué al Mercado. Me fui a lavar el pie en la pileta y a calzarme mis zapatillas. Totoca estaba esperándome, ansioso. No le contaría nada de mi fracaso.

-Zezé, necesito que me ayudes,

-¿Que hiciste?

-¿Te acuerdas de Bié?

-¿Aquel buey de la calle Barón de Capaiema?

-Ese mismo. Me va a agarrar a la salida. ¿No quieres pelearte con él, en mi lugar?...

-¡Pero me va a matar!

-¡Que va a matarte! Además, eres peleador y valiente.

-Está bien. ¿A la salida?

-Sí, a la salida.

Totoca era así, siempre se buscaba peleas y después era a mí a quien metía en el lío. Pero no estaba mal. Descargaría toda mi rabia por el Portugués contra Bié.

Verdad es que ese día recibí tantos golpes, que salí con un ojo morado y los brazos lastimados. Totoca estaba sentado con los demás, haciendo fuerza por mí, y con los libros sobre las rodillas; los míos y los de él. Se dedicaban a orientarme.

-Pégale un cabezazo en la barriga, Zezé. Muérdelo, clávale las uñas, que él solamente tiene gordura. Patea en los huevos.

Pero aun con ese ánimo que me daban y su orientación, a no ser por don Rozemberg, el de la confitería, yo habría quedado trasformado en picadillo. Salió de atrás del mostrador y sujetó a Bié por el cuello de la camisa, dándole unos zamarreos.

-¿No tienes vergüenza? ¡Semejante grandote pegarle a un chiquito así!

Don Rozemberg sentía una pasión oculta, como decían en casa, por mi hermana Lalá. Me conocía, y cada vez que estaba con alguno de nosotros nos daba galletas y caramelos con la mayor de las sonrisas, en las que brillaban varios dientes de oro.

***

No resistí y acabé contándole mi fracaso a Minguito. Tampoco hubiera podido esconderlo, con aquel ojo violeta e hinchado. Además de que, cuando papá me vio así todavía me dio unos coscorrones y sermoneó a Totoca A el papá nunca le pegaba. A mí, sí, porque yo era lo más malo que había.

Seguramente que Minguito lo había escuchado todo.

Entonces, ¿cómo podría dejar de contarle? Escuchó, furioso y solamente comentó cuando acabé, con voz enojada:

-¡Qué cobarde!

-La pelea no fue nada, si vieras.

Paso a paso le conté todo lo que había ocurrido con el "murciélago". Minguito estaba asustado por mi coraje y hasta me alentó:

-Algún día ya te vengarás.

-¡Sí que me voy a vengar! Voy a pedirle el revólver a Tom Mix y el "Rayo de Luna" a Fred Thompson, y voy a armarle una celada con los indios comanches; un día traeré su melena ondeando en la punta de una caña.

Pero en seguida pasó la rabia y nos pusimos a conversar de otras cosas.

-Xururuca, ni te imaginas. ¿Te acuerdas que la semana pasada gané un premio por ser buen alumno, aquel libro de cuentos La rosa mágica?

Minguito se ponía muy feliz cuando lo llamaba "Xururuca"; en ese momento, sabía que lo quería más aún.

-Me acuerdo, sí.

-Pero todavía no te conté que leí el libro. Es la historia de un príncipe al que un hada le regaló una rosa roja y blanca, Viajaba en un caballo muy lindo, todo enjaezado de oro; así dice el libro. Y en ese caballo enjaezado de oro salía buscando aventuras. Ante cualquier peligro acudía a la rosa mágica, y entonces aparecía una humareda enorme que permitía al príncipe escapar. En verdad, Minguito, me pareció que la historia era bastante tonta, ¿sabes? No es como esas aventuras que quiero tener en mi vida. Aventuras son las de Tom Mix y Buck Jones. Y Fred Thompson y Richard Talmadge. Porque luchan como locos, disparan tiros, dan trompadas. Pero si cualquiera de ellos anduviese con una rosa mágica, y ante cada peligro acudiese a ella, no tendría ninguna gracia, ¿no te parece?

-También creo que tiene poca gracia.

-Pero no es eso lo que quiero saber. Me gustaría saber si crees que una rosa puede ser así, mágica.

-Y... es bastante raro.

-Esa gente anda por ahí, contando cosas, y piensa que los chicos creemos cualquier cosa.

-Eso mismo.

Escuchamos un gran barullo, y resultó ser Luis que se venía acercando. Cada vez mi hermano estaba más lindo. Ya no era llorón ni peleador. Aun cuando me veía obligado a tomarlo a mi cuidado, siempre lo hacía con buena voluntad.

Le comenté a Minguito:

-Cambiemos de tema, porque le voy a contar esa historia a él; la va a encontrar linda. Y uno no debe quitarle las ilusiones a un niño.

-Zezé, ¿vamos a jugar?

-Yo ya estoy jugando. ¿A qué quieres jugar?

-Quería pasear por el Jardín Zoológico. Miré, desanimado, el gallinero con la gallina negra y las dos gallinitas blancas.

-Es muy tarde. Los leones ya se fueron a dormir y los tigres de Bengala también. A esta hora cierran todo; ya no venden más entradas.

-Entonces vamos a viajar por Europa. El muy picaro lo aprendía todo y hablaba correctamente cualquier cosa que escuchara. Pero la verdad es que no estaba dispuesto a viajar a Europa. Lo que deseaba era permanecer cerca de Minguito. El no se burlaba de mí ni se despreocupaba por mi ojo empavonado.

Me senté cerca de mi hermanito y le hablé con calma.

-Espera ahí, que voy a pensar en algún juego.

Pero en seguida el hada de la inocencia pasó volando en una nube blanca que agitó las hojas de los árboles, las matas de la cerca y las hojas de mi Xururuca. Una sonrisa iluminó mi rostro maltratado.

-¿Fuiste tú el que hizo eso, Minguito?

-Yo no.

- ¡Ah, qué belleza! Debe ser el tiempo en que llega el viento.

En nuestra calle había un tiempo para cada cosa. Tiempo de bolitas. Tiempo de trompos. Tiempo de coleccionar fotos de artistas del cine. Tiempo de cometas, que era el más lindo de todos. Los cielos se veían cubiertos en cualquier parte por cometas de todos los colores. Cometas lindas, de todas las formas. Era la guerra en el aire. Los cabezazos, las peleas, los enredos y los cortes.

Las navajitas cortaban los hilos y allá venía una cometa girando en el espacio, enredando el hilo de dirección con la cola sin equilibrio. El mundo se tornaba solamente de los chicos de la calle. De todas las calles de Bangú. Después eran los restos arrollados en los hilos, las corridas del camión de la "Light". Los hombres venían, furiosos, a arrancar las cometas muertas, confundiendo los hilos. El viento... el viento...

Con el viento vinieron las ideas.

-¿Vamos a jugar a la cacería, Luis?

-Yo no puedo montar a caballo.

-En seguida vas a crecer y podrás. Quédate sentadito ahí, y ve aprendiendo cómo es.

De repente Minguito se convirtió en el más lindo caballo del mundo; el viento aumentó y el pasto, medio ralo, se trasformó en una planicie inmensa, verde. Mi ropa de cowboy estaba enjaezada de oro. Relampagueaba en mi pecho la estrella de sheriff.

-Vamos, caballito, vamos. Corre, corre...

¡Zas, zas, zas! Ya estaba reunido con Tom Mix y Fred Thompson; Buck Jones no había querido venir esta vez y Richard Talmadge trabajaba en otra película.

-Vamos, vamos, caballito. Corre, corre. Allá vienen los amigos apaches llenando de polvo el camino.

¡Zas, zas, zas! La caballada de los indios estaba metiendo un ruido bárbaro.

-Corre, corre, caballito, la planicie está llena de bisontes y búfalos. Vamos a tirar, mi gente, ¡zas, zas, zas, zas!. . . ¡Purn, pum, pum!... ¡Fiu, fiu, fiu! Las flechas silbaban...

El viento, la galopada, la carrera loca, las nubes de polvo y la voz de Luis, casi gritando:

-¡Zezé! ¡Zezé!. . .

Fui deteniendo el caballo lentamente y salté sofocado por la proeza.

-¿Qué pasa? ¿Algún búfalo fue por tu lado?

-No. Vamos a jugar a otra cosa. Hay muchos indios y me dan miedo.

-Pero esos indios son los apaches. Todos son amigos.

-Pero siento miedo. Hay demasiados indios.

2
LA CONQUISTA

Los primeros días yo salía un poco más temprano para no correr el peligro de encontrar al Portugués parado con su coche, comprando cigarrillos. Además tenía buen cuidado de caminar por la orilla de la calle, del lado contrario, casi cubierto por la sombra de las cercas de plantas que unían el frente de cada casa. Y apenas llegaba a la Río-San Pablo cortaba camino y seguía con las zapatillas de tenis en la mano, casi pegándome al gran muro de la Fábrica. Todo ese cuidado con el pasar de los días fue tornándose inútil. La memoria de la calle es corta y a poco nadie se acordaba de una más de las travesuras del chico de don Pablo. Porque así era como me conocían en los momentos de acusación: "Fue el chico de don Pablo"... "Fue ese condenado chico de don pablo"... Fue ese chico de don Pablo"... Una vez hasta inventaron una cosa horrible: cuando el "Bangú" recibió una paliza del "Andaraí" comentaron, burlándose: "El Bangú"* cobró más que ese chico de don Pablo"... A veces veía el maldito coche detenido en la esquina y retrasaba el paso para no tener que ver pasar al Portugués -al cual iba a matar tan pronto creciera- con su gran empaque de dueño del coche más lindo del mundo y de Bangú.

*"Bangú" y "Andaraí", referencia a dos clubes de fútbol de la zona (N. de la T.).

Por entonces desapareció durante algunos días. ¡Qué alivio! Seguramente habría viajado lejos o estaría de vacaciones. Volví a caminar hacia la escuela con el corazón sosegado y ya medio inseguro sobre si valía la pena matar a ese hombre más tarde. Una cosa era segura: cada vez que iba a trepar a un coche de menor importancia, ya no sentía el entusiasmo de antes y mis orejas comenzaban a arder penosamente.

Mientras tanto, la vida de la gente y de la calle se desarrollaba normalmente. Había llegado el tiempo de la cometa y "¡calle para qué te quiero!". El cielo azulado se estrellaba de día con las estrellas más bonitas y coloridas. En el tiempo del viento dejaba de lado un poco a Minguito, o solamente lo buscaba cuando me ponían en penitencia después de una buena soba. Entonces no intentaba escapar, porque una paliza cerca de otra dolía mucho. En esos momentos me iba

con el rey Luis a adornar, a enjaezar -término que me gustaba mucho- mi planta de naranja-lima. Para colmo, Minguito había dado un gran estirón y pronto, muy pronto, estaría dando flores y frutos para mí. Los otros naranjos demoraban mucho. Mi planta de naranja-lima era "precoz", como tío Edmundo decía de mí. Después, él me explicó lo que eso significaba: era cuando las cosas sucedían mucho antes de que otras ocurrieran. Finalmente, me parece que no supo explicarlo muy bien. Lo que quería decir, simplemente, era que algo se adelanta...

Entonces yo tomaba trozos de cordón, sobras de hilos y aguiereaba un montón de tapitas de botellas para ir a enjaezar a Minguito. ¡Había que ver lo lindo que quedaba! El viento, golpeándolas, hacía chocar una tapita contra otra y parecía que estaba usando las espuelas de plata de Fred Thompson cuando montaba su caballo "Rayo de Luna".

El mundo de la escuela también era muy bueno. Yo sabía todos los himnos nacionales de memoria. El más grande de todos, que era el verdadero; los otros himnos nacionales de la Bandera y el himno nacional de la "Libertad, libertad, abre las alas sobre nosotros". A mí, y creo que también a Tom Mix, era el que más me gustaba. Cuando iba a caballo, sin estar en guerra ni en cacerías, me pedía respetuosamente:

-Vamos, guerrero Pinagé, cante el himno de la Libertad.

Mi voz, bastante fina, llenaba las enormes planicies, con mucha más belleza que cuando cantaba con don Ariovaldo, trabajando los martes de ayudante de cantor.

Los martes hacía la rabona en el colegio, como de costumbre, para esperar el tren que traía a mi amigo Ariovaldo. El ya bajaba las escaleras, mostrando en las manos los folletos para vender en las calles. Todavía traía dos bolsas llenas, que eran la reserva. Casi siempre vendía todo, y eso nos daba una gran alegría a los dos...

En los recreos, cuando alcanzaba el tiempo, hasta jugábamos a las bolitas. Yo era lo que se llama un experto. Tenía una puntería segura y casi nunca dejaba de volver a casa con la bolsita donde zangoloteaban las bolitas, muchas veces hasta triplicadas.

Lo más conmovedor era mi maestra, doña Cecilia Paim. Ya le podían contar que era el chico más diablo del mundo, que no lo creía. Como tampoco creería que nadie consiguiera decir más palabrotas que yo. Que ningún chico me igualaba en travesuras, eso no lo hubiera aceptado nunca. En la escuela yo era un ángel. Jamás me habían reprendido y me trasformé en el mimado de las maestras, por ser uno de los niños más pequeños que hasta entonces apareciera por allí. Doña Cecilia Paim conocía de lejos nuestra pobreza y, a la hora de la merienda, cuando veía que todo el mundo estaba comiendo, se emocionaba, y siempre me llamaba aparte para mandarme comprar una galleta rellena en lo del

dulcero. Sentía tanto cariño por mí que me parece que yo me portaba bien solo para que no se decepcionara...

De repente, la cosa sucedió. Yo venía despacio, como siempre, por la carretera Río-San Pablo cuando el coche enorme del Portugués pasó bien cerquita de mí. La bocina sonó tres veces y vi que el monstruo me miraba sonriéndose. Aquello me hizo renacer la rabia y el deseo de matarlo cuando fuese grande. Puse cara seria y en mi orgullo fingí ignorarlo.

* * *

-Es como te digo, Minguito. Todo el santo día. Parece que espera que yo pase para venir tocando la bocina. Tres veces la toca. Ayer hasta me dijo adiós con la mano.

-¿Y tú?

-No le hago caso. Finjo no verlo. Ya está comenzando a tener miedo; mira, pronto cumpliré seis años y en seguida estaré hecho un nombre.

-¿Crees que él quiere hacerse amigo, por miedo?

-¡Seguro! Espera ahí que voy a buscar el cajoncito.

Minguito había crecido mucho. Para subir a su silla se hacía necesario colocar debajo el cajoncito de lustrar.

-Listo, ahora vamos a conversar.

Desde lo alto me sentía el rey del mundo. Paseaba la vista por el paisaje, por el pastizal, por los pájaros que venían a buscar comida allí. De noche, ni bien la oscuridad iba llegando, otro Luciano comenzaba a dar vueltas por encima de mi cabeza, tan alegre, como si fuese un aeroplano del Campo dos Alfonsos. Al comienzo, hasta Minguito se admiró de que yo no tuviese miedo del murciélago, porque en general todos los chicos tenían terror. Pero hacía días que Luciano no aparecía. Seguramente había encontrado otros "campos dos alfonsos" en otros lugares.

-Viste, Minguito, las guayaberas de la casa de la Negra Eugenia ya comienzan a amarillear. Las guayabas ya están en tiempo. Lo malo es que ella me agarra. Minguito. Hoy ya recibí tres coscorrones. Estoy aquí porque me pusieron en penitencia...

Pero el diablo me dio la mano para descender y me empujó hasta la cerca de las plantas. El vientecito de la tarde comenzó a traer o inventar el olor de las guayabas hasta mi nariz. Mira aquí, aparta un gajito ahí, escucha que no haya ruido... y el diablo hablando: "Anda, tonto, ¿no ves que no hay nadie? A esta hora

ella debe haber ido a la despensa de la japonesa. ¿Don Benedicto? ¡Nada! El está casi ciego y sordo. No ve nada. Te da tiempo a escapar si te descubre...".

Seguí la cerca hasta el zanjón y me decidí. Antes le indiqué por señas a Minguito que no hiciera barullo. En ese momento mi corazón se había acelerado. La Negra Eugenia no era para jugar. Tenía una lengua que solo Dios sabía. Venía paso a paso, sin respirar, cuando su vozarrón partió desde la ventana de la cocina.

-¿Qué es eso, chico?

Ni siquiera tuve la idea de mentir diciéndole que había ido a buscar una pelota. Me lancé a la carrera y, ¡listo!, salté dentro del zanjón. Mas allá adentro me esperaba otra cosa. Un dolor tan grande que casi me hizo gritar; pero si lo hacía recibiría doble castigo: primero, por haber huido de la penitencia; segundo, porque estaba robando guayabas en casa del vecino. Acababa de clavárseme un trozo de vidrio en el pie izquierdo.

Todavía atontado por el dolor, me arranqué el trozo de vidrio. Gemía bajito y veía mezclarse la sangre con el agua sucia del zanjón. ¿Y ahora? Con los ojos llenos de lágrimas conseguí sacarme el vidrio incrustado, pero no sabía cómo detener la sangre. Apretaba con fuerza el tobillo para disminuir el dolor. Tenía que aguantar firme. Estaba acercándose la noche y con ella vendrían papá, mamá y Lalá. Cualquiera que me encontrase así me pegaría; y hasta podía ser que cada uno de ellos me pegara sucesivamente una zurra. Subí desorientado y me fui a sentar saltando en un solo pie, debajo de mi naranjo-lima. Me dolía todavía más, pero ya me habían pasado las ganas de vomitar.

-Mira, Minguito.

Minguito se horrorizó. Era como yo: no le gustaba ver sangre.

-¿Qué hacer, Dios mío?

Totoca sí que me ayudaría, pero ¿dónde estaría a esas horas? Quedaba Gloria; debería estar en la cocina. Era la única a quien no le gustaba que me pegaran tanto podía ser que me tirara de las orejas o me pusiera en penitencia de nuevo. Pero había que intentarlo.

Me arrastré hasta la puerta de la cocina, estudiando la manera de desarmar a Gloria. Estaba bordando una toalla. Me quedé sin saber qué hacer y esa vez Dios me ayudó. Me miró y vio que estaba con la cabeza baja. Resolvió no decir nada porque me encontraba en penitencia. Mis ojos se hallaban llenos de lágrimas y gimoteé. Tropecé con los ojos de Gloria, que me miraban. Su manos habían dejado de bordar.

-¿Qué pasa, Zezé?

-Nada, Godóia... ¿Por qué nadie me quiere?

-Eres muy travieso.

-Hoy ya me pegaron tres veces, Godóia.

-¿Y no lo merecías?

-No es eso. Es como si nadie me quisiera, y aprovechan para pegarme por cualquier cosa.

Gloria comenzó a sentir conmoverse su corazón de quince años. Yo me daba cuenta.

-Creo que lo mejor es que mañana me atrepellen en la Río-San Pablo y quede todo golpeado.

Entonces las lágrimas bajaron en torrentes de mis ojos.

-No digas tonterías, Zezé. Yo te quiero mucho.

-¡No me quieres, no! Si me quisieras no dejarías que me lleve otra paliza hoy.

Ya está oscureciendo y no va haber tiempo de que hagas alguna otra travesura como para que te castiguen.

-Ya la hice...

Soltó el bordado y se acercó a mí. Casi dio un grito al ver el charco de sangre en que estaba mi pie.

-¡Dios mío! Gum, ¿qué ha sido? Estaba ganada la partida. Cuando ella me llamaba “Gum" era porque estaba salvado.

Me alzó y me sentó en la silla. Rápidamente tomó una palangana de agua con sal y se arrodilló a mis pies.

-Va a doler mucho, Zezé.

-Ya está doliendo mucho.

-Mi Dios, tienes un corte casi como de tres dedos. ¿Cómo te hiciste eso, Zezé?

-Pero no se lo cuentes a nadie. Por favor, Godóia, te prometo portarme bien. No dejes que nadie me pegue tanto...

-Está bien, no lo contaré. ¿Cómo vamos a hacer? Todo el mundo va a ver tu pie vendado. Y mañana no podrás ir a la escuela. Lo descubrirán todo.

-Sí que voy a la escuela. Me calzo los zapatos hasta la esquina. Después es mucho más fácil.

-Necesitas acostarte y quedarte con el pie bien estirado, si no será imposible que puedas caminar mañana.

Me ayudó a ir a saltos hasta la cama.

-Voy a traerte alguna cosa para que comas antes de que lleguen los otros.

Cuando volvió con la comida, no aguanté más y le di un beso. Eso era algo muy raro en mí.

* * *

Cuando todos llegaron a comer, mamá se dio cuenta de que yo no estaba.

-¿Dónde está Zezé?

-Se acostó. Desde temprano que se queja de dolor de cabeza.

Escuchaba extasiado, olvidando hasta el ardor de la herida. Me gustaba ser el centro de la conversación. Entonces Gloria resolvió asumir mi defensa. Lo hizo con una voz quejosa y al mismo tiempo acusadora.

Todo el mundo le pega. Hoy estaba todo molido. Tres palizas son demasiado.

-¡Pero es un bandido! Se queda quieto solamente cuando se lo castiga.

-¿Vas a decir que no le pegas, también?

-Dificilmente. Cuando mucho, le tiro de las orejas.

Se hizo el silencio, y Gloria continuó defendiéndome.

- Al final de cuentas, aún no cumplió los seis años. Es travieso, pero no es más que una criatura.

Aquella conversación fue una felicidad para mí.

***

Gloria, angustiada, estaba arreglándome, dándome a calzarme las zapatillas.

-¿Podrás ir?

-Aguanto, sí.

-¿No vas a hacer ningún disparate en la Río-San Pablo?

-No, no voy a hacer nada.

-Eso que me dijiste, ¿era cierto?

-No. Pero me sentía muy triste pensando que nadie me quería.

Pasó sus manos por mis rizos rubios y me dejó ir.

Yo pensaba en lo duro que sería llegar hasta la carretera. Que cuando me descalzara los zapatos el dolor mejoraría. Pero cuando el pie tocó directamente el suelo tuve que ir apoyándome, despacito, en el muro de la Fábrica. De esa manera no llegaría nunca.

¡Allí sucedió la cosa! La bocina sonó tres veces. ¡Desgraciado! No bastaba que uno estuviera muriéndose de dolor, que todavía venía a burlarse...

El coche paró bien junto a mí. Sacó el cuerpo afuera y preguntó:

-En, muchachito, ¿te lastimaste el pie?

Tuve ganas de decirle que eso no le importaba a nadie. Pero como él no me había llamado "mocoso" no respondí y continué caminando unos cinco metros.

Puso el coche en funcionamiento, pasó delante de mí y paró casi pegándose al muro, un poco fuera de la carretera, cortándome el paso. Entonces abrió la puerta y bajó. Su enorme figura me apabullaba.

-¿Te está doliendo mucho, muchachito?

No era posible que la persona que me pegara usara ahora una voz tan dulce y casi amiga. Se acercó más a mí y, sin que nadie lo esperase, arrodilló su cuerpo gordo y me miró cara a cara. Tenía una sonrisa tan suave que parecía desparramar cariño.

-Por lo visto te golpeaste mucho, ¿no? ¿Cómo fue?

Resoplé un poco antes de responderle.

-Un pedazo de vidrio.

-¿Fue profundo?

Le di el tamaño del tajo con los dedos.

-¡Ah!, eso es grave. ¿Y por qué no te quedaste en casa? Por lo que veo vas a la escuela, ¿no?

-Nadie sabe en casa que me lastimé. Si lo descubren, encima me pegan para que aprenda a no lastimarme...

-Ven, que voy a llevarte.

-No, señor, gracias.

-Pero ¿por qué?

-En la escuela todo el mundo sabe lo que pasó...

-Pero tú no puedes caminar así.

Bajé la cabeza reconociendo la verdad y sintiendo que, con un poco más, mi orgullo se esfumaría. El me levantó la cabeza, tomándome el mentón.

-Vamos a olvidar ciertas cosas. ¿Ya anduviste en coche?

-Nunca, no, señor.

-Entonces te llevo.

-No puedo. Nosotros somos enemigos.

-Aunque sea así. No me importa. Si tienes vergüenza, te dejo un poco antes de llegar a la escuela. ¿Estamos?

Estaba tan emocionado que ni respondí. Solo dije que sí con la cabeza. Me alzó, abrió la puerta y me puso en el asiento con cuidado. Dio vuelta y tomó su lugar. Antes de encender el motor me sonrió de nuevo.

-Así está mejor, se ve.

La sensación maravillosa del suave coche en marcha, dando leves saltos, me hizo cerrar los ojos y comenzar a soñar. Aquello era más suave y lindo que el caballo "Rayo de Luna", de Fred Thompson. Pero no demoré mucho, porque al abrir los ojos estábamos casi llegando a la escuela. Veía la multitud de alumnos penetrando por la puerta principal. Asustado, me resbalé del asiento y me escondí. Le dije, nervioso:

-Usted prometió que se detendría antes de llegar a la escuela.

-Cambié de idea. Ese pie no puede quedar así. Puedes enfermarte de tétanos.

No pude ni preguntar qué palabra tan linda y difícil era ésa. También sabía que sería inútil decir que no quería ir. El automóvil tomó por la calle de las Casitas y volví a la posición anterior.

-Tú me pareces un hombrecito valiente. Ahora vamos a ver si lo pruebas.

Paró frente a la farmacia y en seguida me llevó alzado. Cuando el doctor Adaucto Luz nos atendió me horroricé. Era el médico del personal de la Fábrica y conocía muy bien a papá. Mi susto aumentó cuando me miró y preguntó:

-Tú eres hijo de Paulo Vasconcelos, ¿no es cierto? ¿Ya encontró algún trabajo?

Tuve que contestar, aunque me diese mucha vergüenza por el Portugués, que papá estaba sin empleo.

-Está esperando; le prometieron muchas cosas...

-Bueno, vamos a ver de qué se trata.

Desató los trapos pegados a la herida e hizo un "¡hum!" que impresionaba. Comencé a hacer un gestito de llanto. Pero el Portugués vino por detrás a socorrerme.

Me sentaron encima de una mesa llena de sábanas blancas. Un montón de instrumentos aparecieron. Y yo comencé a temblar. Y no temblaba más porque el Portugués apoyó mi espalda sobre su pecho y me sujetaba los hombros con fuerza y al mismo tiempo con cariño.

-No va a doler mucho. Cuando acabe todo te llevaré a tomar un refresco y a comer galletas. Si no lloras te compro caramelos con figuritas de artistas.

Entonces me inventé el mayor coraje del mundo. Las lágrimas bajaban y yo dejé hacer todo. Me dieron algunos puntos y hasta una inyección antitetánica. Aguanté hasta las ganas de vomitar. El Portugués me agarraba con fuerza, como si quisiera que un poco del dolor le pasara a él. Con su pañuelo me enjugaba los cabellos y el rostro, mojados por el sudor. Parecía que aquello no iba a terminar nunca. Pero acabó al fin.

Cuando me llevó al coche venía contento. Me compró todo lo que me había prometido. Solo que yo no tenía ganas de nada. Parecía que me habían arrancado el alma por los pie

-Ahora no puedes ir a la escuela, muchachito.

Estábamos en el coche y yo me sentaba bien cerca de él, rozando su brazo, casi complicando sus maniobras.

-Te voy a llevar cerca de tu casa. Inventa cualquier cosa. Puedes decir que te golpeaste en el recreo y que la maestra te mandó a la farmacia...

Lo miré con gratitud.

-Eres un hombrecito valiente, muchachito.

Le sonreí, lleno de dolor, pero dentro de ese dolor acababa de descubrir algo muy importante. El Portugués se había trasformado ahora en la persona que yo más quería en el mundo.

3
CONVERSACIONES DE AQUÍ Y ALLÁ

-¿Sabes, Minguito? Ya descubrí todo. Todito. El vive al final de la calle Barón de Capanema. Bien al final, y guarda el coche al lado de la casa. Tiene dos jaulas, una con un canario y otra con un "azulao"*. Fui allá bien tempranito, como quien no quiere nada, llevando mi cajoncito de lustrar. Tenía tantas ganas de ir, Minguito, que esa vez ni sentía el peso de mi cajón. Cuando llegué miré bien la casa y me pareció demasiado grande para una persona que vive sola. El estaba al otro lado, en el patio, junto a la pileta, afeitándose.

* Nombre común a varias especies de pájaros brasileños, de plumaje azul; en algunos casos, el color no se repite en las hembras, que lo tienen diferente. (N. de la T.)

Golpeé con las manos.

-¿Quiere lustrarse?

Vino desde allí, con la cara llena de jabón. Una parte ya estaba afeitada. Sonrió y me dijo:

-¡Ah! ¿Eras tú? Entra, muchachito.

Lo seguí.

-Espera que ya acabo.

Y continuó afeitándose con la navaja, tras, tras, tras. Y pensé que cuando sea grande quiero tener una barba así de gruesa, que haga así de lindo: tras, tras, tras...

Me senté en mi cajoncito y quedé esperando. Me miró por el espejo.

-¿Y tu clase?

-Hoy es fiesta nacional. Por eso salí a lustrar para ganar unas monedas.

-¡Ah!

Y continuó. Después se inclinó en la pileta y se lavó la cara. Se secó con la toalla. El rostro le quedó colorado y brillante. Después se rió de nuevo.

-¿Quieres tomar café conmigo? Dije que no, pero queriendo.

-Entra.

Me gustaría que vieras cómo estaba todo de limpio y arregladito. La mesa hasta tenía mantel a cuadros rojos. Y allí estaba la taza. Nada de taza de lata, como en casa. Me contó que una negra vieja iba todos los días "a poner orden" cuando él salía para trabajar.

-Si quieres, haz como yo, moja el pan en el café. Pero no hagas ruido al tragar. Es feo.

En eso miré a Minguito; estaba mudo como una bruja de trapo.

-¿Qué pasa?

-Nada. Estoy escuchando.

-Mira, Minguito, no me gustan las discusiones, pero si estás enojado es mejor que me lo digas ya.

-Es que tú ahora solamente juegas con el Portugués, y yo no puedo...

Me quedé pensativo. Era eso. No me había pasado por la cabeza que él no podría divertirse con lo mismo.

-Dentro de dos días nos encontraremos con Buck Jones. Ya le mandé un mensaje por el cacique "Toro sentado". Buck Jones está lejos, cazando en Savanah... Minguito, ¿es Saváah o Savanah como se dice? En una película tenía una "h" detrás. No sé. Cuando vaya a la casa de Dindinha le voy a preguntar a tío Edmundo.

Nuevo silencio.

-¿Dónde estábamos?

-En mojar el café en el pan.

Largué una carcajada.

-Mojar el café en el pan no, tonto. En ese momento nos quedamos en silencio, y él me miraba, estudiándome.

-Tanto hiciste hasta que por fin descubriste dónde vivía.

Me quedé sin saber qué decir. Resolví contar la verdad.

-¿Usted no se enojará si le digo una cosa?

-No. Entre amigos no debe haber secretos...

-Es mentira que anduve lustrando por ahí.

-Ya lo sabía.

-Pero yo quería tanto... Aquí, de este lado, no hay nadie que se lustre, por causa del polvo. Solamente quien vive cerca de la Río-San Pablo.

-Pero podrías haber venido sin cargar todo ese peso, ¿no?

-Si yo no lo cargaba no me hubieran dejado salir.

Sólo puedo andar cerca de casa. De vez en cuando tengo que aparecer por alli, ¿comprende? En cambio, si voy más lejos, tengo que fingir que voy a trabajar. Se rió de mi lógica.

-Yendo a trabajar, la gente de casa sabe que no estoy haciendo travesuras. Y es mejor así, porque no recibo tantas palizas.

-No creo que seas tan travieso como dices.

Quedé muy serio.

-Yo no sirvo para nada. Soy muy malo. Por eso en Navidad es el diablo el que nace para mí y no recibo regalos. Soy una peste. Una pestecita chica. Un perro. Una cosa ordinaria. Una de mis hermanas me dijo que alguien tan malo como yo no debiera haber nacido.

Se rascó la cabeza, admirado.

-Solamente en esta semana recibí un montón de palizas. Algunas bastante dolorosas. Pero también me pegan por lo que no hago. Me echan la culpa de todo. Ya se acostumbraron a pegarme.

-Pero ¿qué es lo que haces de malo?

-Debe ser culpa del diablo. Me vienen ganas de hacer... y hago. Esta semana pegué fuego a la cerca de la Negra Eugenia. La llamé "Doña Cordelia", "Pata Chueca", y ella se puso hecha una fiera. Pateé una pelota de trapo y la muy burra entró por la ventana y quebró un espejo grande de doña Narcisa. Con la "baladeira"* rompí tres lámparas. Le tiré una pedrada a la cabeza al hijo de don Abel.

* Juguete que se arroja lejos (N. de la T.).

-Basta, basta.

Se ponía la mano en la boca para esconder la sonrisa.

-Pero todavía hay más. Arranqué todas las plantas que doña Tentena acababa de plantar. Le hice tragar una bolita al gato de doña Rosena.

-¡Ah; eso no! No me gusta que maltraten a los animales.

-Pero no era de las grandes. Era una bien chiquita. Le dieron un purgante al bicho y salió. Y en vez de devolverme la bolita lo que me dieron fue una brutal paliza. Pero peor fue cuando yo estaba durmiendo y papá agarró el zueco y me pegó unos zuecazos. Yo ni siquiera sabía por qué me pegaban.

-¿Y por qué fue?

-Fuimos muchos chicos a ver una película. Entramos en la segunda sección porque es más barato. Entonces tuve ganas, ¿sabe?... y me quedé bien en el rincón de la pared, orinando. Aquella agua corría. Es una tontería que uno tenga que salir y perderse un pedazo de la película. Pero usted ya sabe cómo somos los chicos. Basta que uno lo haga para que todos los otros tengan ganas. Y, así, todo el mundo se fue a ese rinconcito y pronto se formó un río. Al fin lo descubrieron, y ya se sabe: fue el hijo de don Pablo. Me prohibieron ir al cine "Bangú" durante un año, hasta que tenga juicio. A la noche el dueño se lo contó a papá, y a él no le hizo ninguna gracia... yo puedo decirlo.

Aun así, Minguito continuaba enfadado.

-Mira, Minguito, no necesitas quedarte con esa cara. El es mi mejor amigo. Pero tú eres el rey absoluto de los árboles, así como Luis es el rey absoluto de mis hermanos. Es necesario que sepas que el corazón de la gente tiene que ser muy grande y debe caber en él todo lo que a uno le gusta.

Silencio.

-¿Sabes una cosa, Minguito? Voy a jugar a las bolitas- Hoy estás muy aburrido.

* * *

Al comienzo el secreto existió solo porque yo tenia vergüenza de ser visto en el coche del hombre que me diera unas palmadas. Después persistió porque siempre es lindo tener un secreto. Y el Portugués me daba todos los gustos en ese sentido. Nos habíamos jurado, a muerte, que nadie debería saber nada de nuestra amistad. Primero, porque no quería que llevara a los otros chicos; cuando venía gente conocida, hasta el mismo Totoca, yo bajaba del coche. Segundo, porque nadie debía molestar tantos temas que teníamos para conversar.

-¿Usted nunca vio a mi madre? Es india. Hija de indio. Todos allá en casa son medio indios.

-¿Y cómo saliste tan blanquito? Y además con cabellos rubios, casi blancos.

-Es la parte del portugués. Mamá es india, bien morena y de cabellos lisos; solamente Gloria y yo salimos así, como gato barcino de mal pelo. Ella trabaja en los telares del Molino Inglés para ayudar a pagar la casa. El otro día fue a levantar una caja y sintió un dolor horrible. Tuvo que ir al médico; le dio una faja porque tenía una hernia que se estranguló. Mamá es buena conmigo. Cuando me pega, agarra varillas de "guanxuma"* del fondo y me pega en las piernas solamente. Vive tan cansada que cuando llega a casa de noche no tiene ganas ni de conversar.

*Planta de fibras y propiedades medicinales. (N. de la T.)

El automóvil marchaba y yo conversaba.

-La que es brava es mi hermana mayor. Enamoradiza hasta no poder más. Cuando mamá la mandaba que me cuidara y paseara, le recomendaba que no fuera más allá de nuestra calle, porque sabía que en la esquina tenía un festejante esperando. Pero ella iba para ese lado que le decían, y allá tenía otro festejante que también la esperaba. Lápices ni había, porque vivía escribiendo cartas para su festejante...

-Llegamos...

Estábamos cerca del Mercado y paraba en el lugar establecido.

-Hasta mañana, muchachito.

El sabía que yo iba a buscar la manera de dar una vueltita por el sitio del estacionamiento, tomar un refresco y recibir sus figuritas. Conocía hasta los horarios en los que él no tenía nada que hacer.

Y ese juego ya duraba más de un mes. Mucho más. Nunca pensé que él pudiera poner esa cara tan triste cuando le conté las historias de Navidad. Se

quedó con los ojos llenos de lágrimas y pasó sus manos por mis cabellos, prometiendo que nunca más dejaría de tener un regalo ese día.

Y los días pasaban, sin apuro y muy felices. Hasta que allá en casa comenzaron a notar mi trasformación. No cometía tantas travesuras y vivía en mi pequeño mundo del fondo de la casa. Es verdad que algunas veces el diablo vencía mis propósitos. Pero ya no decía tantas palabrotas como antes y dejaba en paz a los vecinos.

Siempre que podía él inventaba un paseo, y fue en uno de ellos cuando detuvo el coche y me sonrió:

-¿Te gusta pasear en "nuestro" coche?

-¿También es mío?

-Todo lo que es mío es tuyo. Como dos grandes amigos.

Quedé enloquecido. ¡Ay, si yo pudiera contar a todo el mundo que era medio dueño del coche más hermoso del mundo!

-¿Quiere decir que ahora somos completamente amigos?

-Sí, lo somos. ¿Te puedo preguntar una cosa?

-Claro que sí, señor.

-Pienso que ahora ya no querrás crecer para matarme, ¿verdad?

-No, nunca haría eso.

-Pero lo dijiste, ¿no?

-Lo dije cuando sentía rabia. Yo nunca voy a matar a nadie porque cuando en casa matan una gallina no me gusta ver. Después descubrí que usted no era nada de lo que se decía. No era antropófago ni nada.

Casi dio un salto.

-¿Qué dijiste?

-Que no era antropófago.

-¿Y sabes qué es eso?

-Sí que sé. Me lo enseñó tío Edmundo. Es un sabio. Hay un hombre en la ciudad que lo invitó a hacer un diccionario. Lo único que hasta hoy él no supo contestarme es qué es carborundum.

-Estás escapando del asunto. Quiero que me expliques exactamente qué es un antropófago.

-Los antropófagos eran indios que comían carne humana. En la historia del Brasil hay una figurita de ellos descascarando portugueses para comérselos. También se comían a guerreros de las tribus enemigas. Es lo mismo que caníbal. Solamente que los caníbales están en África y les gusta mucho comer misioneros con barba.

Soltó una alegre carcajada, como ningún brasileño sabría hacerlo.

-Tienes una cabecita de oro, muchachito. A veces hasta me asusto.

Después me miró con seriedad.

-Vamos a ver, ¿cuántos años tienes?

-¿De mentira o de verdad?

-De verdad, naturalmente. No quiero tener un amigo mentiroso.

-Bueno, así es: de verdad, ahora tengo cinco años todavía. De mentira, seis. Porque si no no podía entrar en la escuela.

-¿Y por qué te pusieron tan temprano en la escuela?

-¡Imagínese! Todo el mundo quería verse libre de mí durante algunas horas. ¿Usted sabe lo que es el carborundum?

-¿De dónde sacaste eso?

Metí la mano en el bolsillo y busqué, entre las piedras de la honda, las figuritas, el hilo del trompo y bolitas.

Saqué en la mano una medalla con la cabeza de un indio. Un indio de la América del Norte con la cabeza rodeada de plumas. Del lado de atrás estaba escrita esa palabra.

Miró y remiró la medalla.

-Fíjate que tampoco yo sé lo que quiere decir. ¿Dónde encontraste esto?

-Formaba parte del reloj de papá. Venía sujeta con una correa para que colgara del bolsillo del pantalón. Papá decía que el reloj iba a ser mi herencia. Pero necesitó dinero y vendió el reloj. ¡Un reloj tan lindo! Entonces me dio el resto de mi herencia, que era esto. Corté la correa porque tenía un olor agrio insufrible.

Volvió a acariciar mi pelo.

-Eres un niño muy complicado, pero confieso que estás llenando de alegría el viejo corazón de un portugués. Bueno, dejemos eso. ¿Vámonos, ahora?

-Está tan lindo aquí. Un ratito más, solamente. Preciso decirle algo muy serio.

-Entonces habla.

-Nosotros somos amigos hasta más no poder, ¿no es cierto?

-Sin duda.

-Hasta el automóvil ya es medio mío, ¿no?

-Y un día será todo tuyo.

-Es que....

Me estaba costando decirlo.

-Vamos, ¿te enfadaste? No eres de esos...

-¿No se enojará?

-Te lo prometo.

-Hay dos cosas en nuestra amistad que no me gustan.

Pero la cosa no salía tan fácil como había planeado.

-¿Cuáles son?

-Primero, si nosotros somos tan grandes amigos, por qué tengo que llamarlo "usted" aquí, "usted"! allá...

El se rió.

-Pues trátame como quieras.

-De "tú", no es muy difícil. Puedo repetirle a Minguito todas nuestras conversaciones. ¿No está enojado?

-¿Por qué? Es un pedido muy justo. ¿Y quién es ese Minguito, del que nunca oí hablar?

-Minguito es Xururuca.

-Bien, Xururuca es Minguito y Minguito es Xururuca. Pero quedé en las mismas.

-Minguito es mi planta de naranja-lima. Cuando más lo quiero, lo llamo Xururuca.

-Es decir, que posees una planta de naranja-lima que se llama Minguito.

- ¡Es más vivo! Habla conmigo, se vuelve caballo, sale conmigo. Con Buck Jones, con Tom Mix... Con Fred Thompson... Tú... (los primeros "tú" eran duros de decir, pero yo ya estaba decidido. ..)... ¿A ti te gusta Ken Maynard?

Hizo un gesto como de quien no entiende nada de cowboys de cine.

-El otro día Fred Thompson me lo presentó. Me gustó mucho el sombrero de cuero que usa. Pero parece que no sabe reírse...

-Vamos ya, que me estoy mareando con todo ese mundo que solo existe en tu cabecita. ¿Y la otra cosa?

-La otra cosa todavía es más difícil. Pero ya que hablé de "tú" y no te enojaste... No me gusta mucho tu nombre. Es decir, no es que no me gusta, pero entre amigos queda muy...

-Virgen santísima, ¿qué vendrá ahora?

-¿Te parece que yo puedo llamarte "Valadares"? Pensó un poco y se sonrió.

-Sí, en realidad no suena bien.

-Tampoco me gusta decirte Manuel. No imaginas cómo me pongo de furioso cuando papá cuenta chistes de portugueses y dice: "Eh, Manuel... Se ve que el hijo de su madre nunca tuvo un amigo portugués...

-¿Qué dijiste?

-¿Que mi padre imita a los portugueses?

-No. Antes. Una cosa fea.

-¿Hijo de su madre, es tan malo como el otro hijo?...

-Casi lo mismo.

-Pues voy a ver si no lo digo más. ¿Entonces?

-Es lo que yo te pregunto. ¿Qué conclusión sacaste? No me quieres llamar Valadares ni tampoco Manuel.

-Hay un nombre que a mí me parece lindo.

-¿Cuál?

Puse la cara más sinvergüenza del mundo.

-Como don Ladislao y los otros te llaman en la confitería...

El cerró el puño fingiendo enojo en broma.

-¿Sabes que eres el mayor atrevido del mundo que conozco? Quieres llamarme "Portuga", ¿no es así?

-Es más de amigo.

-¿Es todo lo que deseas? Sea. Te lo permito. Ahora vamos, ¿eh?

Puso en marcha el motor y anduvo un trecho, pensativo. Colocó la cabeza fuera de la ventana y miró el camino. No venía nadie.

Abrió la puerta del coche y ordenó:

-Baja.

Obedecí y lo seguí hasta la parte trasera del coche.

Señaló la rueda sobresaliente.

-Ahora, agárrate bien. Pero cuidado. Me encogí todo, de "murciélago", feliz de la vida.

El subió al coche y salió andando despacito. Después de cinco minutos paró y me vino a ver.

-¿Te gustó?

-¡Cómo en un sueño!

-Ahora, basta. Vamos, que comienza a oscurecer. La noche venía llegando mansita y a lo lejos las cigarras cantaban en los "espinheiros"*, anunciando más calor.

* Plantas y árboles espinosos, de diversas especies, comunes en todo el Brasil (N. de la T.).

El coche se deslizaba suavemente.

-Bueno. De ahora en adelante no se habla más de aquel asunto. ¿De acuerdo?

-Nunca más.

-Lo único que me gustaría es verte llegar a tu casa, diciendo en dónde estuviste todo este tiempo.

-Ya pensé en eso. Voy a decir que fui a la clase de Catecismo. ¿Hoy es jueves?

-Nadie puede contigo. Le encuentras salida a todo.

Me aproximé bien a él y recosté mi cabeza junto a su brazo.

-¡Portuga!

-Hum...

-Nunca más quiero estar lejos de ti, ¿sabes?

-¿Por qué?

-Porque eres la mejor persona del mundo. Nadie me maltrata cuando estoy cerca de ti y siento "un sol de felicidad dentro de mi corazón".

4
DOS PALIZAS MEMORABLES

-Dobla aquí. Ahora cortas con el cuchillo el papel, bien por el doblez.

El ruido suave del filo del cuchillo dividía el papel.

-Ahora pega bien finito, dejando este margen. Así.

Yo estaba al lado de Totoca, aprendiendo a hacer un globo. Después que todo estuvo pegado, Totoca prendió el globo por la punta de arriba, con un sujetador de ropa, en una varilla.

-Solo cuando está bien seco, se le hace la abertura. ¿Aprendiste, burrito?

-Sí, aprendí.

Nos quedamos sentados en el umbral de la puerta de la cocina, mirando cómo el globo de colores demoraba en secarse. Totoca, compenetrado de su calidad de maestro, iba explicando:

-Globo-mandarina uno debe hacerlo solamente después de mucha práctica; al principio debes hacerlo apenas de dos gajos, que es más fácil.

-Totoca, si yo hago sólito un globo, ¿tú le haces la abertura?

-Depende.

Ya estaba él queriendo sacar provecho. Meter mano en mis bolitas o en mi colección de fotos de artistas de cine, que "nadie comprendía cómo crecía tanto".

-Caramba, Totoca, cuando me pides algo, yo hasta peleo por ti.

-Bueno. La primera vez te la hago gratis, y si no aprendes, las otras veces lo haré si me das algo a cambio.

-De acuerdo.

En aquel momento yo hubiera jurado que iba a aprender tan bien que nunca más pondría las manos en mis globos.

Desde entonces la idea de mi globo no me salió ya de la cabeza. Tenía que ser "mi" globo. Imaginaba la sorpresa del Portuga cuando le contara mi proeza; la admiración de Xururuca cuando viese el globo balanceándose en mis manos.

Dominado por la idea, me llené los bolsillos de bolitas y algunas figuritas repetidas y gané el mundo de la calle. Iba a venderlas lo más barato posible para poder comprar, por lo menos, dos hojas de papel de seda.

-¡A ver, gente! Cinco bolitas por diez centavos. ¡Nuevas como si fuesen del negocio!

Y nada.

-Diez figuritas por diez centavos: ustedes no podrán comprarlas ni en la tienda de doña Lota.

Nada. Toda la mocosada estaba completamente sin dinero. Fui a la calle del Progreso, de arriba para abajo, ofreciendo mi mercadería. Visité la calle Barón de Capanema casi trotando, ¡pero, nada! ¿Y si fuese a casa de Dindinha? Fui allá, pero ella no se interesó.

-No quiero comprar figuritas ni bolitas. Es mejor que las guardes. Porque mañana vas a venir a pedirme para comprar otras.

Seguramente que Dindinha andaba sin dinero.

Volví a la calle y miré mis piernas. Estaban sucias de tanto juntar tierra de la calle. Miré el sol, que ya comenzaba a bajar. Fue cuando sucedió el milagro.

-¡Zezé! ¡Zezé!

Era Biriquinho, que venía corriendo como un loco en mi dirección.

-Anduve buscándote por todas partes. ¿Estás vendiendo?

Sacudí los bolsillos haciendo balancear las bolitas.

-Vamos a sentarnos.

Nos sentamos al mismo tiempo y desparramé en el suelo la mercadería.

-¿Cuánto?

-Cinco bolitas por diez centavos, y diez figuritas por el mismo precio.

-Es caro.

Ya iba a enojarme. ¡Ladrón de porquería! ¡Caro, cuando todo el mundo vendía cinco figuritas y tres bolitas por lo que yo estaba pidiendo! Iba a guardar todo en el bolsillo.

-Espera. ¿Puedo elegir?

-¿Cuánto tienes?

-Trescientos réis. Puedo gastar hasta doscientos.

-Bueno, te doy seis bolitas y doce fotos.

***

Entré volando en el negocio de "Miseria y Hambre".

Nadie recordaba ya "aquella escena". Solo estaba don Orlando, conversando junto al mostrador. Cuando pitase la Fábrica, entonces sí que la gente vendría a tomar un trago y nadie más podría entrar.

-¿Tiene papel de seda?

-¿Y tú tienes dinero? En la cuenta de tu padre no llevas nada más.

No me ofendí. Únicamente le mostré las dos monedas de un tostao*.

*Antigua moneda de níquel de 100 reis de valor.

-Solamente hay rosado y color amarillo.

-¿Solo?

-En la época de las cometas ustedes mismos se lo llevaron todo. ¿Pero qué diferencia hay? ¿Acaso las cometas de cualquier color no suben igual?

-No es para cometa. Voy a hacer mi primer globo. Y quería que mi primer globo fuese el más bonito del mundo.

No había tiempo que perder. Si corría hasta el negocio de Chico Franco perdería mucho tiempo.

-Bueno, llevo ése.

Ahora la cosa era diferente. Puse una silla junto a la mesa, y trepé en ella a Luis, para que pudiese mirar bien.

-Te quedas quietecito, ¿prometes? Zezé va a hacer una cosa dificilísima. Cuando crezcas voy a enseñártela sin cobrarte nada.

Comenzó a oscurecer rápidamente y yo trabajaba. La Fábrica hizo sonar el silbato. Había que apurarse. Jandira ya estaba colocando los platos en la mesa. Tenía la manía de darnos de comer más temprano, para que luego no molestásemos a los mayores.

-¡Zezé!... ¡Luis!...

El grito fue tan fuerte como si uno estuviera allá por los lados del Murundu. Bajé a Luis y le dije:

-Anda primero, que ya voy yo.

-¡Zezé!... ¡Ven en seguida o vas a ver!

-¡Ya voy!

La diabla estaba de mal humor. Debía de haberse peleado con alguno de sus festejantes. El de la punta o el del comienzo de la calle.

Ahora, como si fuese a propósito, la cola estaba secándose y la harina se pegaba en los dedos, dificultando el trabajo.

El grito llegó más fuerte. Y casi no había luz para mi trabajo.

-¡Zezé!...

Listo. Estaba perdido. Ella venía de allá furiosa.

-¿Piensas que soy tu sirvienta? Ven a comer en seguida.

Entró violentamente en la sala y me agarró de las orejas. Me fue arrastrando hasta el comedor y me tiró contra la mesa. Entonces me enojé.

-No como. No como. ¡No como! Quiero acabar de hacer mi globo.

Me escapé y volví corriendo hacia el lugar de antes.

Ella se volvió hecha una fiera. En vez de avanzar hacia mí, caminó en dirección a la mesa. Y era una vez un bello sueño. Mi globo inacabado se trasformó en tiras rotas. No satisfecha con eso (tan grande fue mi sorpresa, que no hice nada), me agarró por las piernas y por los brazos y me tiró en medio del comedor.

-Cuando yo hablo es para que se me obedezca.

El diablo se soltó adentro de mí. La rebelión estalló como un ventarrón. Al comienzo fue una simple andanada.

-¿Sabes lo que eres? ¡Una puta!

Pegó su cara a la mía. Sus ojos despedían rayos.

-Repite eso si tienes coraje. Pronuncié bien las sílabas:

-¡Pu-ta! ¡Pros-ti-tu-ta!

Agarró la mano de cuero de encima de la cómoda y comenzó a pegarme sin piedad. Me volví de espaldas y escondí la cabeza entre las manos. El dolor era menor que mi rabia.

-¡Puta! i Puta! i Hija de una puta!...

Ella no paraba y mi cuerpo era un solo dolor de fuego. En eso entró Antonio. Y corrió en ayuda de mi hermana, que ya estaba comenzando a cansarse de tanto pegarme.

-¡Mata, asesina! ¡La cárcel está ahí para vengarme!

Y ella pegaba, pegaba hasta el punto de que yo había caído de rodillas, apoyándome en la cómoda.

-¡Puta! ¡Hija de puta!

Totoca me levantó y me puso de frente.

-Cállate la boca, Zezé, no puedes insultar así a tu hermana.

-Ella es una puta. Asesina. ¡Hija de puta!

Entonces él comenzó a pegarme en la cara, en los ojos, en la nariz, en la boca. Sobre todo en la boca.

Mi salvación fue que Gloria escuchara. Estaba en lo del vecino, conversando con doña Rosena, y vino volando, atraída por la gritería. Entró en la sala como un huracán. Gloria no era para jugar, y cuando vio que la sangre mojaba mi cara apartó a Totoca hacia un lado y ni le importó que Jandira fuera la mayor, alejándola de un empujón. Yo yacía en el suelo, casi sin poder abrir los ojos y respirando con dificultad. Me llevó al dormitorio. Yo ni lloraba, pero en cambio el rey Luis, que se había escondido en el dormitorio de mamá, hacía un barullo terrible.

Gloria protestaba:

-¡Un día de éstos ustedes matan a esta criatura y quiero ver qué pasará! Son unos monstruos sin corazón.

Me había acostado en la cama e iba a buscar la santa palangana de salmuera. Totoca entró bastante confundido en el dormitorio. Gloria lo empujó.

-¡Sal de aquí, cobarde!

-¿No escuchaste lo que estaba insultando?

-El no estaba haciendo nada. Ustedes lo provocaron. Cuando yo salí, estaba quietecito haciendo su globo. Ustedes no tienen corazón. ¿Cómo se le puede pegar así a un hermano?

Y mientras me limpiaba la sangre, escupí en la palangana un pedazo de diente. ¡Aquello echó fuego al volcán!

-¡Mira lo que hiciste, sinvergüenza! Cuando quieres pelear tienes miedo y lo llamas a él. ¡Cobardón! Con nueve años y todavía meando la cama. Voy a mostrarle a todo el mundo tu colchón y tus pantalones mojados, que andas escondiendo en el cajón todas las mañanas.

Después echó a todo el mundo afuera del dormitorio y atrancó la puerta. Encendió la luz porque ya la noche era completa. Me sacó la camisa y fue lavando las manchas y las heridas de mi cuerpo.

-¿Te duele, Gum?

-Esta vez está doliendo mucho.

-Voy a hacerlo despacito, mi diablito querido. Pero necesito que te quedes de espaldas un rato para secarte; si no la ropa se te va a pegar y va a dolerte.

Pero lo que más me dolía era la cara. Dolía de dolor y rabia ante tanta maldad sin motivo.

Después que las cosas mejoraron, ella se acostó a mi lado y se quedó acariciándome el pelo.

-Viste, Godóia. Yo no estaba haciendo nada. Cuando lo merezco no me importa que me peguen. Pero yo no estaba haciendo nada.

Ella tragó en seco.

-Lo más triste fue lo de mi globo. ¡Estaba quedando tan lindo! Pregúntale a Luis.

-Te creo. Seguro que iba a ser muy lindo. Pero no importa. Mañana vamos a casa de Dindinha y compramos papel. Voy a ayudarte a hacer el globo más lindo del mundo. Tan bonito, que hasta las estrellas van a estar envidiosas.

-No sirve de nada, Godóia. Uno hace solamente un primer globo lindo. Cuando ése no sirve, nunca más acierta o tiene ganas de hacerlo.

-Un día... un día... voy a llevarte lejos de esta casa. Nos vamos a ir a vivir...

Se detuvo. Seguramente pensaba en la casa de Dindinha, pero allá sería el mismo infierno. Fue entonces cuando resolvió participar directamente de mi planta de naranja-lima y de mis sueños.

-Te llevo a vivir al rancho de Tom Mix o de Buck Jones.

-Pero a mí me gusta más Fred Thompson.

-Entonces nos vamos para allá.

Y completamente desamparados comenzamos a llorar juntos y bajito...

* * *

Durante dos días, a pesar de mi nostalgia, no fui a ver al Portugués. No dejaban que fuese a la escuela. Nadie quería dar muestras de tamaña brutalidad. Cuando mi rostro se deshinchara y mis labios cicatrizaran reanudaría el ritmo de mi vida. Pasaba los días sentado con mi hermanito, junto a Minguito, sin ganas de conversar. Con miedo de todo. Papá había jurado que me molería a palos si llegaba a repetir otra vez lo que dijera a Jandira. De modo que respiraba hasta con miedo de respirar. Mejor era refugiarme en la pequeña sombra de mi planta de naranja-lima. Quedarme mirando las montañas de figuritas que el Portuga me regalaba, y enseñar con paciencia al rey Luis a jugar a las bolitas. El no tenía demasiada habilidad, pero algún día acabaría por aprender.

Pero mi nostalgia era muy grande. El Portuga debía de extrañarme, y si él hubiera sabido realmente dónde vivía hasta habría sido capaz de venir a buscarme. Hacía falta a mi oído, a la ternura de mi oído, aquella manera de hablar medio grave y llena de "tú". Doña Cecilia Paim me había dicho que para

que uno pudiera tratar a otros de "tú" tenía que saber mucha gramática. También le estaba haciendo falta a la nostalgia de mis ojos su rostro moreno, sus ropas oscuras siempre impecables, el cuello de la camisa duro, como si acabara de salir del cajón, su chaleco a cuadros, hasta sus gemelos dorados en forma de ancla.

Pero pronto, pronto estaría bien. Las heridas de los chicos cicatrizan en seguida y mucho antes de lo que decía esa frase que acostumbraban citar: "Cuando se case, sanará".

Esa noche papá no había salido. No había nadie en casa, salvo Luis, que ya dormía. Mamá debería de estar llegando del centro. Algunas veces hacía guardia en el Molino Inglés y la veíamos los domingos.

Yo había resuelto quedarme cerca de papá porque así no haría ninguna travesura. El estaba sentado en su sillón hamaca y miraba vagamente la pared. Su cara siempre con barba. Su camisa no siempre muy limpia. Seguro que no había salido a jugar con los amigos porque no tenía dinero. Pobre papá, debía ser triste saber que era mamá la que trabajaba para ayudar a mantener la casa. Lalá ya había entrado a la Fábrica. Debía de ser duro ir a buscar un montón de empleos y volver desanimado siempre por la misma respuesta: "Precisamos una persona más joven"...

Sentado en el umbral de la puerta, yo contaba las lagartijas blancuzcas de la pared y desviaba la vista para mirar a papá.

Solamente en aquella mañana de Navidad lo había visto tan triste. Necesitaba hacer alguna cosa por él. ¿Y si cantara? Podría cantar bien bajito, y eso seguramente que lo iba a mejorar. Repasé en la cabeza mi repertorio y me acordé de la última canción que aprendiera con don Ariovaldo. El tango; el tango era una de las cosas más bonitas que yo escuchara. Comencé bajito:

Yo quiero una mujer desnuda,
¡Bien desnuda la quiero tener....
De noche al claro de Luna
Quiero el cuerpo de esa mujer...

-¡Zezé!

-Sí, papá.

Me levanté rápidamente. A papá le debía de estar gustando mucho y querría que fuera a cantarla más cerca.

-¿Qué estás cantando?

Repetí.

Yo quiero una mujer desnuda...

-¿Quién te enseñó esa canción?

Sus ojos habían adquirido un brillo pesado, como si fuera a volverse loco.

-Fue don Ariovaldo.

-Ya dije que no quería que anduvieras en su compañía.

El no me había dicho nada. Creo que ni siquiera sabía que trabajaba de ayudante de cantor.

-Repite de nuevo la canción

-Es un tango de moda.

Yo quiero una mujer desnuda...

Estalló una bofetada en mi cara.

-Canta de nuevo.

Yo quiero una mujer desnuda...

Otra bofetada, otra, y otra más. Las lágrima, sin querer, saltaban de mis ojos.

-Vamos, continúa cantando.

Yo quiero una mujer desnuda...

Mi rostro casi no se podía mover, era arrojado a uno y otro lado. Mis ojos se abrían y volvían a cerrarse bajo el impacto de las bofetadas. No sabía si tenía que parar o que obedecer... Pero en mi dolor había resuelto una cosa. Sería la última paliza que soportaría; la última, aunque para eso tuviera que morir.

Cuando paró un poco y mandó que cantara, no canté. Lo miré con un desprecio enorme y le dije:

-¡Asesino!... Mátame de una vez. La cárcel está ahí para vengarme. Loco de furia, entonces se levantó del sillón hamaca. Se desabotonó el cinto. Aquel cinto que tenía dos hebillas de metal y comenzó a insultarme, apoplético; llamándome perro, porquería, inútil, vagabundo, si ésa era la forma de hablarle al padre...

El cinto silbaba con una fuerza terrible sobre mí. Parecía que tenía mil dedos que me acertaban en cualquier parte del cuerpo. Y me fui cayendo, encogiéndome en un rinconcito de la pared. Estaba seguro de que me iba a matar. Aún pude escuchar la voz de Gloria, que entraba para salvarme. Gloria, la única de pelo rubio, como yo. Gloria, a la que nadie tocaba. Sujetó la mano de papá y paró el golpe.

-¡Papá! ¡Papá! ¡Por amor de Dios, pégame a mí, pero no le pegues más a esta criatura!

Arrojó el cinto sobre la mesa y se pasó las manos por el rostro. Lloraba por él y por mí.

-Perdí la cabeza. Pensé que se estaba burlando de mí, que me faltaba al respeto.

Al levantarme Gloria del suelo, me desmayé. Cuando volví a darme cuenta de las cosas, ardía en fiebre. Mamá y Gloria estaban a mi cabecera y me decían cosas cariñosas. En el comedor se notaba el ir y venir de mucha gente; hasta Dindinha había sido llamada. A cada movimiento me dolía todo. Después supe que querían llamar al médico, pero no se atrevían.

Gloria me trajo un caldo que había hecho y trató de darme algunas cucharadas. Mal podía respirar y menos tragar. Quedaba en una somnolencia endiablada y cuando me despertaba el dolor iba disminuyendo. Pero mamá y Gloria continuaban velándome. Mamá pasó la noche conmigo y solamente bien de madrugada se levantó para prepararse. Tenía que ir a trabajar. Cuando vino a despedirse de mí, me tomé de su cuello.

-No va a ser nada, hijito. Mañana ya estarás bien...

-Mamá. . .

Le hablé bajito, haciendo la peor acusación de mi vida.

-Mamá, yo no debía de haber nacido. Debía haber sido como mi globo...

Me acarició tristemente la cabeza.

-Todo el mundo debe haber nacido así, como nació. Tú también. Solo que a veces, Zezé, eres demasiado atrevido...

5
SUAVE Y EXTRAÑO PEDIDO

Se necesitó una semana para que me recuperase del todo. Mi desánimo no provenía de los dolores ni de los golpes. Aunque es verdad que en casa comenzaron a tratarme tan bien que era como para desconfiar. Pero algo faltaba. Algo importante que me hiciese volver a ser el mismo, tal vez a creer en las personas, en la bondad de ellas. Me quedaba quietecito, sin ganas de nada, sentado casi siempre cerca de Minguito, mirando la vida, perdido en un desinterés por todo. Nada de conversar con él ni de escuchar sus historias. Lo más que sucedía era dejar a mi hermanito que se quedara cerca. Hacer trencitos

del Pan de Azúcar con los botones, que él adoraba, y dejarlo subir y bajar los cien trencitos todo el día. Lo miraba con una ternura inmensa, porque cuando era criatura como él también me gustaba eso...

Gloria estaba muy preocupada con mi silencio. Ella misma me traía mi montaña de figuritas, mi bolsa con bolitas, y a veces yo ni jugaba. No tenía ganas de ir al cine ni de salir a lustrar zapatos. La verdad es que no conseguía dejar de estirar mi dolor de adentro. De bichito golpeado malvadamente, sin saber por qué....

Gloria preguntaba por mi mundo de fantasías.

-No están; se fueron lejos....

Por supuesto que me refería a Fred Thompson y a los otros amigos.

Pero ella nada sabía de la revolución que se realizaba dentro de mí. Lo que había resuelto. Iba a cambiar de películas. ¡No más películas de cowboys, ni de indios ni de nada! De ahora en adelante solo iría a ver películas de amor, como las llamaban los grandes. Con muchos besos, muchos abrazos y donde todo el mundo se quisiera. Ya que solamente servía para recibir golpes, por lo menos podría ver a otros quererse.

Llegó el día en que ya podía ir a la escuela. Pero no fui a ella. Sabía que el Portuga había pasado una semana esperando con "nuestro" coche, y naturalmente solo volvería a esperarme cuando le avisara. Debía de estar muy preocupado con mi ausencia. Aunque me supiera enfermo no vendría a verme. Nos habíamos dado palabra, habíamos hecho un pacto de muerte con nuestro secreto. Nadie, solo Dios, debería conocer nuestra amistad.

Junto a la confitería, frente a la Estación, estaba el coche, tan lindo, detenido. Nació el primer rayo de sol de alegría. Mi corazón se adelantó a mí cabalgando sobre mi nostalgia. ¡Iba a ver a mi amigo!

Pero en ese momento una fuerte pitada me dejó todo tembloroso, al sonar en la entrada de la Estación. Era el Mangaratiba. Violento, orgulloso, dueño de todos los rieles. Pasó volando, haciendo zangolotear los vagones. Las personas miraban desde las ventanitas. Todos los que viajaban eran felices. Cuando era más chico me gustaba quedarme viendo pasar al Mangaratiba, y decir adiós a los pasajeros hasta no terminar nunca. Hasta que el tren desaparecía en el horizonte. Hoy quien pasaba por algo semejante era Luis.

Lo busqué entre las mesas de la confitería y allí estaba. En la última mesa, para poder ver a los clientes que llegaban. Se hallaba de espaldas, sin saco y con el lindo chaleco de cuadros, dejando escapar las mangas blancas de la camisa limpia.

Me fue dominando una debilidad tan grande que apenas conseguí llegar cerca de sus espaldas. Quien dio la alarma fue don Ladislao:

-¡Portuga, mira quién está ahí!

Se dio vuelta despacio y su rostro se abrió en una sonrisa de felicidad. Abrió los brazos y me apretó largamente.

-Mi corazón estaba diciéndome que vendrías hoy. Después me miró un cierto tiempo.

-Entonces, fugitivo, ¿dónde estuviste todo este tiempo?

-Estuve muy enfermo. Empujó una silla.

-Siéntate.

Chasqueó con los dedos, llamando al mozo, que ya sabía lo que me gustaba. Pero cuando trajo el refresco y las galletas, ni los toqué. Apoyé la cabeza sobre los brazos y así me quedé, sintiéndome débil y triste.

-¿No quieres?

Como no respondiera, el Portuga levantó mi cara. Me mordía los labios con fuerza y mis ojos estaban inundados.

-Pero ¿qué es eso, muchacho? Cuéntale a tu amigo. ..

-No puedo. Aquí no puedo... Don Ladislao estaba balanceando la cabeza negativamente, como si no comprendiera nada. Resolví decir algo:

-Portuga, ¿es verdad que el coche todavía es "nuestro" coche?

-Sí, ¿todavía tienes dudas?

-¿Serías capaz de llevarme a dar un paseo? Se asustó con el pedido.

-Si quieres, vamos ya.

Como viese que mis ojos estaban todavía más mojados, me tomó por el brazo, me llevó hasta el auto y me sentó sin necesitar abrir la puerta.

Volvió para pagar el gasto y escuché que conversaba con don Ladislao y otros.

-Nadie entiende a esta criatura en su casa. Nunca vi un niño con tanta sensibilidad.

-Cuenta la verdad, Portuga. A ti te gusta mucho este diablillo.

-Mucho más de lo que te imaginas. Es un chiquilín maravilloso e inteligente.

Fue hasta el coche y se sentó.

-¿Adonde quieres ir?

-Solamente salir de aquí. Podríamos ir hasta el camino de Murundu. Es cerca y no se gasta mucha gasolina.

Se rió.

-¿No eres demasiado niño para entender esos problemas de los grandes?

Allá en casa la pobreza era tanta que desde muy temprano uno aprendía eso de no gastar en cualquier cosa. Todo costaba dinero. Todo era caro.

Durante el pequeño viaje, no dijo nada. Dejaba que recuperara. Pero cuando todo se fue perdiendo y el camino iba trasformándose en una maravilla de verdes pastos, paró el coche, me miró y sonrió con esa bondad que colmaba lo que faltaba de bondad en el resto del mundo.

-Portuga, mírame la cara. Cara no, hocico. En casa dicen que yo tengo hocico, porque no soy gente sino bicho; soy indio Pinagé e hijo del diablo.

-Prefiero mirar tu cara.

-Pero mírame bien. Mira cómo todavía estoy hinchado de tantas palizas.

Los ojos del portugués adquirieron una expresión de inquietud y de pena.

-Pero, ¿por qué te hicieron eso?

Le fui contando todo, todo, sin exagerar una palabra. Cuando terminé, sus ojos estaban húmedos y no sabía qué hacer.

-Pero no pueden pegarle tanto a una criatura como tú. Aún no cumpliste los seis años. ¡Virgen mía de Fátima!

-Yo sé por qué. No sirvo para nada. Soy tan malo que cuando llega la Navidad sucede que, en vez de nacer el Niño Jesús, ¡nace el Niño-Diablo!...

-Esas son tonterías. Todavía eres un angelito. Puedes ser un poco travieso...

Aquella idea fija volvió a atormentar mi mente.

-Soy tan malo que ni debería haber nacido. Le dije eso a mamá el otro día.

Por primera vez, él tartamudeó.

-No debías haber dicho eso.

-Te dije que quería hablar contigo porque lo necesitaba mucho. Yo sé que es una desgracia que papá, a su edad, no pueda conseguir trabajo; sé que eso debe doler mucho. Mamá tiene que salir de madrugada a trabajar para ayudar a mantener la casa; trabaja en los telares del Molino Inglés. Ella usa una faja porque fue a levantar una caja pesada y se le hizo una hernia. Lalá es una muchacha que hasta estudió mucho, pero tuvo que emplearse como obrera en la Fábrica. . . Todo eso es malo. Pero no por ello papá tenía que pegarme así. En Navidad le dije que podía pegarme tanto como quisiera, pero esta vez fue demasiado.

Me miraba a la cara, atónito.

-¡Virgen mía de Fátima! ¿Cómo una criatura así puede entender y sufrir los problemas de la gente grande? ¡Nunca vi una cosa igual!

Tragó un poco de saliva por la emoción.

-Somos amigos, ¿no es cierto? ¿Vamos a conversar de hombre a hombre? Aunque a veces me da escalofríos hablar de ciertas cosas contigo. Pues bien, creo que no debieras haberle dicho esas palabrotas a tu hermana. Por otra parte, nunca deberías decir palabrotas, ¿no?

-Pero soy muy chico; es mi manera de vengarme.

-¿Sabes lo que significan? Hice que sí con la cabeza.

-Entonces no puedes ni debes. Hicimos una pausa.

- ¡Portugal

-¿Eh?

-¿No quieres que yo diga palabrotas?

-No.

-Bueno, si no me muero, no volveré a insultar más.

-Muy bien. Pero ¿qué asunto es ése de morir?

-Cuando lleguemos, dentro de un rato, te voy a contar.

Volvimos a callarnos y el Portugués estaba ensimismado.

-Necesito saber una cosa, ya que confias en mi.

¿Esa historia de la música, eso del tango; tú sabías lo que estabas cantando?

-No quiero mentirte. Yo no lo sabía bien, pero lo aprendí porque aprendo todo. Porque la música es muy linda. No pensaba en lo que quería decir... ¡Pero me pegó tanto, Portugal No importa...

Sollocé largamente.

-No importa, porque lo voy a matar.

-¿Qué es eso, muchacho, matar a tu padre?

-Sí, voy a matarlo. Ya comencé. Matar no quiere decir que uno tome el revólver de Buck Jones y haga ¡bum! No es eso. Uno lo mata en el corazón. Va dejando de querer. Y un buen día la persona muere.

-Qué cabecita imaginativa que tienes. Decía eso, pero no conseguía esconder la emoción que lo asaltaba.

-Pero ¿no me dijiste también a mí que me matabas?

-Lo dije al comienzo. Después te maté al contrario. Te hice morir naciendo en mi corazón. Eres la única persona a la que quiero, Portuga. El único amigo que tengo. No porque me regales fotos, refrescos, galletas o bolitas... Te juro que estoy diciendo la verdad.

-Pero, caramba, si todo el mundo te quiere... tu mamá, y hasta tu padre. Tu hermana Gloria, el rey... ¿Acaso te olvidaste de tu planta de naranja-lima? Ese tal Minguito y...

-Xururuca.

-Entonces...

-Ahora es diferente, Portuga. Xururuca es un simple naranjito que ni siquiera sabe dar una flor...

Esa es la verdad... Pero tú, no. Tú eres mi amigo y por eso te pedí que diésemos un paseo en nuestro coche, que dentro de poco va a ser solamente tuyo. Vine a despedirme de ti.

-¿Despedirte?

-En serio. Ya ves, no sirvo para nada, estoy cansado de sufrir golpes y tirones de oreja. Voy a dejar de ser una boca más...

Comencé a sentir un nudo doloroso en la garganta. Necesitaba mucho coraje para contar el resto.

-Entonces, ¿vas a escaparte?

-No. Pasé toda la semana pensando en eso. Hoy de noche me voy a tirar debajo de las ruedas del Mangaratiba.

Ni siquiera habló. Me apretó fuertemente entre sus brazos y me consoló de la manera que sabía hacerlo.

-No, no digas eso, por amor de Dios. Tienes una linda vida por delante. Con esa cabeza y esa inteligencia. No digas eso, que es pecado. No quiero que ni pienses ni repitas eso. ¿Y yo? ¿Tú no me quieres? Si me quieres y no estás mintiendo, no debes hablar más así.

Se alejó de mí y me miró a los ojos. Pasó la palma de sus manos sobre mis lágrimas.

-Yo te quiero mucho, muchacho. Mucho más de lo que piensas. Vamos, sonríe.

Sonreí, medio aliviado con la confesión.

-Todo eso va a pasar. Pronto serás dueño de las calles con tus cometas, rey de las bolitas, un vaquero tan fuerte como Buck Jones... Por otra parte, estuve pensando una cosa. ¿Quieres saberla?

-¡Quiero!

-El sábado no iré a visitar a mi hija. Ella fue a pasar unos días a Paquetá con el marido. Había pensado, como el tiempo es bueno, ir a pescar en el Guandu. Como estoy sin un gran amigo para acompañarme, pensé en ti.

Mis ojos se iluminaron.

-¿Me llevarías?

-Bien, si quieres, sí. No tienes ninguna obligación. La respuesta fue recostar mi cara en su cara afeitada y lo apreté en mis brazos, rodeando con ellos su cuello.

Estábamos riendo y toda la tragedia se había alejado.

-Hay un lugar muy lindo. Llevaremos alguna cosa para comer. ¿Qué es lo que más te gusta?

-Tú, Portuga.

-Hablo de salame, huevos, bananas...

-Me gusta todo. En casa se aprende a que le guste todo lo que tiene y cuando tiene.

-Entonces, ¿vamos?

-Ni voy a dormir pensando en eso. Pero había un grave problema circundando la felicidad.

-¿Y qué vas a decir para poder alejarte de tu casa todo un día?

-Invento cualquier cosa.

-¿Y si después te descubren?

-Hasta fin de mes no pueden pegarme. Se lo prometieron a Gloria, y Gloria es una fiera. Es la única gata barcina que se parece a mí.

-¿Verdad?

-Sí. Solamente me podrán golpear después de un mes, cuando me "recupere".

Encendió el motor y recomenzó la marcha de regreso.

-¿Quiere decir que de aquello no se habla más?

-Aquello ¿qué cosa?

-Lo del Mangarativa.

-Voy a demorar un tiempo más para hacer eso.

-Me parece bien.

Después supe, por don Ladislao, que a pesar de mi promesa el Portuga regresó a su casa luego que el Mangarativa pasó de regreso. Bien entrada la noche.

* * *

Habíamos viajado por lindos caminos. La carretera no era ancha ni asfaltada, ni empedrada; pero, en compensación, los árboles y los pastos eran una belleza. Y eso para no hablar del sol y del cielo alegre, tan azul. Una vez Dindinha había dicho que la alegría es "un sol brillante dentro del corazón". Porque el sol lo iluminaba todo de felicidad. Si eso era verdad, dentro de mi pecho un sol lo embellecía todo...

Volvimos a conversar sobre ciertas cosas, mientras el coche se deslizaba sin ningún apuro. Hasta parecía que él también quería escuchar la conversación.

-Es cierto, cuando estás conmigo eres una seda y muy buenito. Dices que tu maestra... ¿cómo se llama?...

-Doña Cecilia Paim. ¿Sabes que ella tiene una manchita blanca en uno de los ojos?

Se rió.

-Pues doña Cecilia Paim, según me dijiste, no creería en nada de lo que haces fuera de las clases. Con tu hermanito y con Gloria eres bueno. Entonces, ¿por que cambias así?

-Eso es lo que no sé. Solamente sé que todo lo que hago termina en travesura. Toda la calle conoce mi maldad. Parece que el diablo anda soplándome cosas al oído. Si no fuera así, no inventaría tanta travesura, como dice tío Edmundo. ¿Sabes lo que hice una vez con tío Edmundo? ¿Nunca te lo conté?

-No me lo contaste.

-Mira, hace ya como seis meses. Recibió una hamaca-red del Norte e hizo alardes. No dejaba que nadie se hamacara en la red, el muy hijo de puta...

-¿Qué dijiste?

-Bueno, el miserable; cuando terminaba de dormir, la desarmaba y la llevaba debajo del brazo. Como si uno le fuera a sacar un pedazo. Un día fui a casa de Dindinha y ella no me vio entrar. Debía de estar con los anteojos en la punta de la nariz, leyendo los avisos. Di vuelta a la casa. Miré las guayaberas, y nada. En eso vi a tío Edmundo roncando en la red armada entre la cerca y un tronco de naranjo; roncaba como un cerdo, con la boca medio blanda y abierta. El diario había caído al suelo. Entonces el diablo me dijo una cosa y vi que tenía una caja con fósforos dentro del bolsillo. Rompí una tira de papel sin hacer ruido. Junté las otras hojas del diario y les prendí fuego. Cuando aparecieron las llamas bien debajo del...

Hice una pausa y pregunté seriamente:

-Portuga, ¿puedo decir traste?

-Bueno. Pero es medio palabrota y no se debe hablar así.

-¿Y cómo puede decir uno cuando quiere hablar del traste?

-Nalgas.

-¿Cómo? Debo aprender esa palabra difícil.

-Nalgas. Nal-gas.

-Bueno, cuando comenzó a quemarse debajo de las nalgas de su traste, corrí al portón, me escapé y me quedé mirando lo que pasaba por un agujerito de la cerca- Fue un alarido infernal. El viejo dio un salto y levantó la hamaca. Dindinha corrió y encima le pegó un reto "Estoy cansada de decirte que no debes acostarte en la red mientras estás fumando." Y viendo el diario quemado, todavía protestó porque no lo había leído.

El Portugués se reía con ganas y yo estaba contento al verlo tan alegre.

-¿No te agarraron?

-Ni me descubrieron. Eso se lo conté solamente a Xururuca. Si me agarraban seguro que me cortaban los huevos.

-¿Cortaban el qué?

-Bueno, me capaban.

Volvió a reír y nos quedamos mirando la carretera. Soplaba una polvareda amarilla por todos los rincones por los que el coche pasaba. Pero estaba pensando una cosa.

-Portuga, ¿no me mentiste, no?

-¿Sobre qué, bandido?

-Mira que nunca escuché decir a nadie: "Le dieron una patada en las nalgas". ¿Tú sí lo escuchaste? Nuevamente se echó a reír.

-Eres tremendo. Tampoco yo lo oí nunca. Pero dejemos eso. Olvidemos las nalgas y usa, en cambio, la palabra trasero. Dejemos esta conversación, o si no acabaré sin saber qué responderte. Mira el paisaje, que cada vez estará más poblado de árboles grandes. El río está cada vez más cerca.

Dio vuelta a la derecha y tomó un atajo. El coche andando, andando, fue a parar en un descampado. Solamente había un árbol grande lleno de enormes raíces. Aplaudí por tanta felicidad.

-¡Qué lindo! ¡Qué lugar más lindo! Cuando me encuentre con Buck Jones le voy a decir que las campiñas y planicies suyas no le llegan a los pies a las nuestras.

Me acarició la cabeza.

-Así te quiero ver siempre. Viviendo los buenos sueños y no con embustes en la cabeza.

Bajamos del coche y le ayudé a descargar las cosas hasta la sombra de los árboles.

-¿Vienes siempre solo aquí, Portuga?

-Casi siempre. ¿Ves? También tengo un árbol.

-¿Cómo se llama, Portuga? Quien tiene un árbol así de grande, ha de bautizarlo. El pensó, sonrió y pensó.

-Es un secreto mío, pero te lo voy a decir. Se llama Reina Carlota.

-Y ella ¿habla contigo?

-Hablar, no habla. Porque una reina nunca habla directamente con sus súbditos. Pero yo siempre la trato de "Majestad".

-¿Qué quiere decir súbditos?

-Forman el pueblo que obedece a lo que manda la reina.

-¿Y yo voy a ser súbdito tuyo?

Soltó una carcajada tan fuerte que levantó viento en la hierba.

-No, porque no soy rey y no mando nada. Yo siempre te pediré las cosas.

-Pero tú podrías ser rey. Tienes todo para serlo. Todo rey es gordo, como tú. El rey de copas, el de espadas, el de bastos y el de oros. Todos los reyes de la baraja son lindos como tú, Portuga.

-Vamos. Vamos con el trabajo; si no con esta conversación tan larga no pescaremos nada.

Tomó una caña de pescar, una lata en la que tenía un montón de gusanos, se quitó los zapatos y el chaleco. Sin el chaleco resultaba todavía más gordo. Señaló el río

-Hasta allí puedes jugar, porque el río es poco hondo. Para el otro lado, no, porque es muy profundo Ahora voy a quedarme aquí pescando. Si quieres quedarte conmigo, no puedes hablar, porque de lo contrario los peces huyen.

Lo dejé sentado allá y me fui a explorar. Descubrí cosas. ¡Qué lindo era aquel pedazo de río! Me mojé los pies y vi cantidad de sapitos de aquí para allá en el agua. Quedé mirando la arena, las piedras y las hojas que eran empujadas por la corriente. Me acordé de Gloria:

Déjame, fuente, decía
La flor al llorar.
Yo he nacido en el monte,
No me lleves hacia el mar.

Ay, balanceo de mis ramas,
Balanceo de las ramas mías,
Ay, gotas de rocío claras,
Caídas del cielo azul. . .

Y la fuente sonora y fría,
Con un susurro burlón,
Por sobre la arena corría,
Corría llevando a la flor. . .

Gloria tenía razón. Aquello era la cosa más linda del mundo. Lástima que no pudiera contarle que había visto vivir a la poesía. Si bien no con una flor, por lo menos con un buen número de hojitas que caían de los árboles e iban a parar al mar. ¿Sería verdad que el río, ese río, también iba hacia el mar? Podría preguntárselo al Portuga. Pero, no, eso estorbaría su tarea de pescador. Pero de la pesca solamente se logró sacar dos "lambaos", que hasta daba pena haberlos pescado.

El sol estaba bien alto. Mi cara se hallaba encendida de tanto como jugaba y conversaba con la vida. Fue entonces cuando el Portuga vino hacia donde me encontraba y me llamó. Fui corriendo como un cabrito,

-Cómo estás de sucio, muchacho.

-Jugué a todo. Me acosté en el suelo. Jugué con el agua...

-Vamos a comer. Pero no puedes comer asi, tan sucio como si fueses un chanchito. Vamos, desvístete y te bañas en aquel lugar poco hondo.

Pero me quedé indeciso, sin querer obedecer.

-No sé nadar.

-No es necesario. Te vigilo desde aquí cerca. Continuaba quieto. No quería que él viese...

-No me vas a decir que tienes vergüenza de desvestirte cerca de mí.

-No. No es eso...

No tenía otra alternativa; me volví de espaldas y comencé a quitarme la ropa. Primero la camisa, después los pantalones con los tirantes de género.

Tiré todo en el suelo y me volví hacia él, suplicante. En verdad no dijo nada, pero tenía el horror y la rebelión estampados en los ojos. No quería que viera las heridas y las cicatrices de las palizas que había recibido.

Solamente murmuró emocionado:

-Si te duele, no entres en el agua.

-Ya no me duele más.

* * *

Comimos huevos, salame, banana, pan, como a mí me gustaba. Fuimos a beber agua en el río y volvimos debajo de la Reina Carlota.

Ya se iba a sentar cuando le hice una seña para que se detuviera.

Coloqué la mano en el pecho e hice una reverencia al árbol.

-Majestad, su súbdito, el caballero Manuel Valadares, es el mayor guerrero de la nación Pinagé... y nos vamos a sentar debajo de la señora.

Nos reímos y luego nos sentamos.

El Portuga se extendió en el suelo, forró con el chaleco una raíz de árbol y dijo:

-Ahora llegó el momento de echarse un sueñecito.

-No tengo ganas de dormir.

-No importa. No voy a dejarte suelto por ahí, travieso como eres.

Me pasó la mano por encima del pecho y me hizo prisionero. Nos quedamos un largo tiempo mirando cómo las nubes escapaban por entre las ramas de los árboles. Había llegado el momento. Si yo no hablaba ahora, nunca más lo haría.

-¡Portuga!

-Humm...

-¿Estás durmiendo?

-Todavía no.

-¿Es verdad eso que le dijiste a don Ladislao en la confitería?

-Caramba, son tantas las cosas que le he dicho a don Ladislao en la confitería...

-Sobre mí. Yo escuché. Desde el coche lo oí todo.

-¿Y qué escuchaste?

-Que me quieres mucho.

-Claro que te quiero. ¿Entonces?

Me di vuelta sin libertarme de sus brazos. Miré sus ojos semicerrados. Su rostro, así, quedaba más gordo y más parecido al de un rey.

-No, quiero saber a fondo si me quieres.

-Claro que sí, bobito. ¡Y me apretó más para probar lo que había dicho.

-Estuve pensando seriamente. Tú tienes solo a esa hija que vive en "El Encantado", ¿no?

-Así es.

-Vives solo en aquella casa con dos jaulas de pajaritos, ¿verdad?

-Así es.

-Dijiste que no tenías nietos, ¿no?

-Así es.

-¿Y dices que me quieres?

-Así es.

-Entonces ¿por qué no vas a casa y le pides a papá que me regale a ti?

Quedó tan emocionado que se sentó y me tomó la cara con las dos manos.

-¿Te gustaría ser mi hijito?

-Uno no puede elegir al padre antes de nacer. Pero si hubiese podido hacerlo te hubiera elegido a ti.

-¿De veras, muchacho?

-Te lo puedo jurar. Además, sería una persona menos para comer. Te prometo que no hablo ni digo más palabrotas, ni siquiera "traste". Te lustro los zapatos, cuido de tus pajaritos en la jaula. Me vuelvo totalmente bueno. No va a haber mejor alumno en la escuela. Hago todo, todo bien.

No sabía qué contestar.

-En casa todo el mundo se muere de alegría si pueden darme. Va a ser un alivio. Tengo una hermana, entre Gloria y Antonio, que fue dada en el Norte. Fue a vivir con una prima que es rica para poder estudiar y aprender a ser gente...

El silencio continuaba y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Y si no me quieren dar, tú me compras. Papá está sin ningún dinero. Seguro que me vende. Si pide muy caro puedes comprarme a crédito, así como hace don Jacobo cuando vende...

Como no respondiera, volví a mi antigua posición y él también.

-Sabes, Portuga, si no me quieres no importa. No quería hacerte llorar...

Acarició muy lentamente mi pelo.

-No se trata de eso, hijo mío. No es eso. La gente no resuelve así la vida, con una sola maniobra. Pero te voy a proponer una cosa. No podré sacarte del lado de tus padres ni de tu casa, aunque me gustaría mucho poder hacerlo. Eso no está bien. Pero de ahora en adelante yo, que te quería como a un hijo, voy a tratarte como si realmente lo fueras. Me erguí, exultante.

-¿Verdad, Portuga?

-Hasta puedo jurar, como tú dices siempre.

Hice una cosa que raramente hacía o me gustaba hacer con mis familiares. Besé su rostro gordo y bondadoso. . .

6
DE PEDAZOS Y PEDAZOS SE FORMA LA TERNURA

-¿No hablabas con ninguno de ellos, ni podías montar a caballo, Portuga?

-Con ninguno.

-Pero ¿no eras un niño, entonces?

-Sí. Pero no todos los chicos tienen la felicidad que tú tienes, de entenderte con los árboles. Además, no a todos los árboles les gusta hablar.

Se rió afectuosamente y prosiguió:

-Tampoco se trataba de árboles, sino de parras, y antes de que me preguntes qué son, te voy a explicar: Parras son los árboles de las uvas. De donde nacen las uvas. Son gruesas trepadoras. ¡Qué bonito es cuando llegan las vendimias (él explicó cómo eran) y el vino que se hace en el lagar (nueva explicación)!. . .

Por la manera en que iban ocurriendo las cosas, sabía explicar con gran sabiduría. Tan bien como tío Edmundo.

-Cuenta más.

-¿Te gusta?

-Mucho. ¡Si yo pudiera conversar contigo ochocientos cincuenta y dos mil kilómetros sin parar!

-¿Y la gasolina para tamaño recorrido?

-Sería la de gastos diarios.

Entonces contó cosas del "capin"* que se trasforma en heno en el invierno, y de la fabricación de los quesos. Es decir, quesos no, "queisos", porque él cambiaba mucho la música de las palabras, aunque yo pensaba que les daba mayor musicalidad.

*Planta gramínea forrajera (N. de la T.).

Dejó de contar y lanzó un gran suspiro. . .

-Me gustaría volver allá muy pronto. Tal vez para esperar calmosamente mi vejez, en un lugar de paz y encantamiento. Folhadela, cerquita de Monreal, en mi más bello lugar tramontano.

Solamente entonces me di cuenta de que Portuga era mayor que papá, aunque su cara gorda estuviese menos arrugada, brillando siempre. Una cosa rara pasó dentro de mí.

-¿Estás hablando en serio?

Entonces se dio cuenta de mi turbación.

-Tontito, eso va a tardar mucho. Tal vez nunca suceda en mi vida.

-¿Y yo? Con lo que me costó que fueses como quería.

Mis ojos estaban cobardemente llenos de lágrimas.

-Pero tú debes admitir que a veces la gente también tiene el derecho de soñar.

-Es que no me pusiste en tu sueño.

Sonrió, encantado.

-En todos mis sueños, Portuga, te pongo. Cuando salgo por las verdes campiñas, con Tom Mix y Fred Thompson, alquilé una diligencia para que viajes en ella y no te canses mucho. Vas a todos los rincones a los que voy yo. De vez en cuando, en la clase, miro hacia la puerta y pienso que llegas y me saludas con la mano...

-¡Santo Dios! Nunca vi una almita tan sedienta de ternura como tú. Pero no debías apegarte tanto a mí, ¿sabes?

Y eso era lo que le estaba contando a Minguito. Minguito era peor que yo para charlar.

-Pero la verdad, Xururuca, es que después que él apareció en mi vida mi padre quedó convertido en una lechuza. Todo lo que hago él encuentra que está bien. Pero lo encuentra así, de un modo diferente. No es como otros, que dicen: "Ese chico va a ir lejos". ¡Ay, muy lejos, pero nunca salgo de Bangú!

Miré a Minguito con ternura. Ahora que había descubierto lo que era ternura, la ponía en todo lo que me gustaba.

-Mira, Minguito, quiero tener doce hijos y otros doce. ¿Entiendes? Los primeros serán todos chicos y nunca van a recibir palizas. Los otros doce van a hacerse hombres. Y les voy a preguntar: "¿Qué quieres ser, hijo? ¿Leñador? Entonces, listo: aquí están el hacha y la camisa a cuadros. ¿Quieres ser domador de circo? Listo: aquí están el látigo y el uniforme. . .".

-Y en Navidad, ¿cómo vas a hacer con tantas criaturas?

¡También Minguito tenía cada cosa! Interrumpir en un momento así...

-En Navidad voy a tener mucho dinero. Comprare un camión de castañas y avellanas. Nueces, higos y pasas. Y tantos juguetes que hasta ellos van a tener que prestárselos a los vecinos pobres. . . Y voy a tener mucho dinero, porque de ahora en adelante quiero ser rico, muy rico y además voy a ganar en la lotería.

Miré desafiante a Minguito y reprobé su interrupción.

-Y déjame terminar de contar lo que falta, que todavía hay muchos hijos. "Bien, hijo, ¿quieres ser vaquero? Aquí están la silla y el lazo. ¿Quieres ser maquinista del Mangaratiba? Aquí están la gorra y el pito. . ."

-¿Para qué el pito, Zezé? Vas a terminar loquito de tanto hablar solo.

Totoca había llegado y se sentó cerca de mí. Examinó con una sonrisa amistosa mi plantita de naranja-lima, llena de lazos y de tapitas de cerveza. Algo estaba queriendo.

-Zezé, ¿quieres prestarme cuatrocientos réis?

-No.

-Pero los tienes, ¿no es cierto?

-Sí que los tengo.

-¿Y me dices que no me los prestas, sin siquiera saber para qué los quiero?

-Necesito hacerme muy rico para poder viajar allá, detrás de los montes.

-¿Qué locura es ésa?

-No te la voy a contar.

-Pues trágatela,

-Me la trago y no te presto los cuatrocientos réis.

-Eres muy hábil, tienes puntería. Mañana juegas y ganas más bolitas para vender. En un momento recuperas los cuatrocientos réis.

-Aun así no te presto nada, y no vengas a pelear que estoy portándome bien, sin meterme con nadie.

-No quiero pelear. Pero eres el hermano que más quiero. Y de pronto te trasformaste en un monstruo sin corazón...

-No soy un monstruo. Ahora soy un troglodita sin corazón.

-¿Qué cosa eres?

-Troglodita. Tío Edmundo me mostró un retrato en la revista. Tenía un mameluco peludo con una porra en la mano. Pues bien, troglodita era la gente que vivía al comienzo del mundo, en unas cavernas de Ne. . . Ne. . . Ne no sé qué. No conseguí retener el nombre porque era extranjero y muy difícil...

-Tío Edmundo no debiera meterte tantos gusanos en la cabeza. Bueno, ¿me los prestas?

-No sé si tengo...

-¡Caramba, Zezé, cuántas veces salimos a lustrar y porque no hiciste nada yo divido mis ganancias! ¡Cuántas veces estás cansado y te traigo tu caja de lustrador!...

Era verdad. Totoca pocas veces era malo conmigo. Yo sabía que al final le haría el préstamo.

-Si me los prestas te cuento dos cosas maravillosas.

Quedé en silencio.

-Te digo que tu planta de naranja-lima es mucho más linda que mi tamarindo.

-¿De veras dices eso?

Metí la mano en el bolsillo y sacudí las monedas.

-¿Y las otras dos cosas?

-Que nuestra miseria se va a acabar; papá encontró un empleo de gerente en la fábrica de Santo Aleixo. Vamos a ser ricos de nuevo. ¡Caramba! ¿No te pones contento?

-Sí, por papá. Pero no quiero salir de Bangú. Voy a quedarme a vivir con Dindinha. De aquí saldré solamente para ir detrás de los montes.

-¿Prefieres quedarte con Dindinha y tomar purgante todos los meses, antes que venir con nosotros?

-Sí, lo prefiero. Nunca vas a saber por qué. . . ¿Y la otra cosa?

-No puedo hablar aquí. Hay "alguien" que no debe escuchar.

Salimos y nos fuimos hacia el baño. Y también allí habló en voz baja.

-Tengo que avisarte, Zezé. Para que te vayas acostumbrando. La municipalidad va a ensanchar las calles. Va a rellenar todos los zanjones y avanzar hacia el interior de todas las quintas.

-¿Y qué hay con eso?

-¿Cómo, tú que eres tan inteligente no entendiste? Al agrandar las calles va a derribar todo lo que está allí.

E indicó el lugar donde se hallaba mi planta de naranja-lima. Hice un gesto de llanto.

-Estás mintiéndome, ¿verdad, Totoca?

-No, es la pura verdad. ¿Pero eres o no eres un hombre?

-Sí, lo soy.

Pero las lágrimas bajaban cobardemente por mi cara. Me abracé a su barriga, implorando.

-Tú vas a estar de mi lado, ¿verdad, Totoca? Voy a juntar mucha gente para hacer una guerra. Nadie va a cortar mi planta de naranja-lima. . .

-Está bien. Nosotros no los dejaremos. Y ahora ¿me prestas el dinero?

-¿Para qué?

-Como no puedes entrar en el cine Bangú, quiero ver una película de Tarzán que están dando. Después te la cuento.

Tomé una moneda de quinientos réis y se la entregué, mientras me limpiaba los ojos con los faldones de la camisa.

-Quédate con el vuelto. Alcanza para comprar caramelos. . .

Volví a mi planta de naranja-lima sin ganas de hablar, acordándome solamente de la película de Tarzán. Yo la había visto anunciada el día anterior. Fui allá y le conté a Portuga.

-¿Quieres ir?

-Querer, habría querido. . . pero no puedo entrar en el cine Bangú.

Le recordé por qué no podía. Se rió.

-Esa cabecita ¿no está inventando cosas?

-Te lo juro, Portuga. Pero pienso que si una persona mayor fuera conmigo, nadie diría nada.

-Y si esa persona grande fuera yo. . . ¿Es eso lo que quieres?

Mi rostro se iluminó de felicidad.

-Pero tengo que trabajar, hijo.

-A esa hora nunca hay trabajo. En vez de estar conversando o dormitando en el coche, verías a Tarzan luchando con el leopardo, el yacaré y los gorilas. ¿Sabes quién trabaja? Frank Merrill.

Pero todavía estaba indeciso.

-Eres un diablillo. Tienes un ardid para todo.

-Son dos horas, apenas. Tú ya eres muy rico, Portuga.

-Entonces, vamos. Pero vamos a pie. Voy a dejar el coche estacionado en la parada.

Y nos fuimos. Pero en la boletería la empleada dijo que tenía órdenes terminantes, de no dejarme entrar durante un año.

-Yo me responsabilizo por él. Eso era antes, ahora es muy juicioso.

La empleada me miró y le sonreí. Tomé la entrada, me besé la punta de los dedos y soplé hacia ella.

7
EL MANGARATIBA

Cuando doña Cecilia Paim preguntó si alguien quería ir al pizarrón a escribir una frase, pero una frase inventada por el alumno, nadie se animó. Pensé una cosa y levanté el dedo.

-¿Quieres venir, Zezé?

Salí del banco y me dirigí al pizarrón mientras escuchaba, con orgullo, su comentario:

-¿Vieron? Nada menos que el más pequeño del grupo.

Yo no alcanzaba bien ni a la mitad del pizarrón. Tomé la tiza y me esmeré en la letra.

"Faltan pocos días para que lleguen las vacaciones."

La miré para ver si había algún error. Ella sonreía, satisfecha, y sobre la mesa continuaba vacío el florero.

Vacío, pero con la rosa de la imaginación como ella había dicho. Quizá porque doña Cecilia Paim no era bonita, muy raramente alguien le llevaba una flor.

Volví a mi banco, contento con mi frase. Contento porque cuando llegaran las vacaciones iría a pasear en burro con Portuga.

Después aparecieron otros, decididos a escribir una frase. Pero el héroe había sido yo.

Alguien pidió permiso para entrar en la clase. Uno que llegaba tarde. Era Jerónimo. Llegó inquieto y tomó asiento detrás de mí. Colocó los libros con mucho ruido y comentó algo con su vecino. No presté mucha atención. Lo que quería era estudiar mucho para llegar a sabio. Pero una palabra de la conversación susurrada me llamó la atención. Hablaban del Mangaratiba.

-¿Agarró a algún coche?

-Al cochazo aquel tan lindo de don Manuel Valadares.

Me di vuelta, atontado.

-¿Qué fue lo que dijiste?

-Dije eso: que el Mangaratiba agarró al coche del Portugués en el paso de la calle da Chita. Por eso llegué tarde. El tren despedazó al automóvil. Había un montón de gente. Llamaron hasta al Cuerpo de bomberos de Realengo.

Comencé a sudar, frío, y mis ojos amenazaban oscurecerse.

Jerónimo continuaba respondiendo a las preguntas del vecino.

-No sé si murió. No dejaban que ningún chico se aproximara.

Me fui levantando sin sentirlo. Aquel deseo de vomitar me atacó mientras mi cuerpo estaba mojado de sudor frío. Salí del banco y caminé hacia la puerta de salida. Ni siquiera reparé bien en el rostro de doña Cecilia Paim, que había venido a mi encuentro, tal vez asustada por mi palidez.

-¿Qué pasa, Zezé?

Pero no podía responderle. Mis ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Me entró una locura enorme y comencé a correr; sin pensar en la sala de la directora continué corriendo. Alcancé la calle y me olvidé de la carretera Río-San Pablo, de todo. Lo único que quería era correr, correr y llegar allá. Mi corazón me dolía más que el estómago y corrí por toda la calle de las Casitas sin parar. Llegué a la confitería y pasé la vista por los automóviles para ver si Jerónimo había mentido. Pero nuestro coche no se encontraba allí. Solté un gemido y volví a correr. Fui sujetado por los fuertes brazos de don Ladislao.

-¿Adonde vas, Zezé?

Las lágrimas mojaban mi rostro.

-Voy allá.

-No debes ir.

Me retorcí como un loco, pero sin conseguir librarme de sus brazos.

-Quédate tranquilo, hijo. No te dejaré ir allá.

-Entonces el Mangaratiba lo mató...

-No. La asistencia ya llegó. Solo se arruinó mucho el coche.

-Usted me está mintiendo, don Ladislao.

-¿Por qué iba a mentirte? ¿No te conté que el tren agarró al automóvil? Pues bien, cuando pueda recibir visitas en el hospital te llevaré, lo prometo. Ahora vamos a tomar un refresco.

Tomó un pañuelo y me enjugó el sudor.

-Preciso vomitar un poco.

Me recosté en la pared y él me ayudó teniéndome la cabeza.

-¿Estás mejor, Zezé?

Hice que sí con la cabeza.

-Voy a llevarte a tu casa, ¿quieres?

Dije que no con la cabeza y me fui caminando lentamente, desorientado por completo. Sabía toda la verdad. El Mangaratiba no perdonaba nada. Era el tren más fuerte que había. Vomité dos veces más y pude ver que nadie se molestaba. Que ya no había nadie en mi vida. No volví a la escuela; fui siguiendo lo que el

corazón me mandaba. De vez en cuando sollozaba y enjugaba mi rostro en la blusa del uniforme. Nunca más volvería a ver a mi Portuga. Nunca más; él se había ido. Fui caminando, caminando. Paré en la carretera, en la que me permitió llamarlo Portuga y me colocó sobre su coche para hacer el "murciélago". Me senté en un tronco de árbol y me encogí todo, apoyando mi cara en las rodillas. Me dominó un desasosiego tan grande que ni yo mismo lo esperaba.

-Eres muy malo, Niño Jesús. ¡Yo que pensaba que esta vez iba a nacer Dios, y haces esto conmigo! ¿Por qué no me quieres como a los otros chicos? Me portaba bien. No peleaba más, estudié mis lecciones, dejé de decir palabrotas. Ni siquiera "traste" decía. ¿Por qué hiciste eso conmigo, Niño Jesús? Van a cortar mi planta de naranja-lima y ni siquiera por eso me enojé. Solamente lloré un poquitito. . . Y ahora. . . Y ahora. . .

Nuevo torrente de lágrimas.

-Yo quiero de nuevo a mi Portuga, Niño Jesús. Me lo tienes que traer de vuelta. . .

Una voz muy suave, muy dulce, le habló a mi corazón. Debía ser la voz amiga del árbol en el que me sentara.

- No llores, niñito. El se fue para el cielo.

Cuando ya estaba anocheciendo, sin fuerzas, sin siquiera poder vomitar más o llorar, fui encontrado por Totoca, sentado en el umbral de entrada de la casa de doña Elena Villas-Boas.

Habló conmigo y solamente pude gemir.

- ¿Qué tienes, Zezé? Dime qué te pasa. Pero continuaba gimiendo bajito. Totoca puso la mano sobre mi frente.

- Estás ardiendo de fiebre. ¿Qué pasó, Zezé? Ven conmigo, vamos a casa. Te ayudo a ir lentamente. Conseguí decir entre gemidos:

- Déjame, Totoca. No voy más a esa casa.

- Vas a ir, sí. Es nuestra casa.

- No tengo nada más allá. Todo se acabó.

Intentó ayudarme a que me levantara, pero vio que no tenía fuerzas.

Anudó mis brazos a su cuello y me llevó en brazos. Entró en casa y me dejó en la cama.

- ¡Jandira! ¡Gloria! ¿Dónde están todos? Encontró a Jandira conversando en la casa de Alaíde.

-Jandira, Zezé está muy enfermo. Ella vino rezongando.

- Debe estar haciendo otra comedia. Uno buenos chinelazos. . .

Pero Totoca entró nervioso en la habitación.

- No, Jandira. Esta vez está muy enfermo y va a morirse. . .

* * *

Durante tres días y tres noches estuve sin conocimiento. La fiebre me devoraba y los vómitos volvían a atacarme en cuanto intentaban darme algo de comer o de beber. Me iba consumiendo, consumiendo. Quedaba con los ojos en la pared, sin moverme durante horas y horas.

Oía lo que hablaban a mi alrededor. Lo entendía todo, pero no quería responder. No quería hablar. Solamente pensaba en ir al cielo.

Gloria se cambió de habitación y pasaba las noches a mi lado. No dejaba ni apagar la luz. Todos usaban mucha dulzura. Hasta Dindinha vino a pasar unos días con nosotros.

Totoca se quedaba horas y horas con los ojos desorbitados, hablándome de vez en cuando.

-Fue mentira, Zezé. Puedes creerme. Fue pura maldad. No van a ensanchar la calle ni nada. . .

La casa se fue vistiendo de silencio, como si la muerte tuviese pasos de seda. No hacían ruido. Todo el mundo hablaba en voz baja. Mamá se quedaba casi toda la noche cerca de mí. Pero yo no me olvidaba de él. De sus carcajadas. De su diferente pronunciación. Hasta los gritos de los grillos, allá fuera, imitaban el trac, trac de su barba. No podía dejar de pensar en él. Ahora ya sabía lo que era el dolor. Dolor no de recibir golpes hasta desmayarse. No de cortarse el pie con un pedazo de vidrio y recibir puntos en la farmacia. Dolor era eso que llenaba todo el corazón, con lo que la gente tenía que morirse, sin poder contarle a nadie el secreto. Dolor era lo que me daba esa debilidad en los brazos, en la cabeza, hasta en el deseo de dar vuelta la cabeza en la almohada. Y la cosa empeoraba. Mis huesos estaban saltando de la piel. Llamaron al médico. El doctor Faulhaber vino y me examinó. No tardó mucho en descubrirlo todo.

-Fue un shock. Un trauma muy fuerte. Vivirá solamente si consigue vencer ese shock.

Gloria llevó al médico afuera y le contó:

-Fue realmente un shock, doctor. Desde que supo que iban a cortar su planta de naranja-lima quedó así.

-Entonces hay que convencerlo de que no es verdad.

-Ya lo intentamos de todas formas, pero no lo cree. Para él, su plantita de naranja-lima es una persona. Es un niño muy extraño. Muy sensible y precoz.

Escuchaba todo y continuaba sin interés de vivir. Quería ir al cielo, y ningún vivo iba allá.

Compraron remedios, pero continuaba vomitando.

Entonces sucedió algo hermoso. La calle se puso en movimiento para visitarme. Olvidaron que yo era el diablo con figura de persona. Vino don "Miseria y Hambre" y me llevó torta de mana-mole. La negra Eugenia me trajo huevos y le rezó a mi barriga para que dejara de vomitar.

-El hijo de don Pablo se está muriendo. . . Me decían cosas agradables.

-Tienes que curarte, Zezé. Sin ti y tus diabluras la calle está muy triste.

Vino a verme doña Cecilia Paim, trayendo mi cartera de colegio y una flor. Y eso solo sirvió para hacerme llorar de nuevo.

Ella contó cómo había salido de la clase; pero solamente sabía eso.

Hubo gran tristeza cuando llegó don Ariovaldo. Reconocí su voz y fingí que dormía.

-Espere usted hasta que se despierte. Se sentó y se puso a conversar con Gloria.

-Escuche, doña, vine por todos los rincones preguntando por la casa hasta que la descubrí.

Sollozó con fuerza.

-Mi santito no puede morirse. No deje que se muera, doña. ¿Era para usted que él traía mis folletos, no?

Gloria casi no podía contestar.

-No deje que se muera este bichito, doña. Si le sucede cualquier cosa nunca más vendré a este suburbio desgraciado.

Cuando entró en la habitación, se sentó cerca de la cama y apoyó mi mano en su cara.

-Mira, Zezé. Tienes que mejorarte para ir a cantar conmigo. Casi no he vendido nada. Todo el mundo pregunta: "Eh, Ariovaldo, ¿dónde está tu canarito?". Vas a prometerme que te sanarás, ¿prometido?

Mis ojos aún tuvieron fuerzas para llenarse de lágrimas, y sabiendo que no debía emocionarme más, Gloria llevó afuera a don Ariovaldo.

* * *

Comencé a mejorar. Ya conseguía tragar algo y alimentar mi estómago. Solamente cuando recordaba aumentaba la fiebre y volvían los vómitos, con sus temblores y el sudor frío. A veces no podía dejar de ver al Mangaratiba volando y destrozándolo. Pedía al Niño Dios, si es que alguna vez yo le importaba, que él no hubiese sentido nada.

Entonces venía Gloria y pasaba sus manos por mi cabeza.

-No llores, Gum. Todo esto va a pasar. Si quieres te doy toda mi "mangueira" para ti. Nadie va a jugar con ella.

Pero ¿de qué me servía una "mangueira" vieja, sin dientes, que ya no sabía dar mangos? Hasta mi planta de naranja-lima perdería pronto su encanto, para trasformarse en un árbol como cualquier otro. . . Y eso si le daban tiempo al pobrecito.

¡Qué fácil era morirse para algunos! Bastaba con que viniera un tren malvado, y listo. ¡Y qué difícil era ir al cielo para mí! Todo el mundo me sujetaba las piernas y no me dejaban ir.

La bondad y la dedicación de Gloria conseguían que yo conversara un poco. Hasta papá dejó de salir de noche. Totoca adelgazó tanto, de remordimientos, que Jandira llegó a darle un coscorrón.

-¿Ya no basta con uno, Antonio?

-Tú no estás en mi lugar para sentirte así. Yo fui el que se lo contó. Todavía siento en la barriga, hasta cuando estoy durmiendo, su cara llorando, llorando. . .

-Ahora no vas a venir tú a llorar también. Ya estás hecho un hombrón, y él va a vivir. Déjate de esas cosas y ve a comprarme una lata de leche condensada en lo de "Miseria y Hambre".

-Entonces dame la plata, porque no le fía más a papá.. .

La debilidad me daba una continua somnolencia. Ya no sabía cuándo era de día y cuándo de noche. La fiebre iba cediendo, y mis agitaciones y temblores comenzaban a distanciarse.

Abrí los ojos y en la semioscuridad estaba Gloria, que no se alejaba de mi lado. Había traído el sillón-hamaca a la habitación, y muchas veces se adormecía de cansancio.

-Godóia, ¿ya es la tarde?

-Casi la tarde, corazón.

-¿Quieres abrir la ventana?

-¿No te va a doler la cabeza?

-Creo que no. .....

La luz entró y se vio un pedazo de lindo cielo. Lo miré y de nuevo comencé a llorar.

-¿Qué es eso, Zezé? Un cielo tan lindo, tan azul, que el Niño Dios hizo para ti. . . El me lo dijo hoy.

No entendía lo que el cielo significaba para mí.

Se recostaba cerca de mí, tomaba mis manos y hablaba tratando de animarme.

Su rostro estaba abatido y flaco.

-Mira, Zezé, dentro de poco estarás sano. Soltando cometas, ganando ríos de bolitas, subiendo a los árboles, montando a Minguito. Quiero verte como antes, cantando canciones, trayéndome folletos de música. ¡Haciendo tantas cosas lindas! ¿Viste cómo está de triste la calle? Todo el mundo siente tu falta y tu alegría. . . Pero tienes que ayudar. Vivir, vivir y vivir.

-Sabes, Godóia, es que no quiero vivir más. Si me sano voy a volver a ser malo. No me entiendes. Pero ya no tengo para quién ser bueno.

-Bien, pero no necesitas ser siempre tan bueno. Continúa siendo un niño, una criatura como siempre fuiste.

-¿Para qué, Godóia? ¿Para que todo el mundo me pegue? ¿Para que todo el mundo me martirice?. . . Tomó mi cara entre sus manos y dijo, resuelta:

-Mira, Gum. Te juro una cosa. Cuando te sanes, nadie, nadie, ni siquiera Dios, va a poner las manos sobre ti. Solamente si antes pasan por sobre mi cadáver. ¿Me crees?

Hice un signo afirmativo.

-¿Qué es un cadáver?

Por primera vez el rostro de Gloria se iluminó con una gran alegría. Lanzó una carcajada porque sabía que si yo me interesaba por las palabras difíciles estaba nuevamente interesado en vivir.

-Cadáver quiere decir lo mismo que muerto, que difunto. Pero no hablemos ahora de eso, que no es conveniente.

Me pareció lo mismo, pero no podía dejar de pensar que él ya era cadáver desde hacía muchos días. Gloria continuaba hablando, prometiéndome cosas, pero yo ahora pensaba en los dos pajaritos, el "azulao" y el canario. ¿Qué harían con ellos? A lo mejor morían de tristeza, como en el caso del "avinhado"* de Orlando Pelo de Fuego. A lo mejor les abrían las puertas de la jaula, dejándolos en libertad. Pero eso sería lo mismo que la muerte. Ya no sabían volar. Se quedaban como tontos, parados en los naranjos hasta que la chiquilinada les acertaba con la honda. Cuando Zico quedó sin dinero para conservar el vivero de Tié-Sangue, abrió las puertas y sucedió esa maldad. Ni uno solo escapó de la puntería de los chicos.

* Pájaro nativo del Brasil (N. de la T.).

Las cosas comenzaban a tomar su ritmo normal en la casa. Ya se escuchaban ruidos por todas partes. Mamá había vuelto a trabajar. El sillón-hamaca retornó a la habitación en donde siempre estuviera. Solamente Gloria permanecía en su puesto. Hasta que no me viese en pie no se alejaría.

-Toma este caldo, Gum. Jandira mató la gallina negra solamente para hacerte este caldito. ¡Mira qué lindo olor tiene!

Y soplaba la cuchara para enfriarlo.

"Si quieres, haz como yo, moja el pan en el café. Pero no hagas ruido al tragar. Es feo. "

-Pero, ¿qué es eso, Gum? No vas a llorar ahora porque mataron la gallina negra. Estaba vieja. Tan vieja que ya no ponía huevos. . .

Tanto hiciste que acabaste por descubrir dónde vivo. . . "

- Yo sé que ella era la pantera negra del Jardín Zoológico, pero compraremos otra pantera negra mucho más salvaje que ésa.

"Entonces, fugitivo, ¿dónde estuviste todo este tiempo?"

- Godóia, ahora no. Si tomo voy a comenzar a vomitar.

- ¿Si te lo doy más tarde, lo tomarás?

Y la frase vino a borbotones, sin que pudiera controlarme:

"Prometo que seré bueno, que no pelearé más, que no diré más palabrotas, ni siquiera traste voy a decir. . . Pero quiero quedarme siempre contigo. . ."

Me miraron apenados porque creían que estaba hablando de nuevo con Minguito.

* * *

Al comienzo era apenas un rozar suave en la ventana, pero después se convirtió en golpes. Una voz venía del lado de afuera, bien baja:

-¡Zezé!. . .

Me levanté y apoyé la cabeza en la madera de ventana.

-¿Quién es?

-Yo. Abre.

Empujé la manija sin hacer ruido para no despertar a Gloria. En la oscuridad, como si fuese un milagro, brillaba todo "enjaezado" Minguito.

-¿Puedo entrar?

-Como poder, puedes. Pero no hagas ruido para que ella no se despierte.

-Te aseguro que no se despertará.

Saltó adentro de la habitación y volví a la cama.

-Mira lo que te traje. Se empeñó en venir también a visitarte.

Adelantó un brazo y vi una especie de pájaro plateado.

-No puedo ver bien, Minguito.

-Mira bien porque vas a tener una sorpresa. Lo adorné todo con plumas de plata. ¿No está lindo?

-¡Luciano! ¡Qué lindo estás! Siempre deberías estar así. Pensé que eras un halcón, ese de la historia del califa Stork.

Acaricié su cabeza, emocionado, y por primera vez sentí que era suave y que hasta a los murciélagos les gustaba la ternura.

-Pero no te diste cuenta de una cosa. Mira bien. Dio una vuelta para exhibirse.

-Estoy con las espuelas de Tom Mix, el sombrero de Ken Maynard, las dos pistolas de Fred Thompson, el cinto y las botas de Richard Talmadge. Y además de todo eso, don Ariovaldo me prestó la camisa a cuadros que tanto te gusta.

-Nunca vi nada más lindo, Minguito. ¿Cómo conseguiste juntar todo esto?

-Bastó con que supieran que estabas enfermo para que me prestaran todo.

-¡Qué lástima que no puedas quedarte vestido así para siempre!

Me quedé mirando a Minguito, preocupado por si él sabría el destino que le esperaba. Pero no dije nada.

Entonces se sentó a la orilla de la cama; sus ojos solo expandían dulzura y preocupación. Aproximó su cara a mis ojos.

-¿Qué pasa, Xururuca?

-Más Xururuca eres tú, Minguito.

-Bueno, entonces eres el Xururuquinha. ¿No puedo quererte con más cariño a veces, como tú haces conmigo?

-No hables así. El médico me prohibió llorar y emocionarme.

-Ni quiero eso. Vine porque sentía nostalgias y quiero verte de nuevo bueno y alegre. En la vida todo pasa. Tanto, que vine para llevarte a pasear. ¿Vamos?

-Estoy muy débil.

-Un poco de aire libre te va a curar. Te ayudo para que saltes por la ventana. Y salimos.

-¿Adonde vamos?

-Vamos a pasear por la parte canalizada.

-Pero no quiero ir por la calle Barón de Capanema. Nunca más voy a pasar por allí.

-Vamos por la calle de las represas, hasta el final.

Ahora Minguito se había trasformado en un caballo que volaba. En mi hombro, Luciano se equilibraba, feliz.

En el sector canalizado, Minguito me dio la mano para que mantuviera el equilibrio en los gruesos caños. Era lindo cuando había un agujero y el agua salpicaba como una fuentecita, mojándome y haciendo cosquillas en la planta de los pies. Me sentía un poco mareado, pero la alegría que Minguito me estaba proporcionando era el indicio de que ya estaba sano. Por lo menos mi corazón latía suavemente.

De repente, a lo lejos pitó un tren.

-¿Oíste, Minguito?

-Es el pito de un tren a lo lejos. Pero un extraño ruido vino acercándose ,y nuevas pitadas cortaban la soledad.

El horror me dominó por completo.

-Es él, Minguito. El Mangaratiba. El asesino. Y el ruido de las ruedas sobre las vías crecía terriblemente.

-Súbete aquí, Minguito. ¡Rápido, Minguito! Pero Minguito no conseguía guardar el equilibro sobre el caño, a causa de las brillantes espuelas.

-Súbete, Minguito, dame la mano. Quiere matarte. Quiere destrozarte. Quiere cortarte en pedazos.

Apenas Minguito se trepó en el caño, el tren malvado pasó sobre nosotros pitando y lanzando humo.

-¡Asesino!... ¡ Asesino!...

Mientras tanto, el tren continuaba su marcha sobre las vías. Su voz llegaba, entrecortada de carcajadas.

-No soy culpable... No soy culpable... No soy culpable...

Todas las luces de la casa se encendieron y mi habitación fue invadida por caras semiadormecidas.

-Fue una pesadilla.

Mamá me tomó en los brazos, intentando aplastar contra su pecho mis sollozos.

-Fue un sueño, hijo... Una pesadilla.

Volví a vomitar, mientras Gloria le contaba a Lalá.

-Me desperté cuando él gritaba "asesino"... Hablaba de matar, destrozar, cortar ... Mi Dios, ¿cuándo acabará todo esto?

Pero unos pocos días después acabó. Estaba condenado a vivir, vivir. Una mañana, Gloria entró, radiante. Estaba sentado en la cama y miraba la vida con una tristeza que dolía.

-Mira, Zezé.

En sus manos había una florcita blanca.

-La primera flor de Minguito. Pronto será un naranjo adulto y comenzará a dar naranjas.

Me quedé acariciando entre mis dedos la flor blanquita. No lloraría más por cualquier cosa. Aunque Minguito estuviera intentando decirme adiós con aquella flor; partía del mundo de mis sueños hacia el mundo de mi realidad y mi dolor.

-Ahora vamos a tomar un "mingauzinho"* y dar unas vueltas por la casa, como hiciste ayer. ¡Vamos!

*De "mingan", una especie de puré que se hace con harina de trigo bien mezclada con leche o agua, bastante liquido. "(N. de la T.)

Entonces el rey Luis se subió a mi cama. Ahora siempre dejaban que estuviese cerca de mí. Al comienzo no querían que se impresionara.

-¡Zezé!...

-¿Qué, mi reyecito?

Y en verdad, él era el único rey. Los otros, los de oro, de copas, bastos o espadas eran apenas figuras sucias por los dedos de quienes jugaban. Y el otro, él, ni siquiera había llegado a ser realmente un rey.

-Zezé, te quiero mucho.

-Yo también quiero a mi hermanito.

-¿Quieres hoy jugar conmigo?

-Hoy juego contigo, sí. ¿Qué quieres hacer?

-Quiero ir al Jardín Zoológico, después a Europa. Después quiero ir a las selvas del Amazonas y jugar con Minguito.

-Si no estoy muy cansado haremos todo eso.

Después del café, bajo la mirada feliz de Gloria, fuimos hacia el fondo, tomados de la mano. Gloria se recostó sobre la puerta, aliviada. Antes de llegar al gallinero me di vuelta y le dije adiós con la mano. En sus ojos brillaba la felicidad, en mi extraña precocidad, adivinaba lo que pasaba en su corazón: "¡Ha vuelto a sus sueños, gracias a Dios!".

-Zezé...

-Hum...

-¿Dónde está la pantera negra?

Era difícil recomenzar todo sin creer en nada. Tenía deseos de contarle lo que en realidad sucedía. "Tontito, nunca existió esa pantera negra. Apenas era una gallina negra y vieja, que me comí en un caldo".

-Solo quedaron las dos leonas, Luis. La pantera negra se fue de vacaciones a la selva del Amazonas.

Era mejor conservar su ilusión lo más posible. Cuando yo era una criaturita también creía en esas cosas.

El reyecito agrandó los ojos.

-¿Allí, en esa selva?

-No tengas miedo. Se fue tan lejos que nunca más acertará el camino de vuelta.

Sonreí con amargura. La selva del Amazonas era apenas una media docena de naranjos espinosos y hostiles.

-Sabes, Luis, Zezé está muy débil; necesita regresar. Mañana jugaremos más. Al trencito del Pan de Azúcar y a todo lo que quieras.

Accedió e iniciamos lentamente el regreso. Todavía era muy pequeño para adivinar la verdad. Yo no quería llegar cerca del zanjón o del río Amazonas. No quería encontrarme con el desencanto de Minguito. Luis no sabía que aquella flor blanquita había sido nuestro adiós.

8
SON TANTOS LOS VIEJOS ARBOLES

Aún no había anochecido y la noticia había sido confirmada. Parecía que una nube de paz volvería a reinar sobre la casa y la familia.

Papá me tomó de la mano, y delante de todos me sentó en sus rodillas. Se balanceó lentamente en el sillón para que no me mareara.

-Ya pasó todo, hijo. Todo. Un día también vas a ser padre y descubrirás qué difíciles son ciertos momentos en la vida de un hombre. Parece que nada sale bien, provocando una interminable desesperación. Pero ahora, no. Papá fue

nombrado gerente de la Fábrica de Santo Aleixo. Ya nunca faltará nada en tus zapatitos en la noche de Navidad.

Hizo una pausa... Tampoco él se olvidaría de aquello por el resto de su vida.

-Vamos a viajar mucho, mamá no tendrá que trabajar más, ni tus hermanos. ¿Todavía tienes la medalla del indio?

Revolví en mis bolsillos y la encontré.

-Bueno, compraré nuevamente un reloj para colocar la medalla. Un día será tuyo...

"¿Portuga, sabes lo que es carborundum?". Y papá hablaba y hablaba siempre. Me hacía daño su rostro con barba al rozar mi cara. El olor que se escapaba de su camisa muy usada me daba escalofríos. Me fui resbalando de sus rodillas y caminé hacia la puerta de la cocina. Me senté en los escalones y contemplé el fondo, cuando morían todas las luces. Mi corazón se rebelaba sin rabia. "¿Qué quiere ese hombre que me sienta en sus rodillas?" El no era mi padre. Mi padre había muerto. El Mangaratiba lo mató.

Papá me había seguido y vio que mis ojos se encontraban nuevamente húmedos.

Casi se arrodilló para hablar conmigo.

-No llores, hijo. Vamos a tener una casa muy grande. Un río de verdad pasa por detrás. Hay grandes árboles, y tantos, que serán todos tuyos. Podrás hacer lo que quieras, armar redes-hamacas.

No entendía. ¡No entendía! Ningún árbol podría ser tan lindo en la vida como la Reina Carlota.

-Serás el primero que elija árboles.

Miré sus pies, con los dedos que salían de sus zuecos.

Era un viejo árbol de raíces oscuras. Era un padre-árbol. Pero un árbol que yo casi no conocía.

-Y hay más. Tan pronto no van a cortar tu planta de naranja-lima. Cuando la corten estarás lejos y no sentirás nada.

Sollozando me abracé a sus rodillas.

-Ya no me interesa, papá. No me interesa... Y mirando su rostro, que también se encontraba lleno de lágrimas, murmuré como un muerto:

-Ya la cortaron, papá, hace más de una semana que cortaron mi planta de naranja-lima.

9
LA CONFESIÓN FINAL

Los años pasaron, mi querido Manuel Valadares. Hoy tengo cuarenta y ocho años y, a veces, en mi nostalgia, siento la impresión de que continúo siendo una criatura. Que en cualquier momento vas a aparecer trayéndome fotos de artistas de cine o más bolitas. Tú fuiste quien me enseñó la ternura de la vida, mi Portuga querido. Hoy soy yo el que tiene que distribuir las bolitas y las figuritas, porque la vida sin ternura no vale gran cosa. A veces soy feliz en mi ternura, a veces me engaño, lo que es más común.

En aquel tiempo... En el tiempo de nuestro tiempo, no sabía que muchos años antes un Príncipe Idiota, arrodillado frente a un altar, preguntaba a los iconos, con los ojos llenos de lágrimas:

¿POR QUE LES CUENTAN COSAS A LAS CRIATURITAS?"

Y la verdad es, mi querido Portuga, que a mí me contaron las cosas demasiado pronto. ¡Adiós!

Ubatuba, 1967